

01082

2ej^o 1

FRANCESCA GARGALIO DI CASTEL LENTINI CELENTANI

LAS TRANSFORMACIONES DE CONDUCTA FEMENINA BAJO EL IMPACTO DEL
CONFLICTO SOCIO-MILITAR EN EL SALVADOR

TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTORA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS,
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO.

DIRECTORA DE LA TESIS: DOCTORA GRACIELA HIERRO

MEXICO, D.F. MARZO DE 1987.



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
ESTUDIOS SUPERIORES

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

<u>Introducción</u>	p. 3
<u>Capítulo I:</u> La salvadoreña: Su historia y su lucha actual.	p. 20
<u>Capítulo II:</u> La vida cotidiana de la salvadoreña.	p. 39
2.1. La cotidianidad femenina en las zonas de poder gubernamental.	p. 43
2.1.1 La mujer de los sectores medios.	p. 44
2.1.2 Obreras, empleadas domésticas y subempleadas.	p. 51
2.1.3 Las pobladoras de tugurios.	p. 59
2.1.4 Las militantes:	p. 68
a) en los organismos humanitarios.	p. 69
b) en los gremios y sindicatos.	p. 74
c) en las organizaciones político-militares.	p. 78
2.1.5 Las presas políticas.	p. 95
2.1.6 Desplazadas y refugiadas.	p. 92
2.1.7 La mujer en el campo:	p. 110
a) las campesinas.	p. 111
b) las comerciantes.	p. 117
2.2. La cotidianidad femenina en las zonas de control guerrillero.	p. 120
2.2.1. Las religiosas.	p. 123
2.2.2. Las alfabetizadoras.	p. 129
2.2.3. Las campesinas.	p. 131
2.2.4. Las militantes.	p. 135
2.2.5. Las guerrilleras.	p. 138
<u>Capítulo III:</u> La guerra y sus influencias en la educación femenina.	p. 146
3.1. Condición femenina y educación	p. 147
3.2. La situación actual de la educación en El Salvador en base al criterio sexo.	p. 152

3.3. Guerrilla y Educación. Cambios respecto a la función sexista de la enseñanza.

p. 165

Capítulo IV: La relación participación política-conciencia feminista entre las militantes.

p. 174

Conclusiones.

p. 202

Bibliografía.

p. 208

1. AGEUS: Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños.
2. AMES: Asociación de Mujeres de El Salvador.
AMPES: Asociación de Mujeres Progresistas de El Salvador.
ASMUSA: Asociación de Mujeres Salvadoreñas.
CUMS: Comité Unitario de Mujeres Salvadoreñas.
FEMUSA: Federación de Mujeres Salvadoreñas.
3. ANDES 21 de junio: Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños.
4. CARECEN: Central American Refugee Center.
5. CDHES-NO Gubernamental: Comisión de Derechos Humanos de El Salvador.
6. CECARI: Centro de Estudios Centroamericanos de Relaciones Internacionales.
7. CODEFAM: Comité de Familiares pro-libertad de presos -desaparecidos políticos de El Salvador "Marianella García Villa".
8. COMADRES: Comité de Madres de Presos y Desaparecidos "Monseñor Romero".
9. COMAFAC: Comité de Madres y Familiares Cristianos de Presos, Desaparecidos y Asesinados "Padre Octavio Ortíz- Hermana Silvia"
10. COPPES: Comité de Presos Políticos de El Salvador.
11. COPRODES: Comité Pro Desplazados de El Salvador.
12. CONADES: Comisión Nacional de Asistencia a la Población Desplazada.
13. CRIPDES: Comité Cristiano Pro Desplazados de El Salvador.
14. FDR: Frente Democrático Revolucionario.
15. FMLN: Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, formado por:
FPL: Fuerzas Populares de la Liberación.
RN: Resistencia Nacional.
PCS: Partido Comunista Salvadoreño.
PRTC: Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos.
ERP: Ejercito Revolucionario del Pueblo.
16. FDC: Partido Demócrata Cristiano.
17. PPL: Poderes Populares Locales.
18. SALPRESS: Agencia Salvadoreña de Prensa.

Algunas palabras de uso común:

a cucurucho: en brazos

bolo: borracho

bullá: rumores

cipote: niño (carifiosamente)

cuto: persona con alguna de las extremidades amputadas.

chagüite: charla, chisme

champa: cabaña

chinear: cargar en brazos, mimar a un niño

chucho: perro

guaro: alcohol, trago

guinda: huida, retirada

hembra: mujer

la animala: el ejército, los medios represivos

ligero: rápido

macho: mula de carga

mal de orín: cistitis

oscurana: oscuridad

puto: hombre que tiene muchas mujeres

tatú: refugio antiaéreo, escondite

tierno: recién nacido, niño de pecho

vale verga: no importa

varón: hombre

vergón: capaz, valiente, de buena suerte

guineo: plátano

INTRODUCCION

El Salvador, junto a otros países del área centroamericana, se encuentra hoy en la encrucijada entre el logro de una revolución social o el mantenimiento de un sistema de producción caduco, apenas modernizado por instancias gubernamentales débiles y dependientes. Politólogos, economistas, historiadores y teóricos de la revolución han estudiado diferentes facetas de una guerra que se ha prolongado ya siete años, transformando algunas de las estructuras sociales fundamentales del más pequeño país de la América continental.

A raíz de la guerra civil que, desde 1981, enfrenta la población de El Salvador, la mujer de este país centroamericano se ha incorporado por un lado a las tareas económicas inherentes a una situación de crisis y, por el otro, a una participación política activa, tanto en el terreno militar como en el organizativo popular.

Convencida que "la realidad social no existe como 'objeto' o suma de circunstancias dadas, sino ante todo como praxis, es decir como situaciones creadas por la actividad de los agentes realizadas conforme a fines establecidos por las formas ideológicas"(1), en el presente estudio me fijaré en los cambios que se han dado en los diferentes sectores femeninos de la sociedad salvadoreña a raíz de la guerra, tratando de analizar centralmente las oportunidades y las limitantes que ésta brinda en la cotidianidad a las mujeres.

El conflicto bélico ha impulsado a las salvadoreñas a tener prácticas que rompen con la adscripción femenina a las tareas tradicionales del trabajo doméstico y la crianza de los hijos. En la familia, en las fábricas, la iglesia,

(1) Carlos Pereyra, El sújeto de la historia, Alianza, Madrid, 1984, pp.72-73.

la escuela y los tugurios, enfrentan una realidad que les impone cambios en la percepción del mundo social y, por lo tanto, en las relaciones mujer-hombre en los ámbitos privado y público.

Ahora bien, sin una teorización en cuanto a su propia realidad y necesidades en la sociedad que luchan para transformar, corren el riesgo de convertirse en cómoda carne de cañón o en instrumentos que pueden guardarse una vez utilizados; ya que, como todos los gobiernos surgidos de revoluciones -hasta ahora- la nueva sociedad conserva y reproduce, a nivel de las relaciones de poder entre los géneros, las viejas ideas patriarcales.

El propósito de esta investigación es evaluar los cambios cualitativos de la vida y la conducta que se han producido en la mujer salvadoreña por su incorporación al conflicto y así contribuir al esfuerzo teórico de concientización feminista de la mujer en la fase actual del proceso revolucionario en El Salvador.

El surgimiento de cualquier tipo de movimiento de liberación femenina responde a reajustes ideológicos, económicos y sociopolíticos de la sociedad en que se manifiesta. Ligadas a la revolución francesa o al fortalecimiento del liberalismo británico, las primeras organizaciones creadas colectivamente para alcanzar la emancipación de la mujer "se encuentran en la conjunción de fuerzas históricas que operaban en tres diferentes niveles: el histórico, el económico y el sociopolítico"(2).

Asimismo, sería impensable entender la vivacidad inte-

(2) Richard J. Evans, Las feministas, siglo XXI, Madrid, 1980, p. 7.

lectual y la violencia política de los movimientos feministas de la década de 1970, sin entender que sus críticas a las relaciones de poder y su reivindicación de alteridad, las comparaban con movimientos radicales, estudiantiles y sindicales, desligados de los partidos de la izquierda tradicional (3). El cuestionamiento de las relaciones mujer-poder y mujer-lucha de clases proporcionó los eslabones ideológicos entre los movimientos de masas de esa índole y la reorganización del movimiento feminista.

La idea feminista, rechazo de la desigualdad original, negación de los roles sexuales, es también una filosofía, en su sentido más amplio de discurso lógico encaminado al análisis y posibilidades del cambio de condiciones culturales y materiales, que no puede conciliarse con ideologías reaccionarias o totalitarias ya que prevee la discusión de los valores jerarquizados sexualmente y la defensa de la libertad individual y colectiva para la formulación de un espacio autónomo. Dicha idea ha tenido a lo largo de los siglos y en los diferentes países, con sus específicos desarrollos, distintas expresiones.

El Feminismo, término que ya en 1890 había suplantado al womanism, "mujerismo", para definir a "la doctrina de la igualdad de los derechos para la mujer basada en la teoría de la igualdad de los sexos" (4), es un complejo movimiento reivindicativo, cultural, social y político que prevee tres fases de desarrollo.

(3) La problemática feminista de las mujeres comunistas y socialistas será planteada en el seno de sus partidos a partir de la fuerza alcanzada por las mujeres organizadas en asociaciones autónomas.

(4) Supplement to the Oxford English Dictionary, Londres, 1972

La primera implica un percatarse de las mujeres de las discriminaciones de las que son objeto en un mundo enemigo, extraño, que les otorga únicamente el espacio de su capacidad reproductiva, biológica. Esta fase, que podría considerarse como una incipiente toma de conciencia de la alteridad femenina y de la no naturalidad de su situación, no conlleva necesariamente una práctica tendiente a la mejora de su situación específica.

Sólo en un segundo momento las mujeres emprenden una lucha emancipativa, tendiente a obtener una paridad de derechos y deberes en los campos educativo, legislativo y laboral.

Finalmente, desarrollan un proceso de liberación.

En las dos primeras fases, históricamente, el Feminismo ha optado por tres vertientes: una liberal, basada en la recuperación del individuo-mujer para el manejo de su productividad y el ejercicio de los derechos civiles y políticos; otra socialista, basada en la unidad de la lucha de la mujer como parte del proletariado; y una radical, que sostiene la necesidad de un cambio, una modificación de las relaciones de poder entre los sexos en la vida pública y en la vida privada, en la cotidianidad. La vertiente radical del Feminismo, toma al socialismo como condición necesaria pero no suficiente para que dicha modificación se concretice.

La tercera fase, la etapa de liberación, es todavía un proceso in fieri, tanto en las sociedades capitalistas como en las socialistas ya que necesita de una determinada emancipación para desarrollar la subsunción histórica de la alteridad femenina que, como escribe Ginevra Conti Odorisio, es

"momento inicial de partida para la búsqueda de sus propios valores o la elección de valores para la construcción del sujeto mujer"(5).

Alejandra Kollontai en 1921 (6) y Simone de Beauvoir en 1948 (7), emprendieron el análisis del desarrollo histórico de la mujer relacionándolo con su exclusión del trabajo productivo y no sólo reproductivo, y por ende de las decisiones políticas, de la vida cultural, de la trascendencia.

La mujer-paridora, débil, tímida- está ligada a la cultura de la casa, a la cultura no oficial del vientre y las tradiciones. La historia, como momento activo del conocimiento y la actuación trascendente, le está negada: "la mujer perpetúa su existencia carnal, pero su papel es solamente nutricional, no creador; ella no crea en ningún dominio, mantiene la vida de la tribu dándole hijos y pan, permanece consagrada a la inmanencia y sólo encarna al aspecto estático, encerrado en sí de la sociedad" (8).

La esquizofrenia inherente a dicha situación atañe, obviamente, también al hombre, excluido de la inmanencia, de la participación en la reproducción de la especie y de las tradiciones: "los únicos trabajos dignos de él son la guerra, la caza y la pesca" (9).

Encerrado en el mundo familiar, el trabajo de la mujer, y por lo tanto ella como agente histórico, se mantuvo inmutable a lo largo del tiempo sufriendo, sin impulsarlos nunca, cambios tecnológicos, geográficos o de costumbres y sustrayéndose a toda trascendencia necesaria para participar como

(5)Ginevra Conti Odorisio, Storia dell'idea femminista in Italia, ERI, Torino, 1980, p. 197

(6)Alejandra Kollontai, La mujer en el desarrollo social, Ed. Guadarrama, Barcelona, 1976

(7)Simone de Beauvoir, El Segundo Sexo, Siglo XX, Buenos Aires, 1981

(8) (9) ibidem, p. 97

agente activo en las transformaciones económico-sociales de su colectividad.

Aunque las mujeres siempre se han desempeñado en empleos no pagados, hogareños y familiares, su entrada al mundo del trabajo se notó sólo hasta finales del siglo XVIII. Empero, con la Revolución Industrial, empezaron a manufacturarse alimentos, utensilios y vestimenta fuera del mundo doméstico, quitando a éste espacio autonomía moral, intelectual y económica. Este hecho relegó a algunas mujeres al papel de simples reproductoras, sin disponibilidad sobre su cuerpo y sus hijos, y empujó a otras a sumarse al proletariado. Estas últimas obtuvieron un salario, generalmente inferior al de su compañero, a cambio de su trabajo como obreras; sin embargo, la moral, las costumbres y la cultura vigentes cuestionaron el valor de su labor, imponiéndole una segunda jornada de trabajo, invisible y doméstica, que las regresa al seno familiar, a la crianza de los hijos y a la ignorancia.

La historiografía, único instrumento cultural para entender al hombre y a la mujer y sus relaciones en el tiempo, habiéndose escrito para ensalsar la participación masculina, se ha detenido en las corrientes económicas, las conquistas militares, las transformaciones tecnológicas, a veces en la lucha de clases. Ha manifestado, pues, un constante desinterés por la participación femenina en el devenir. De hecho, la mujer aparece en la historia escrita sólo con relación a momentos extraordinarios, no habituales y, aún así, le es difícil salir de banales epopeyas en la que es "madre de héroes".

En todo caso, por su trabajo o por la moral vigente, la mujer pertenece a la familia, al ámbito de lo privado, a una

organización social que la confina, subordina y explota. Por su trabajo "el ama de casa no participa, como lo hace el obrero o el artesano, directamente en la producción social" (10), pero aún cuando logra escaparse del enclaustramiento no logra liberarse de su "esclavitud doméstica", como la definía Engels (11), porque la familia no es sólo un lugar de trabajo no retribuido, sino también una superestructura ideológica que mitifica a la mujer encerrada entre los muros del hogar, feliz de ser madre y poder servir a un hombre. En ella las mujeres son "el grupo de personas responsables de la producción de valores de uso simple en las actividades ligadas a la casa" (12).

La división sexual del trabajo - separación fundamental de las labores entre los sexos que relega a la mujer al cuidado de los niños, las tareas del hogar y a un trabajo remunerado, que generalmente es extensión de los trabajos domésticos, cuando el sueldo del marido no es suficiente para mantener a la familia, y que responde a una lógica de reproducción de la fuerza de trabajo- está profundamente ligada a una división sexual de la cultura, no tan estudiada como la primera, que refleja la interacción de las necesidades económicas con la educación, la moral, el arte y los servicios sociales.

- (10) Antoine Artous, Frédérique Vinteuil, Los orígenes de la opresión de la mujer, Fontamara, Barcelona, 1978, p.39
- (11) Federico Engels, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, Marx y Engels, Obras escogidas, t. II, Ayuso, Madrid, 1975
- (12) Margaret Benston, "Para una economía política de la liberación femenina", en VVAA, La liberación de la mujer, año cero. ↵
Barcelona, 1977, p.86.

Por ejemplo, aunque impuesta por la sobrevivencia del gé-
nero, la maternidad es elevada a "instinto", "naturaleza" fe-
meninos, conceptos que inferiorizan a la mujer respecto al
hombre (éste piensa y ella se deja vivir por su fisiología),
pero que son falsamente considerados sinónimos de "normalidad"
y "bondad femenina" por la sociedad y su cultura opresiva.

Los conceptos "madre" y "familia" están estrechamente li-
gados. Según Victoria Sau: "decir familia es decir familia pa-
triarcal sea cual sea su conformación y extensión, en el sen-
tido de que en ella y a través de ella la mujer es por razón
de su sexo subordinada, oprimida y explotada. Como objeto de
circulación entre familias no tiene familia propia y es saca-
da de la de nacimiento para pasar a ser forastera en la de su
marido; generalmente vive también en la localidad de éste. En
una palabra: trabaja y pare para aquél que se la ha apropiado
por el mecanismo legal masculino del matrimonio". (13)

Al estar al servicio de un hombre en la familia, la mu-
jer cuando reproduce "no es madre en tanto que mujer-madre
sino que se limita a aportar al padre lo que a éste le falta:
la capacidad biológica de la gestación y el alumbramiento" (14).

Estructura básica de la explotación física y económica
femenina, en la familia la mujer no sólo trabaja sin salario
ocho o más horas cediendo su fuerza de trabajo al hombre que
la mantiene, administra el sueldo del marido, permite que éste
descanse y reponga la calidad de su fuerza de trabajo, sino

(13) Victoria Sau, Diccionario ideológico feminista, Icaria,
Barcelona, 1981, p. 99

(14) *ibidem*, p. 160

Esta situación, apenas planteada por el movimiento feminista del siglo pasado y de principios del actual, que más bien podría llamarse sufragista por su lucha en pos de alcanzar el voto para las mujeres y algunas reivindicaciones de carácter emancipacionista en el campo económico y legislativo (paridad salarial y derecho a la educación), ha sido retomada y analizada desde finales de la segunda Guerra Mundial tanto por la filosofía existencialista de Simone de Beauvoir (16), como por el movimiento feminista de los sesenta-setenta surgido de las organizaciones estudiantiles, laborales y de autoconciencia europeas y norteamericanas.

La irrupción de los movimientos de masas en la política de la Europa y de los Estados Unidos de ese entonces, permitió el renacimiento de una cultura feminista organizada, ahogada por el repliegue del sufragismo y la falta de opción activa en el pensamiento de las intelectuales.

Esta cultura adquirió un carácter militante y combatió en las calles, las escuelas, las fábricas y los libros la imagen de la mujer como sub-hombre, inconsciente, inestable, débil, voluntariamente recluida en su papel de objeto sexualpreciado o de madre universal y abnegada. Su estrategia fue

(16) Que preocupada por el aplastamiento de la participación histórica de las mujeres después de los momentos de agitación, las revoluciones o las conspiraciones, descubrió que la causa reside en la participación marginal de las mujeres en dichos acontecimientos, mientras que para cambiar el mundo hay que estar sólidamente ancladas a él., ob. cit., p. 202.

"la salida del hogar, masiva e igualitaria, del sexo femenino hacia el mundo social y económico en que se inserta la familia" para "lograr la absoluta igualdad sexual dentro de las condiciones estructurales existentes" (17). Aunque muchas veces trataron de cambiarlas, su fin era sobre todo entender y revolucionar los valores básicos sobre los que fue estructurada la distribución del poder entre los sexos y poder-cultura, poder-política y poder-cambio social. El Grupo Pro-Liberación Femenina de Nueva York así se expresaba al respecto: "Como el racismo, la supremacía masculina afecta a todos los estratos de la sociedad y está arraigada aún más profundamente. Los blancos por lo menos mantienen una actitud defensiva respecto al racismo; los hombre, incluyendo la mayoría de los radicales, blancos y negros, están orgullosos de su chauvinismo. La supremacía masculina es la forma de dominación más antigua y la más resistente al cambio" (18).

Ahora bien, el Feminismo como complejo movimiento político, económico e histórico, se basa en una idea nueva en el mundo occidental, una revolución que, como escribe Jo Freeman, plantea que el cambio de valores sociales justifica un intento por cambiar las relaciones sociales. (19).

A lo largo de éste estudio, comprendí que para la historiadora que pretende comprender una realidad femenina, la teoría Feminista es necesaria para encontrar las pautas de su proceso de transformación.

- (17) Elizabeth Maier, Las sandinistas, Editorial de Cultura Popular, México, 1985, p. 27
- (18) "Declaración del grupo pro-liberación femenina de Nueva York", en Margaret Randall, Las mujeres, Siglo XXI, México, 1984, p. 68-69
- (19) Jo Freeman, El movimiento feminista, Editores asociados, México, 1977, p. 31

El interés por estudiar las transformaciones en las pautas de comportamiento femenino en El Salvador a raíz de la revolución, me lo ha despertado la observación del desarrollo de la vida cotidiana de las salvadoreñas tanto en el exilio como en las diferentes situaciones que les toca vivir en su país.

El método de investigación utilizado, la observación directa, me ha permitido recoger datos y relacionar situaciones que, aparentemente distintas, conforman en realidad variantes de un mismo comportamiento en tiempos y circunstancias diferentes.

Decidí ratificar mis impresiones mediante entrevistas en las que diferentes grupos de mujeres —que luego dividí por pertenencia de clase, ubicación geográfica y participación política—⁺ hablaron de la evolución de su vida (las condiciones objetivas en que vivían antes de la guerra y su incorporación a la lucha; las experiencias concretas que las empujaron a tener una praxis de carácter feminista y en qué están ahora). A través de las respuestas, traté de darme cuenta si hay una conciencia feminista y si es por necesidad circunstancial que las mujeres entraron a la vida política.

Escuché y grabé el testimonio de las mujeres, haciéndoles preguntas sólo si confundían o desviaban en su exposición, según lo aconsejado por Sonia Comboni y José Manuel Juárez. (20).

+ Sé que éstas no son las únicas diferenciaciones posibles en un análisis del comportamiento femenino, pero por el tipo de caso preferí separarlas por clases que, por ejemplo, con base en la edad, aunque obviamente las diferencias entre jóvenes y ancianas son, a veces, muy marcadas.

(20) Sonia Comboni y José Manuel Juárez, Introducción a las técnicas de la investigación, Tierra Nova y UAM, México, 1984, pp. 58-79.

Asimismo, traté de nunca afirmar o negar algo y mantener un clima de confianza para que ellas hicieran una honesta relectura de su pasado y yo pudiera luego realizar un recuento histórico de la participación femenina en la revolución salvadoreña a partir de las experiencias de sus propias militantes y un estudio de sus valores.⁺

Una vez transcritas las grabaciones, las cotejé con entrevistas aparecidas en periódicos, revistas y recopilaciones, las analicé a la luz de los documentos de las cinco organizaciones de mujeres revolucionarias y de los tres Comités de Madres.

Puesto que para mí es de gran importancia conocer cómo la práctica política influye sobre la conciencia feminista, cuestioné el cambio social evidente que vive la mujer salvadoreña en las zonas bajo control político-militar del FMLN, así como el proceso de asimilación de la mano de obra femenina en las ciudades y su sindicalización y politización en las zonas de control gubernamental.

Ahora bien, descubrí que la participación de las mujeres con las que pude tomar contacto en el movimiento de liberación nacional no tiene un correlato constante sobre sus propias conciencias y sobre la sociedad que se está gestando gracias al ejercicio del poder político por parte de la mayoría de los Poderes Populares. Su presencia en espacios hasta ahora prohibidos a las mujeres, puede considerarse de preparación a una lucha femenina para las reivindicaciones de las mujeres en lo económico y lo jurídico.

⁺ Los valores mueren a la acción. Si hay cambio de valores es porque hay cambio de actitudes y éstas son transformaciones de la praxis.

Para analizar la historia de la práctica política femenina salvadoreña y de las transformaciones de sus pautas de conducta hasta llegar a su actuación presente, traté de desglosar de las entrevistas: a) la vida cotidiana de las mujeres según su ubicación geográfica y de clase (capítulo 2); b) la influencia de la educación en su conducta (capítulo 3); y c) sus aspiraciones políticas (capítulo 4).

La prolongada guerra civil que está viviendo El Salvador y su correlato de empuje popular hacia un cambio estructural completo de la sociedad -cambio que no podría darse sin la incorporación de la mujer a la historia activa, a la trascendencia, con su secuela de construcción de la nueva democracia paritaria-, es uno de esos momentos críticos que ha permitido una más rápida asimilación de la mujer a la historia. Ahora bien, si se considera que toda sociedad tiene su historicidad y que ésta dictamina estrechas relaciones entre las situaciones personales y la sociedad misma, se entiende que cuando se intenta hacer comprensible la totalidad dinámica de un determinado desarrollo social, resulta indispensable el estudio de las interrelaciones e interacciones entre el mundo económico-social y la vida humana.

Las mujeres y los hombres, condicionados por la especificidad histórica de su sociedad, viven en ella adaptándose a las nuevas situaciones que de ella surgen, a la vez que las impulsan mediante su práctica social. Ahora bien, englobadas en un proyecto revolucionario que implica el compromiso y la actuación conjuntos de la mayoría de la sociedad (o por lo menos de

los sectores mas conscientes de la misma), estas adaptaciones se verifican en actos específicos llevados a cabo por personas particulares que conforman grupos concretos en una sociedad de terminada. Por consiguiente, la esencia y las funciones histórico-sociales de la vida cotidiana -definida por Agnes Heller como "el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales, a su vez, crean la posibilidad de la reproducción social" (21)- no pueden considerarse una esfera homogénea, pues comprenden, en su dinámica evolutiva, una heterogeneidad universal.

Como lo planteara Fromm en su libro sobre el campesino me xicano, creo que son los valores e impulsos arraigados más pro fundamente, "los que determinan en buena parte su respuesta a las nuevas condiciones, exigencias y oportunidades" (22).

Por lo tanto, sólo el análisis de la vida cotidiana de las salvadoreñas puede brindar luces sobre su peculiar forma de en frentarse a la historia de su país y la concepción que tienen del papel que desempeñan en la misma.

Ahora bien, aún en el campo de la relativa homogeneidad de las actividades femeninas (me refiero sobre todo a su jorna da de trabajo doméstico), siempre se encuentran desigualdades de desarrollo, aspiraciones, participación política que las di ferencian. De ahí que la identificación y caracterización de los testimonios e historias de vida de las personas utilizadas como fuentes de información, me haya llevado no tanto a la es tructuración de grupos cerrados en los que se manifiestan este reotipos de mujeres con valores, sentimientos e ideales fijos,

(21) Agnes Heller, Sociología de la vida cotidiana, Península, Barcelona, 1977, p. 10.

(22) Erich Fromm, Michael Maccoby, Sociopsicoanálisis del campesino mexicano, FCE, México, 1982, p. 15.

sino a constatar que en el curso de la guerra se ha dado un proceso de transformación, de construcción o degeneración de valores, acompañado del mantenimiento de otros según la relación individual que éstas han tenido con las diferentes partes en guerra, con la represión, la violencia y la crisis económica desatada por el conflicto bélico. Por lo tanto, como señala Agnes Heller, "los mentados valores objetivos se despliegan en conexión recíproca dentro de cada esfera de la heterogénea realidad social, y del mismo modo se puede producir la desvaloración en cada esfera" (23).

Estos, en los casos de las entrevistadas, se manifestaron en su modo de entender las relaciones interpersonales y de poder, su interpretación de "vida privada" y "vida pública" (o "política"), de economía, educación, familia, guerra, liberación, crisis y revolución.

Las historias de vida -relatos aparentemente enfocados a todos los aspectos considerados sobresalientes por la informante en los que se sigue un esquema cronológico con posibilidad de ampliar las partes más emotivas o de interés - y los testimonios - relatos referentes a un aspecto particular de la vida de la informante, generalmente requerido por la investigadora- que recogí, reflejan de manera directa problemas pocas veces abordados por la historiografía masculina, tales como los relativos a la falta de independencia económica y su correlato inmediato de no pertenencia al mundo productivo y, por lo tanto, de ahistoricidad del grupo femenino dedicado a la reproducción y mantenimiento de la estructura capitalista del mundo

(23) Agnes Heller, Historia y vida cotidiana, Grijalbo, Barcelona, 1972, p. 24.

masculino, sus ritos, mitos, creencias y procedimientos; los referentes a la doble jornada de trabajo de aquellas mujeres que se han incorporado por necesidad o por deseo de superación a la producción asalariada (y aún de triple turno entre trabajadoras que militan en algún sindicato, gremio o partido); y los surgidos a raíz de una doble militancia de las mujeres que, tras haber adquirido una conciencia política, han despertado a la problemática de su propia explotación laboral y doméstica decidiendo luchar no sólo para el alcance de una sociedad más justa en la repartición de riquezas y poder entre las clases, sino inevitablemente, para obtener una paridad intersexual de derechos, deberes, poder y espacios.

El análisis del desarrollo de la vida diaria de las salvadoreñas, sus relaciones familiares e interpersonales, costumbres, modos de pensar que se insertan en la estructura de una determinada sociedad por la conformación e interacción de las formas de poder, comportamientos reflejos de las mismas, antagonismos entre lo real y lo ideal, es, para mí uno de los medios para captar el centro del acaecer histórico de de una visión femenina del mundo. Sus cambios son debidos a las "interrelaciones e interacciones entre las actitudes emocionales arraigadas en el carácter y los factores socioeconómicos" (que, como se verá, a veces es percibido como enemigo y otras como ideal). Paralelamente, dicho análisis permite a cercarse de forma inmediata a la realidad social de los gru- por analizados, a sus concepciones morales y a sus interpretaciones de las nociones de amor, educación, política y revo- lución.

CAPITULO I

LA SALVADOREÑA, SU HISTORIA Y SU LUCHA ACTUAL

El 9 de agosto de 1975, seis mil mujeres en silencio y vestidas de negro, desfilaron por las calles de San Salvador. Al frente de la manifestación, un cartel decía: "En el año internacional de la mujer, condenamos al gobierno asesino". Como varias veces antes en su historia, las salvadoreñas tomaron en esa ocasión las plazas protestando contra la masacre de estudiantes de secundaria y universitarios cometida por los cuerpos de seguridad el 30 de julio, y contra las matanzas anteriores de campesinos en Tres Calles, Chinamequita y Santa Bárbara. Se sumaron, pues, al repudio de un método de gobierno que con el tiempo -en 1981- se convertiría en abierta guerra civil. Y a la vez, se definieron "antifeministas" porque: "el gobierno de entonces... firmó en la ONU compromiso junto a la mayoría de naciones, de propiciar medidas que aseguraran una mayor participación y desarrollo de la mujer en El Salvador" (1), confundiendo el paternalismo patriarcal de un sistema político cáduco con una lucha que no entendían como política y que se reducía, según la mayoría de ellas, al enfrentamiento con el hombre.

Según Liliam Jiménez, fundadora, en 1957, de la Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas -organización que empezó la lucha reivindicacionista femenina contra la desigualdad social-, la mujer tomó conciencia en las luchas populares y, por eso mismo,

(1) La situación de la mujer salvadoreña en el período 75-78, ponencia presentada por el Comité Constitutivo de la Federación de Mujeres Salvadoreñas, en la reunión internacional de Nairobi en Julio de 1985, mimeo, p. 1

no puede renegar de la cultura en la que se ha desarrollado: "Los combates del pueblo en los movimientos agrarios, sindicales, estudiantiles, de maestros y profesionales, de organizaciones políticas enfrentadas a una dictadura cada vez más sanguinaria, le dieron a la mujer la conciencia más alta de su papel en el devenir histórico" (2).

Ahora bien, la lucha para el alcance del socialismo o formas democráticas de gobierno es un problema de la sociedad global en la que las mujeres adquieren, o tratan de adquirir, su derecho a la participación paritaria con el hombre. Dada la situación histórica de El Salvador -pequeño país de 21 mil kilómetros cuadrados y 5, 6 millones de habitantes, ubicado en el corazón de Centroamérica, que desde 1932 vive una continua alternanza de dictaduras y gobiernos civiles represivos manejados por una reducida oligarquía agroexportadora y, desde la década de los sesenta, ligada a los maquiladores estadounidenses ahí establecidos- era poco factible que en los setenta el 53 por ciento (3) de la población salvadoreña desviara sus fuerzas en pos de alcanzar el derecho a la libre disposición de su cuerpo y la formulación de valores propios cuando,

- (2) Liliam Jiménez "La mujer revolucionaria en El Salvador", en Plural, No. 156, México, septiembre de 1984, p. 39. El subrayado es mío.
- (3) "La mujer representa un 53% del total de la población, siendo a nivel urbano más significativa la población femenina, ya que en el área rural hay más hombres (51%) que mujeres", Situación de la Mujer en El Salvador, Centro de Documentación de SALPRESS, 1984, p.1. Dada la falta de un censo oficial posterior al de 1970, para los datos relativos a población, vivienda, alfabetización, empleo y emigración, utilizaré fuentes y estudios fidedignos más cercanos.

integrándose a los diferentes movimientos que estaban surgiendo, se enfrentaba a una represión cada vez más refinada (4). Sin embargo, desde sus inicios la cohesión y la capacidad de lucha desarrolladas por el sector femenino dejaban entrever una posible independencia de aspiraciones de las salvadoreñas respecto de su sociedad.

Aunque en las luchas anticoloniales las mujeres habían sido las más exaltadas defensoras de la libertad nacional (5), es sólo desde la década de 1920 que en El Salvador las corrientes reformistas y revolucionarias de los sectores medios inconformes y del proletariado agrícola impulsaron la práctica política femenina a su favor.

El 28 de febrero de 1921, las vendedoras de los mercados de San Salvador, Santa Tecla y Santa Ana, tomaron la zona de la policía del Barrio del Calvario en la ciudad capital protestando contra las pésimas condiciones de vida y la represión implementada por la tiranía de los Meléndez- Quiñones.

Un año después, totalmente vestidas de negro en signo de luto por la muerte de la democracia, seis mil mujeres desfilaron pacíficamente en apoyo al candidato presidencial Miguel Tomás Molina el 25 de diciembre de 1922. Al ser ametralladas, "cientos de ellas se lanzaron enfurecidas sobre el Primer Regimiento de Infantería" (6).

(4) Lilliam Jiménez, ob. cit., p. 39. Asimismo ver a Jorge Pinto, El grito del más pequeño, México, 1986, cuando relata las condiciones de tortura y violación en las cárceles y los cuarteles donde son llevadas las mujeres.

(5) Ver a: Alistair White, El Salvador, UCA Editores, San Salvador, 1983, y Manuel Rubio Sánchez, Status de la mujer en Centro América, (1503-1821), Dirección de Publicaciones, San Salvador, 1978.

(6) Lilliam Jiménez, ob. cit., p. 38

En 1932, un número considerable de mujeres de la ciudad y la mayoría de las campesinas, se sumaron al movimiento encabezado por Farabundo Martí, que fué reprimido sin distinciones de sexo por las tropas del general Maximiliano Hernández Martínez. Entre los 30 mil campesinos masacrados, las mujeres regaron con su sangre la tierra. Y tantas más, trece años después, jugaron un papel importantísimo en el derrocamiento del mismo Hernández Martínez, que abandonó el país en 1944.

Cada vez que en la historia de El Salvador un movimiento de carácter popular o simplemente liberal surgió o fué reprimido, la mujer participó en él. No obstante, y quizá por su propia entrega, nunca se detuvo a pensar sobre los cambios que podía impulsar en la administración de la paz civil diaria o de qué forma, al negársele un papel que no fuese el de agitadora en los momentos extremos, se le excluía de una toma de conciencia de su propia situación de inferioridad en los movimientos en que participaba.

Así, en 1952, durante la dictadura del coronel Osorio, fueron torturadas en las cárceles de la policía o lanzadas al exilio. Y en los sesentas, padeciendo la represión del gobierno del coronel José María Lemus. O en los setentas, al incorporarse a las organizaciones político-militares que se venían formando y que en 1981, frente a la imposibilidad de alcanzar por la vía democrática una justicia social y una mayor repartición de la riqueza, se lanzaron a la guerra.

No obstante, a la par de salir a la calle para integrarse a los partidos, a los sindicatos y a los gremios masculinos, las salvadoreñas pelearon en las plazas el derecho como

madres a no ser reprimidas buscando los cadáveres de sus hijos (a la Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas, cuyo lema era "Por la defensa de la mujer y del niño", que se desintegró a principios de los setenta, siguió el primer Comité de Madres de Desaparecidos, que, en 1980, fortalecido, adquirió el nombre de Comité de Madres de Presos y Desaparecidos Políticos "Monseñor Oscar Arnulfo Romero"). Como campesina, obrera y maestra: "La mujer salvadoreña que se incorpora a la lucha popular tiene que romper con la tradición cultural, con los prejuicios burgueses, con el sometimiento, etc. Esta ruptura con la tradición se ve forzada y clarificada por la discusión diaria de estudiantes, maestras, vendedoras de los mercados, las cuales, para poder participar en la lucha de liberación nacional, tuvieron que conquistar el derecho a esa participación. Inmersas en el desarrollo revolucionario, se va dando, en la práctica cotidiana, una toma de conciencia de la situación de opresión de la mujer" (7).

Muy lejos de reivindicar su alteridad de valores para la construcción del sujeto mujer en medio de una explotación laboral equitativa, las salvadoreñas, que no tienen trazado un historial de lucha emancipativa que se remonte al siglo XIX, consideran que "la lucha femenina no se da antes o después de un triunfo revolucionario, ni se da en forma desarticulada o aislada de todo el contexto de lucha global del pueblo salvadoreño" (8).

(7) Asociación de Mujeres de El Salvador (AMES), Cómo nacemos y qué hacemos, México, 1983, p.4. Es interesante notar que AMES reivindica el "feminismo revolucionario", pero su lema "conquistando los derechos de la mujer y la niñez", identifica nuevamente a la mujer como madre.

(8) Ibidem, p. 2.

"La participación de la mujer en las luchas sociales indudablemente está ligada a los permanentes combates que el pueblo salvadoreño ha dado desde hace mucho años" (9). Pero ¿qué tan cierto será que su "verdadera función" es la de "mujer madre, esposa y trabajadora"? (10). O sea ¿que sus reivindicaciones específicas "no son su principal objetivo, sino que éste es el mismo por el que lucha todo el pueblo salvadoreño" (11), como afirman Liliam Jiménez y Norma de Herrera?.

Ochenta y cuatro de las ciento diez y siete mujeres entrevistadas por mí afirmaron que casarse es importante para que la mujer sea aceptada socialmente y pueda procrear porque "la mujer es más feliz cuando tiene hijos".

Los "deberes" familiares (trabajo del hogar y cría de los hijos) son para ella una carga inevitable y muy suya. Este es un quema, que trasciende un marco inmediatamente económico, está presente aún entre las militantes: "La mujer salvadoreña ha tenido que ir adaptando sus propias tareas familiares, de trabajo y de lucha revolucionaria para poder conjugar los deberes familiares con la militancia política", afirma Norma Guevara quien representó a las salvadoreñas en la Asamblea Mundial de Mujeres de Praga en 1981 (12).

De hecho la mujer tiene interiorizada la responsabilidad del hogar más allá de toda participación individual o familiar en el proceso revolucionario. Aunque en las casas donde varios militantes viven juntos, las tareas domésticas son repartidas sin diferenciación de sexo, apenas entre ellos se establece una relación de pareja, la mujer tiende a servir a su marido,

(9) Norma de Herrera, La mujer en la revolución salvadoreña, COPEC, México, 1983, p.7.

(10) Liliam Jiménez, ob. cit., p. 44.

(11) Norma de Herrera, ob. cit., p. 8.

(12) En Norma de Herrera, ob. cit., p.90.

a asumir sus deberes o por lo menos a hacérselos más ligeros.

Esta situación es, obviamente, aún más marcada en los matrimonios tradicionales en los que la mujer es una verdadera "sirvienta sonriente" que opina, como Martha, casada con un coronel retirado del ejército, que "el amor se manifiesta en un hijo".

Desde la primera infancia, la mujer es educada para servir al hombre en todo aspecto. Debe lavar, planchar, cocinar, limpiar la casa, cuidar los hijos, satisfacer sexualmente al marido, soportar todo tipo de humillaciones y sufrir en silencio para mantener la cohesión del hogar puesto que un divorcio -aunque aceptado por las leyes desde los años 40- la compromete frente a la sociedad, fuertemente influenciada por el catolicismo.

En las instituciones educativas, tanto públicas como privadas, sufre una nueva marginación (en las segundas hay escuelas para niños y otras de más bajo nivel, para niñas). Diferentes normas de comportamiento, costumbres y carácter marcan la socialización de los jóvenes y de las jóvenes para que éstas sean sumisas, dependientes de las decisiones del hombre, dedicadas al hogar y conformistas.

En la actual situación de guerra, por mucho que la incorporación y politización revolucionaria de la mujer rompa con los moldes de una educación formal caduca y llegue a denunciar las ideas impuestas por el Ministerio de Educación (13), la imagen que la salvadoreña se ha construido de sí misma a partir de las enseñanzas recibidas, sólo podrá borrarse con

(13) Ver a este propósito: Asociación Nacional de Educadores de El Salvador 21 de junio, Las luchas magisteriales en El Salvador, s/i, México, 1980.

un largo proceso de análisis feminista y autoeducación del libre ejercicio de los derechos civiles, los deseos y las posibilidades.

Ahora bien, ninguna de las cinco organizaciones femeninas (14) que conforman el Comité Constitutivo de la Federación de Mujeres Salvadoreñas (FEMUSA) y trabajan en las zonas bajo control político militar de la insurgencia --y menos aún el Comité de Madres de Presos y Desaparecidos (COMADRES), el Comité de Madres y Familiares Cristianos de Presos, Desaparecidos y Asesinados (COMAFAC) y el Comité de Familiares Pro-Libertad de Presos--desaparecidos políticos de El Salvador (CODEFAM), cuyo único propósito es la reincorporación de sus seres queridos al seno y a la economía familiar en un clima de paz-- plantea la necesidad de una liberación de la mujer en términos de la revisión de sus papeles tradicionales al interior de la familia.

Sin embargo, FEMUSA contempla la necesidad de reivindicaciones emancipativas en relación a la incorporación política y a la participación paritaria en el desarrollo de la revolución armada y la participación política en las zonas donde una nueva democracia se está gestando con la colaboración de todos los sectores de la población ahí residentes: pequeños propietarios y proletariado agrícola, religiosos, pequeños comerciantes y transportistas, pescadores, pastores, etc.

(14) La Asociación de Mujeres Progresistas de El Salvador (AMPES), que en 1975, retomó los objetivos de la Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas; La Asociación de Mujeres de El Salvador (AMES), que se constituyó en 1973 como organización socio-política femenina; la Asociación de Mujeres Salvadoreñas (ASMUSA); el Comité Unitario de Mujeres Salvadoreñas (CUMS); y la Asociación de Mujeres Salvadoreñas Lil Milagro Ramírez (AMS).

Considerando que la mitad de la especie humana es mujer, también lo es la mitad del campesinado salvadoreño; por lo tanto, la mujer está presente de por sí en la vida de las zonas bajo control político-militar de la insurgencia, pero lo está también en forma organizada en los Poderes Populares, o gobierno paralelo, en donde las asociaciones de mujeres participan en tanto organizaciones de masas.

Pensar que las soluciones individuales son posibles en las relaciones mujer-hombre, que no necesitamos de la solidaridad y de una revolución para nuestra liberación, es una resistencia feroz que las mujeres oponemos a nuestra propia concientización. Pero creer que una sociedad agraria pueda pasar de una situación de sumisión a una revolución teniendo superadas todas las contradicciones secundarias (o sea las que pueden provocar oposiciones de sexo, raza, edad, etc.) y que por lo tanto las salvadoreñas pueden discernir entre la opresión de las instituciones -que se manifiesta en una represión sanguinaria, bombardeos e imposibilidad de desarrollo económico y social- y la opresión de su cultura y sus hombres -con los que aguantan juntos los efectos de la guerra y las duras tareas de la liberación nacional- implica una falta de ubicación histórica.

En toda revolución las mujeres y los hombres han dejado para un después ideal la discusión sobre su posible enfrentamiento. Esto ha sido quizás la causa del porqué, una vez superada la etapa armada, las mujeres volvieron a sus casas con tentándose con unas cuantas leyes que mejoraban su situación

al interior de la sociedad, pero no la revolucionaban⁺. De hecho las revoluciones que han abierto todas las puertas a la participación femenina, sólo les han permitido entrar a un mun masculino, a tiempos que no les corresponden. Según Rossana Rossanda: "Los tiempos de las instituciones son todavía más masculinos que los del trabajo. A veces van más allá de los tiempos de trabajo, dando por sentado que existe una organización aparte respecto de los tiempos de la vida, con alguna mujer o algo que tenga función de mujer que garantice tiempos para él o ella, políticos o sindicalistas" (15).

Ahora bien, si en algunos países las mujeres se han planteado la liberación femenina como proceso reinterpretativo de su propia identidad y práctica de vida independiente de la economía y la cultura patriarcal, en ninguna organización social ésta se ha consumado; por lo tanto no hay ninguna contra dicción en que las salvadoreñas empiecen a entrar en su etapa emancipativa.

Hasta ahora la mujer que participaba en las revoluciones nunca tuvo acceso al desarrollo político ni a ninguna forma de poder que no fuese el militar. Centrada en sus funciones de guerrillera o de dirigente, no manejaba la política cotidiana que cambia o perpetúa las pautas culturales y conforma la vida de los seres humanos en su relación diaria. Mientras organizaba una acción militar o asaltaba un cuartel, otras mujeres

⁺ En Nicaragua, por ejemplo, la Ley de Alimentos, promulgada en 1982, reconoce al trabajo doméstico su calidad económica, pero, al fortalecer los lazos familiares, relega nuevamente la mujer al hogar. Esta ley, además fue aceptada pocos meses antes que el Ejército Popular Sandinista declarara obligatorio el servicio militar para los hombres excluyendo a las mujeres de los programas de defensa nacional, mismos que hoy configuran la base de la vida socio-política nicaragüense.

(15) Rossana Rossanda, "Instituciones contra las mujeres", en Fem, No. 43, México, diciembre-enero de 1985, p. 25.

cocinaban para ella y sus hombres, las mismas que le cosían la ropa, cuidaban sus hijos, trabajaban y rezaban por ella, encerradas en un esquema tradicional.

En El Salvador, sin embargo, la revolución ha adquirido las características de una guerra civil en que se disputan el poder dos gobiernos paralelos, organizados y articulados en zonas de control distintas, pero con economías y formas de administración política complejas en todas sus manifestaciones: el gobierno oficial y el de los Poderes Populares. En éste la mujer participa en cada una de las tareas necesarias a la organización social (transporte, distribución, producción, defensa, alfabetización) y aprende que su lucha sigue en casa, donde una triple jornada no le es posible después de haber desarrollado un turno de trabajo en la producción y otro en las tareas del nuevo organismo estatal en que participa. AMES, que ha tenido ya cinco congresos nacionales y participa como tal en los Poderes Populares, declara: "Creemos en la igualdad de derechos y en la participación de la mujer en todos los ámbitos de la vida colectiva, sin discriminación alguna. Pero sabemos que esos logros sólo serán posibles en la construcción de la nueva sociedad ya que nuestros problemas no tienen solución en el marco de la actual explotación" (16).

Con la etapa armada de la revolución, tal construcción sólo empieza y la mujer está ya "presente en todos los niveles, frentes y modalidades de la guerra de liberación. En la comandancia del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), en la máxima dirigencia del Frente Democrático

(16) "Entrevista con militantes salvadoreñas", en Boletín Internacional de la Asociación de Mujeres de El Salvador, No. 2, octubre-noviembre de 1981, p. 7.

Revolucionario (FDR), en los órganos de dirección de las agrupaciones del pueblo, en la guerrilla, en las milicias, en los frentes de masas, en el trabajo político-diplomático internacional, hay mujeres salvadoreñas de diversa condición social y de todas las edades, desde niñas de apenas 10 años hasta ancianas, como parte del pueblo en armas, cada una según su formación y su capacidad" (17).

Gracias a esta participación masiva se gesta una reinterpretación del rol femenino hogareño que, aunque muy tibia, ya plantea que en los colectivos "las tareas que tradicionalmente han sido asumidas por la mujer se distribuyan equitativamente entre todos los compañeros" (18). De hecho saca a relucir que el tabú sobre las relaciones familiares, relegadas a la división de la vida entre una esfera pública o social y otra privada e íntima, es una posición ideológica reaccionaria que disfranza la fuente de explotación familiar, núcleo que repone y reproduce la fuerza de trabajo para la acumulación de capital. Según Elizabeth Maier: "separar lo privado de lo público, lo personal de lo político, fomenta una percepción ilusoria de una sociedad fraccionada donde en apariencia la explotación y la extracción de ganancias únicamente toman lugar en las fábricas, los campos agrícolas o los talleres mecánicos, en el mundo fuera de la familia; percibiendo el hogar más bien como un refugio de la otra vida afuera" (19).

(17) *ibidem*.

(18) Rosario Gómez, en una entrevista cuyos extractos salieron en Excoelsior, jueves 10. de marzo de 1984.

(19) Elizabeth Maier, *ob. cit.* p. 120.

Esta separación es aún menos democrática en una sociedad donde, por motivos de desempleo y de desplazamiento de una zona a otra por bombardeos o represión, hombre, mujeres, niños, con salarios que no resuelven las exigencias mínimas de vida, no conforman una familia unida y patriarcocéntrica, cuyo concepto entra en contradicción con la realidad, ya que todos sus componentes son individualmente responsables de su sobrevivencia. No obstante, donde el núcleo logra mantenerse unido, o con fuertes lazos de relación, se convierte en un centro de politización colectiva en el que las madres educan a los hijos y éstos a la vez, al politizarse, radicalizan a sus progenitores; donde la represión hacia un miembro de la familia concientiza violentamente a los demás y la incorporación de una hija o una madre a la insurgencia plantea toda una serie de rupturas con pautas culturales de siglos -como el matrimonio, la reproducción, la casa, la obediencia, etc.-. En Un día en la vida (20), una de sus mejores novelas, Manlio Argueta describe cómo, en la vida cotidiana de una campesina en el agro salvadoreño, el mundo político exterior incide profundamente en la vida familiar. Entonces, si la esfera de lo privado no es tal, dada la influencia de lo público -lo político diría Aristóteles- en todas las actividades de los miembros del núcleo familiar en sí, ¿por qué lo privado no es discutido políticamente?

En una reunión del Comité de Madres de Presos y Desaparecidos Políticos "Monseñor Oscar Arnulfo Romero", recuerdo a Ana, de cincuenta años, haber dicho que se había separado de su marido porque éste no tenía el valor de apoyarla en la lu-

(20) Manlio Argueta, Un día en la vida, EDUCA, San José, 1983.

cha para recuperar a su hija de 22 años desaparecida desde marzo de 1984. Le pregunté entonces si era sólo a partir del apresamiento de su hija que ella se había incorporado al Comité. "Sí", me contestó. "Pero es aquí que he descubierto que cada una de nosotras tiene problemas familiares y que nuestras vidas no son nuestras porque son iguales a las de todas y la hija mía es la hija de todas y que el esposo mío es el esposo de todas aquellas que todavía tienen esposo".

La inmediata percepción política de la vida familiar de Ana, choca con la realidad cultural salvadoreña. Yuri, primer oficial del puesto de operaciones del frente suroriental "Francisco Sánchez", relata:

"Al principio mi familia se mostró muy descontenta por mi participación en los problemas sociales. Había un rechazo de parte de ellos hacia las concepciones que comenzaban a formar parte de mi vida.

Mi padre manifestaba que el andar en "problemas" políticos lo que estaba consiguiendo era que me golpeará la policía, y que ése era un problema que resolverían los hombres solamente, que yo me debía dedicar a estudiar, etc. Pero entonces lo que hice fue comenzar a hablar mucho con ellos, sobre todo con mi madre, porque era la más reacia a dar le paso a esas nuevas concepciones" (21).

Aún la escritora Claribel Alegría, que en su Luisa en el país de las realidades demuestra una incipiente pero clara

(21) En Norma de Herrera, ob. cit., p. 54.

postura feminista, en su libro No me agarran viva (22) sobre las militantes salvadoreñas, recoge testimonios que enmarcan toda la problemática femenina en términos de participación a la lucha revolucionaria sin dar cabida en ella a los planteamientos de carácter emancipativo y liberativo que estas mujeres pueden tener y desarrollar a la par que las tareas de cambio social global.

Para Alegría, la ruptura con esquemas familiares sexistas -fomentados por la repetición cultural que evocan las madres- se da más por participación política que por conciencia feminista. En uno de los testimonios que recoge se lee: "En 1974 ya Eugenia toma una postura política -recuerda Ondina-. Empieza a no llegar a casa, a llegar tarde, a faltar a sus deberes familiares. Hay un cambio. Ya no le obedece a mi mamá, sino a los principios que ella empieza a postularse"(23). Ondina, de sectores medios ilustrados, no entiende ni entendería el cambio de la hermana sin una motivación profunda hacia ideales políticos: el no obedecer a la madre no es bueno, pero se justifica por ser un mal menor, necesario dadas las condiciones de guerra. La hermana Ondina no siente hacia Eugenia ninguna solidaridad de mujer, aunque la admire políticamente.

Otra de las entrevistadas se separa del marido para poder desarrollar tranquilamente su actividad política, pero no tiene ningún inconveniente en dejar su hijo al cuidado de la madre que lo educará según la tradición: aún para la hija que se emancipa, la madre sigue siendo una casa, el pilar de la familia, un seno, nunca una persona.

De hecho, desde que el capitalismo marcó la separación

(22) Claribel Alegría, No me agarran viva, ERA, México, 1983.

(23) ibidem, p. 37-38.

entre la esfera de trabajo doméstico y la esfera del trabajo industrial -brutal división social del trabajo en base a los sexos- se ha producido una separación física entre los dos procesos productivos y el hombre que sale a la calle, entra a la fábrica y recorre espacios, se relaciona con los demás de su sexo conformando el sector político y "humano" de la especie, el que piensa y capta la relatividad, el significado de dios, de las leyes y la economía e impulsa cambios. La mujer, por el contrario, se define por la casa y los hijos, el planchado, la ropa, la cocina y los cultos. Rodeada de cosas, se cosifica; encerrada en la familia, se familiariza y perpetúa.

Si yo creyera que esta situación es inmutable y que los pensamientos sólo pueden estudiarse sincrónicamente, no estaría analizando el proceso de transformación de la praxis femenina salvadoreña criginada por la violenta ruptura de la vida social. La salida masiva de las mujeres de la casa abre paso a la participación de la mujer en espacios hasta ahora reservados a los hombres y puede llevarla a plantear una relación trascendente y no sólo reproductiva entre los sexos. Así mismo, la nueva relación que existe entre las mujeres mismas, en los batallones del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, en los gremios y los sindicatos, en los Comités de Madres, es también descosificación y personalización de la mujer: una semilla de futuro.

En una entrevista, que me concedió en México, en mayo de 1984, Rosario Gómez, dirigente de AMES, recalcó:

"La sociedad salvadoreña en su conjunto se ha esforzado por situar a la mujer en un segundo plano. Ella misma parecía ha-

ber aceptado su situación como algo natural; sin embargo, en un país donde vivimos amenazadas por la represión, la guerra y el hambre, cambiaron nuestros intereses". La ruptura con la interiorización de la sumisión es fundamental, pero es un cambio gradual como todo proceso de adquisición de una conciencia histórica y filosófica. Y en cualquier caso empieza con reivindicaciones básicas: el Feminismo, históricamente, se ha radicalizado con el ejercicio de la democracia y de las libertades sociales y civiles fundamentales por parte de las mujeres.

Aunque todavía las organizaciones de FEMUSA olvidan si quiera referirse a sus militantes como personas autónomas, capaces de reclamar por sí mismas determinadas demandas políticas, ya que es "en calidad de madres, esposas, hijas, hermanas" (24) que lo hacen, autorrelegándose nuevamente en un papel dependiente, no puede desconocerse que, a pesar de cualquier dependencia ideológica, plantean el problema de los roles tratando de resolverlo desde su perspectiva histórica, con las implicaciones educativas, económicas y políticas de una sociedad capitalista dependiente en crisis y en que la situación de guerra determina objetivamente todos los aspectos de la realidad.

Obligadas por la sociedad a portarse según esquemas prefijados y estables por siglos, las mujeres, al salir a la calle, adquieren nuevos roles que creen que no les han sido impuestos y que sin embargo siguen seccionando sus vidas y respetando las figuras femeninas tradicionales, conformadas e impuestas por una cosmovisión patriarcal. Así como en el mundo

(24) AMES, Posición de AMES por la paz, distensión y desarme, México, 1983, p. 2.

antiguo la prostituta se liberaba de los pesados deberes de la matrona y salía a la calle o participaba en los círculos filosóficos pero no podía ser esposa, en nuestros días la so ci dad impone que la escritora no sea madre, la política no se case, para que la esposa no busque realizarse en el traba jo. En su práctica, las salvadoreñas desmienten esta situa ción.

No hay motivos para creer en la incapacidad femenina pa ra o rganizar su tiempo y sus sentimientos. Reflejo de un es que ma tan sexista es que el hombre puede ser buen padre y es po so a la vez que amante porque, como dijo Ana (cuyas afirma ci o nes, como se verá a lo largo del trabajo, son particular men te contradictorias cuando pasan del nivel de participa ci o n política al de conceptualización de la vida cotidiana, sexual y familiar, y de la educación femenina), "tiene dife re nci ad o s los niveles de su vida afectiva, mientras las muje re s se enamoran de los hombres con quienes tienen relaciones sexuales", como pensar que un escritor tendrá tiempo para ser esposo, padre, trabajador asalariado y dedicarse a sus pasatiempos, mientras la mujer gasta demasiado tiempo en su papel de madre aún para ser una "buena esposa", para no ha bl ar de todo lo demás.

Cuando las mujeres de AMES plantean el problema de la doble jornada de trabajo y la doble militancia, tratan de re so lv er lo mediante el reconocimiento de la capacidad creativa de la lucha política, la maternidad y la pareja aún en la in me di ate z y contundencia de la guerra. De hecho, aunque en las entrevistas realizadas muy pocas mujeres demuestran una

conciencia de la necesidad de analizar el conjunto de valores androcéntricos recibidos en la escuela, la casa y aún en los partidos (sólo lo manifestaron una transportista, dos militantes de ANES, otra de AMPES, una religiosa, una cooperativista agrícola y una periodista radial), todas aceptan, o por lo menos no reprueban, ser compañeras, madres y militantes a la vez que campesinas, escritoras, médicas, periodistas, vendedoras de los mercados, combatientes, empleadas, enfermeras y aún prostitutas.

CAPITULO II
LA COTIDIANEIDAD FEMENINA

Parafraseando a Anne Wilson Schaef (1), espero en este segundo capítulo conceptualizar y entender lo que significa ser mujer en una sociedad masculina, utilizando un lenguaje que permita comunicar las experiencias de los grupos femeninos que viven una guerra sin atreverse a interpretarla (todavía) con categorías propias.

Con tal fin presentaré una selección de historias de vida y/o testimonios, escogidos con base en un criterio de interés histórico de cambio, de mujeres pertenecientes a diferentes clases y situaciones, tanto en las zonas gobernadas por el poder central, como en las zonas bajo control político-militar del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), considerando no sólo la desproporción territorial -el primero controla las dos terceras partes de El Salvador y los gobiernos de los Poderes Populares, implementados por las masas que viven en las zonas de control guerrillero, sólo un tercio- (Mapa No. 1), sino el hecho que la vida urbana se desarrolla únicamente en las zonas gubernamentales y que las condiciones de seguridad, alimentación, trabajo, educación, influencia ideológica, participación política, salud, vivienda, varían considerablemente según la ubicación geográfico-política de las entrevistadas.

Hay que considerar que las mujeres de las clases acomodada, media y las burócratas residen en las ciudades, así como

(1) La mujer en un mundo masculino, Pax-México, México, 1985.

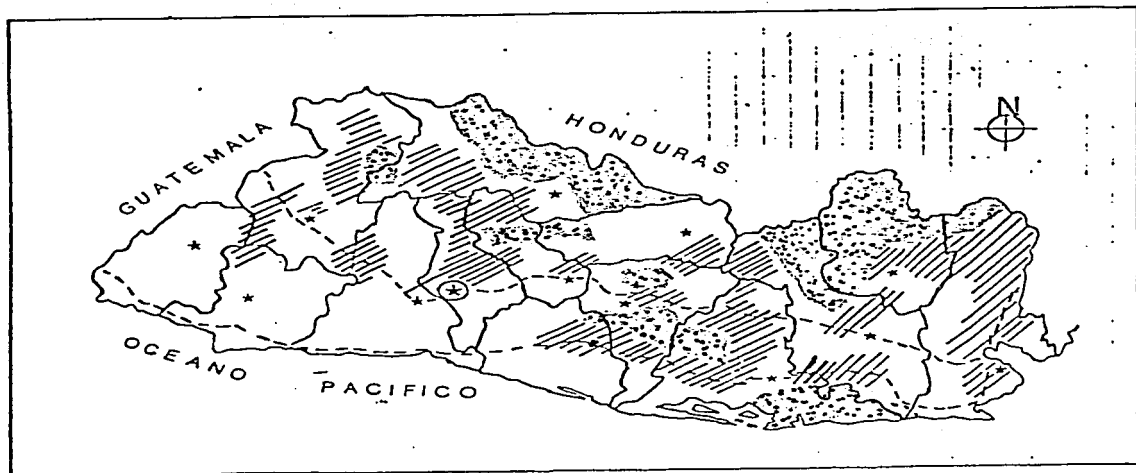
las pobladoras de tugurios (equivalentes a las ciudades perdidas mexicanas o las favelas brasileñas), y las desempleadas industriales; mientras las campesinas, las obreras agrícolas, las comerciantes, las religiosas, las maestras y las militantes viven en las dos zonas, aunque con características de vida distintas.

Las refugiadas internas parecen pertenecer a los dos mundos: exiliadas en los sótanos de las iglesias de San Salvador o en aldeas estratégicas, anhelan volver a sus costumbres y luggares de origen de los que han sido desalojadas por los bombardeos o las incursiones del ejército del régimen, pero residen en territorio gubernamental. Además su condición económica, afectiva y de seguridad es, generalmente, la más precaria.

Asimismo, no puede dejar de señalarse la existencia de casi medio millón de salvadoreñas exiliadas o refugiadas en otros países; no obstante, es particularmente difícil unificar el concepto de "exiliada" ya que, aunque todas viven bajo una condición de destierro, distinta es su posición según el origen de clase y su disposición económica, la escolaridad, los países que las recibieron, su capacidad de integración, la situación familiar (si llegaron solas o acompañadas por uno, varios o todos los miembros de la familia) y su participación política.

La división de los grupos de mujeres casi siempre responde en el presente estudio a una separación por clases sociales porque más atinente me pareció a la situación de guerra civil que vive El Salvador; no obstante, reconozco que hay otros factores que influyen en los cambios de la interpretación cotidia

MAPA 1
UBICACIÓN GEOGRÁFICA DE LOS PODERES EN EL SALVADOR, 1986



⊛ San Salvador, capital nacional

★ Cabeceras departamentales

Zonas sombreadas: control político-militar del FMLN

Zonas rayadas: zonas de expansión guerrillera

Zonas en blanco: control gubernamental

FUENTE: Centro de Documentación de SALPRESS

na de la vida, como son la escolaridad, la ubicación geográfica y la edad. Para remediar tal situación, haré mención de ellos al interior del análisis de los casos específicos.

Por último, es preciso señalar que esta investigación se inscribe en el debate que sobre una definición de Feminismo hemos venido formulando a lo largo de varios seminarios con la Doctora Hierro sobre educación de la Mujer. Lo considero, pues, un movimiento político no paternalista, tendiente a una revolución que intenta transformar la vida cotidiana y lograr la superación de la opresión femenina mediante la humanización de las relaciones mujer-hombre. En otras palabras, se asienta en una teoría que orienta la praxis de transformación basándose en el descubrimiento de los intereses femeninos por la mujer misma.

Ahora bien, dado que la lucha feminista se da al interior de esa cotidianidad que busca transformar, es de primerísima importancia reflejar mediante el análisis de las cotidianidades narradas de viva voz por mujeres distintas, no sólo cuáles son sus rutinas, sino también cuáles sus ideales, si tiene conciencia o no de su situación de opresión por el mundo masculino y si, a partir de ésta, tienen alguna proposición, individual o comunitaria, para enfrentar al mismo.

Tras revisar el material recopilado, creo que la guerra ha influido, o por lo menos acelerado, un proceso de concientización feminista entre las salvadoreñas porque:

a) al perder el sustento económico masculino en sus familias por la incorporación forzosa o voluntaria de los hombres a los ejércitos en pugna, han debido ingresar al mundo asalariado donde la discriminación sexual es descarada y evidente (perciben

alrededor del 35% menos de salario a paridad de horas-trabajo y sufren un constante acoso por parte de los dadores de trabajo y los capataces);

b) aunque son de hecho jefas de familia (en un 60% en las zonas rurales y entre las refugiadas y exiliadas, y un 45% en las urbanas), enfrentan el menosprecio de las instituciones y aún de la sociedad;

c) la crisis económica, la falta de trabajo y las precarias condiciones de seguridad las han acercado entre sí ya sea para enfrentar los problemas de sobrevivencia, como para conformar grupos de apoyo mutuo o de solidaridad como los Comités de Madres de Presos y Desaparecidos Políticos, la Comisión de Derechos Humanos, el Comité Cristiano Pro-Desplazados, y otros;

d) las distintas partes en guerra se han percatado del potencial político que representan, organizando asociaciones o movimientos de mujeres que, aunque en un primer momento sólo eran de reclutamiento, se han convertido, por lo menos en el caso de las cinco asociaciones ligadas al proyecto político del FMLN, en espacios de cuestionamiento, reflexión y trabajo conjunto.

2.1. LA COTIDIANEIDAD FEMENINA EN LAS ZONAS DE CONTROL GUBERNAMENTAL.

Empezaré el análisis de la cotidianidad femenina en El Salvador, por las zonas de control gubernamental no sólo por ser estas más extensas y densamente pobladas, sino por constituir, en sí mismas, la ideología dominante y el sistema sexista más represivo, sobre los cuales se trata de ejercer un

cambio en las zonas gobernadas por los Poderes Populares. Así mismo presentaré en primera instancia a los sectores urbanos por estar más cercanos a los centros de dominación ideológica y, por otro lado, a la lucha sindical o gremial, por la paz y por los derechos humanos. Con esto, sin embargo, no quiero negar la validez y la fuerza de las luchas agrarias ni la presencia de fuertes federaciones sindicales campesinas en todo el país.

2.1.1. La mujer de los sectores medios urbanos.

En El Salvador, como en la mayoría de los países latino-americanos, existen sectores femeninos de la población que -sin detentar ni ellas ni sus maridos o padres la propiedad sobre algún medio de producción (burguesía femenina o burguesía vicaria)- tienen niveles de vida más altos que los de la media del país, posibilidad de escoger un trabajo, mediana y alta escolaridad según sus posibilidades, capacidades y deseos, habitación digna, acceso a la medicina estatal y/o privada, poder de compra y de diversión.

A su uso y consumo existen en las ciudades gimnasios, tiendas, cursos y revistas "especializadas" en moda, chismes y maquillaje. De aquí en adelante a dichos sectores los llamaré medios y por su ubicación en las ciudades y pueblos más grandes, urbanos.

Las mujeres pertenecientes a dichos sectores han sido para mí a la vez las más fáciles y las más difíciles de analizar.

Las más fáciles porque, siendo yo de su misma extracción,

me fue relativamente simple ser aceptada por ellas y tener acceso a sus casas, su modo de vida, sus confidencias, pudiendo así no sólo grabar sus testimonios e historias de vida, sino someterlos a una revisión directa en relación a sus modales, costumbres y pensamientos. Así me fué posible, por ejemplo, ver cómo Rita, de 28 años, que declaraba detestar a los hombres después de su fallida experiencia matrimonial que le dejó dos hijos y los cargos de su mantenimiento, se arreglaba con mucho más esmero si en la noche salía a cenar con un hombre que si se reunía con sus amigas. Asimismo aseveraba: "detesto a los hombres. Nos quieren para ser sirvientas, de la cocina a la cama y a hacerles hijos como si no tuviéramos cerebro. Nos ven, pues, como un culo. Luego se cansan y se buscan a mujeres más jóvenes, cuando no se van a hacer política o se meten en la revolución porque ellos tienen derecho a salir, a irse a la montaña pero nosotras nos quedamos por los hijos, pues. De ellos es nuestra vida". La misma Rita, al referirse a la segunda compañera de su marido, no dudaba en calificarla de "putilla": "Se lo llevó porque no tenía cipotes y no era aguada. Se lo llevó primero para Costa Rica, luego a saber dónde esa putilla". Ejemplos de ese tipo se han repetido a lo largo de la convivencia con estas mujeres, asalariadas o amas de casa, militantes o no, permitiéndome vislumbrar que, a pesar de toda contradicción entre lo expresado y algunas actitudes, sienten una necesidad de criticar y enfrentarse a un status quo que empieza a manifestársele como injusto por discriminatorio. No obstante, la existencia de estas contradicciones me salvó de idealizar sus afirmaciones más radi-

cales y ubicar nuevamente a las salvadoreñas en su realidad social e ideológica.

Su análisis también ha sido el más difícil. Conociendo mi posición feminista, al hablar o al andar conmigo tomaban posiciones falsas que pudieran "agrardarme". Así exageraban sus críticas a los hombres -aunque casi siempre se quedaban en ataques o desahogos contra los individuos de sexo masculino sin llegar a ubicarlos dentro de la institución patriarcal-, o exaltaban la forma de educación de sus hijos (Argentina, 29 años, 2 hijos y 2 matrimonios, decía: "yo no voy a hacer diferencias en la educación de mis hijos, no me voy a matar por ellos, que se la arreglen, que hagan sus camas y tengan limpia la casa") o su relación "igualitaria" con el compañero (Argentina: "No voy a hacer los mismos errores que a los 18 años. No, con M. yo también tengo mis derechos. Voy a estudiar y a trabajar y que él cuide a su hijo cuando le toca").

De esta encrucijada pude salir sólo al confrontar sus afirmaciones con sus actitudes, acudiendo a los métodos básicos para la clasificación de datos culturales utilizados por la antropología. Puesto que con estos sectores las técnicas para establecer relaciones no podían ser utilizadas -las informantes conocían mi posición en relación a las preguntas que le formulaba-, busqué datos sobre la naturaleza e intensidad de sus tendencias, sobre los mecanismos de condicionamiento y la formación de costumbres, a la vez que traté de percatarme de la presencia de hábitos idiosincráticos (posición erguida al hablar, agresividad en la voz o en las afirmaciones, morderse las uñas o los labios, jugar con los dedos, etc.). Así noté

que si habían hablado de su paridad en la relación, frente a mí, luego, agredían al compañero; si habían proclamado la igualdad de educación entre los hijos de diferentes sexos, se esforzaban en mandar a los hijos varones a que me sirvieran la comida; si habían pregonado las dificultades de entendimiento sufridas durante la infancia con la madre, trataban de ser muy cariñosas y "comprensivas" con sus hijas.

Aunque esto pudiera parecer una regla, dos de las mujeres entrevistadas no se esforzaron en demostrar una actitud agresiva hacia los hombres (lo cual, para las demás, era considerado una conditio sine qua non del feminismo). Seguras de sus elecciones de vida y comprometidas con su trabajo, fueron las que mejor expusieron sus puntos de vista sobre la situación femenina en su país, reconociendo las ventajas y oportunidades educativas que su extracción de clase les brindó para formular una propuesta personal sobre los cambios necesarios en las relaciones interpersonales para la construcción de una sociedad amplia y plural, donde mujeres y hombres tuvieran iguales oportunidades de vida, paz y libertad.

Ahora bien, a pesar de la heterogeneidad inherente al desarrollo de cada grupo humano, encuentro que las mujeres de los sectores medios urbanos han sido afectados por la guerra: a) por la inestabilidad económica; b) por la represión y la consiguiente inseguridad personal y familiar; c) por la desaparición, muerte o cárcel de algún miembro de la familia; d) por su rechazo como católicos a la situación imperante; e) por la incorporación de algún miembro de la familia a la gue-

rrilla o al ejército, cuando no a los dos, con la relativa ruptura con la familia amplia; f) por su propia incorporación al FMLIN o su simpatía hacia él.

De las siete mujeres entrevistadas, una reivindica una posición política activa, otra fué militante de una organización femenina, tres se definen "apolíticas" y dos "luchadoras por la paz". Seis están o habían estado casadas legalmente (por lo menos la primera vez) y tienen hijos reivindicando tal situación como "normal" para una mujer, cinco tienen por lo menos un pariente (a) o un amigo (a) perseguido, muerto, desaparecido, preso o exiliado y han tenido problemas de seguridad por ello. Dos viven separadas de su compañero por motivos directamente relacionados a su incorporación a la lucha política; mientras una lo hizo porque él "tenía miedo a mi inconformidad con el gobierno y sus masacres, que me llevó a tomar partido por las clases desprotegidas e incorporarme a las luchas del pueblo", dejando a sus hijos con la madre "por motivos de seguridad".

En este primer apartado no tomé en consideración a las mujeres que aún proveniente de sectores medios urbanos se han incorporado a la guerrilla y viven hoy en las zonas de control político-militar del FMLIN. Su caso será tomado en consideración en el rubro "militantes y guerrilleras".

A pesar de las diferencias expuestas, presentaré el testimonio de Maria Julia Hernández por parecerme el ejemplo más claro de vida cotidiana de una mujer de los sectores medios de la capital que ha logrado combinar el trabajo con su ideología en un ambiente que difícilmente una mujer hubiera podido penetrar de no ser por la situación de guerra y de represión que

vive el país. Abogada católica de unos 40 años, Julia es hoy la encargada de la Tutela Legal del Arzobispado de San Salvador. Conocida por su valentía y su capacidad de trabajo, decidió conscientemente no casarse.

María Julia Hernández:

"Trabajo aquí en el Arzobispado desde el mes de mayo de 1977, cuando Monseñor Romero nos mandó a llamar a un grupo de universitarios para pedir nuestra colaboración. Incondicionalmente se la dimos; desde entonces estoy aquí aunque principié con tiempo, digamos, voluntario y poco a poco fui dejando el trabajo que tenía en la Facultad de Derecho y empecé a trabajar a tiempo completo y después a tiempo integral⁺. Yo llego aquí a las nueve, pero ya vengo de dar unas vueltas, de ir a donde me necesitan, reconocimientos, testimonios, todo eso. Es una fuerza espiritual que te da el Evangelio de buscar la verdad. Es por esa fuerza que puedo reclamar un cadáver, ir a verlo, puedo ir a hablar con los presos. Es un espacio que me han abierto todos nuestros mártires: tenemos catequistas muertos; celebradores de la palabra, sacerdotes, religiosas y nuestro arzobispo, monseñor Romero, muertos asesinados. Son ellos los que me han abierto el camino para accionar para los otros. Si yo hubiese estado sola, probablemente hubiera sido la primera muerta.

⁺ María Julia entiende por tiempo completo una jornada laboral de 8 horas y por tiempo integral una dedicación a su trabajo sin límite de horario.

Mi día está muy lleno. En la mañana, después de que llego aquí, atiendo a gente; en las tardes hay días que salgo a investigar al campo, hay días que tengo que ir a algún penal. Estamos luchado porque el ejército no nos permite constatar las víctimas en el campo donde hay operativos. Los bombardeos siguen. En los operativos militares, primero viene la fase de ablandamiento que consiste en un bombardeo continuo, después vienen los ametrallamientos y luego el ejército entra. Pero en esas zonas no sólo hay objetivos militares sino mucha población civil. Y ahí habría que aplicar los protocolos adicionales de los Convenios de Ginebra porque nuestra situación es la de un conflicto armado no internacional, pero la Fuerza Armada no los aplica. Ese es un gran crimen indiscriminado contra la población civil y yo lo denuncio.

Indudablemente tengo más fuerza para trabajar desde el momento que no tengo hijos o esposo. Pero todo depende del compromiso que se adquiere porque yo admiro mucho a mujeres que son casadas, que tienen hijos y andan en estos menesteres y se arriesgan mucho. No te niego que a más de alguna le condicione su familia y que yo tenga más libertad por no tener un núcleo familiar, aunque tenga a mis padres, pero no dependen de mí.

A mí me educaron como a mis hermanos sin diferencias, pero aquí en general la situación de la mujer es difícil. Hay mucha mentalidad machista y también el hecho que las mujeres tienen que valerse solas dado

el alto índice de paternidad irresponsable.

Yo considero que tanto el hombre como la mujer deben ser compañeros en el trabajo, en las tareas de la casa, en los hijos, pero eso así no pasa, a la mujer no se le da el puesto que debería de tener y la mayoría de los hombres que abandonan a su mujer la dejan con hijos o si no tienen tres o cuatro mujeres.

Y hay otros aspectos que a mí como mujer me rebelan. Recuerdo una mujer muerta en llanto cuando vino a denunciar la violación de su hija. Era atróz como se le trató. Eso es de lo que más me ha impresionado, me impresiona y me seguirá impresionando: cómo la mujer es asesinada en el campo, cómo la ultrajan en lo más íntimo de sí por ser mujer. Por ejemplo mujeres que les sacaron sus hijos del vientre o mujeres a quienes les cortaban la cabeza y se las metían en el vientre, a otras las empalaban. Es decir la represión contra las mujeres tiene un elemento de ultrajar su feminidad. A todas las que encontrábamos muertas se les habían cercenado los senos, las habían violado, no importaba su edad. En esos casos les pedía a Dios que me diera fuerzas. Es lo que más me ha impactado". (San Salvador, septiembre de 1986).

2.1.2. Obreras, empleadas domésticas y subempleadas.

En los sectores populares salvadoreños es difícil que una mujer pueda escoger su trabajo según sus gustos o deseos: como la mayoría de los trabajadores de su país, está sujeta a él y

no tiene posibilidad de elección ya que, al dejar cualquier em
pleo, se sumaría a un ejército de desempleados que alcanzó en
1986, el 70% de la población económicamente activa (2).

A pesar de esta realidad, la presencia femenina en los ru
bros del trabajo formal es del 35% y en el subempleo del 60%
(3). Las diferencias en la vida cotidiana de las trabajadoras
según su ocupación son considerables, como se verá más adelan-
te.

Las obreras, que conforman casi la mitad de los trabajado
res industriales, tienen una relativa independencia del lugar
de trabajo y de la ideología patronal. La presencia de sindica
tos y la cercanía de las demás empleadas les brindan la posibi
lidad de una reflexión sobre la situación y sus derechos.

Por el contrario, las empleadas domésticas viven en estre
cho contacto con las familias que las ocupan, participando a
veces de su ideario y hasta agradeciéndoles una explotación
que no tiene límites de horario ni descanso semanal, a cambio
de alimentación, vestuario y la protección implícita de vivir
en zonas de altos recursos económicos donde la represión, mani
fiesta en los barrios bajos, no se expresa descaradamente en
la calle.

Las subempleadas, en fin, son la gran mayoría de las tra-
bajadoras. Sus ocupaciones son tan diversas como sus vidas co-
tidianas y su relación con el trabajo. Vendedoras ambulantes,
lavacoches, prostitutas, lavanderas, cortadoras de leña, com-
parten la angustia de la falta de un sueldo fijo, un seguro de
trabajo y la posibilidad de reunión y horarios que les permi-
tan dividir su tiempo y reflexionar sobre su situación de ex-

(2) Centro de Documentación de SALPRESS.

(3) Datos de la Asociación de Mujeres de El Salvador (AMES),
1985.

plotación y opresión.

En general, y a pesar de que el Código de Trabajo prohíbe la diferencia de salario por distinción de sexo en las zonas urbanas (las proletarias agrícolas y las jornaleras no gozan de los mismos derechos) y regule la jornada de ocho horas, los turnos de una mujer en las fábricas, las tiendas y las oficinas privadas puedan llegar a ser de trece horas consecutivas, con media hora de descanso para la comida y demás necesidades fisiológicas, y nunca son pagadas a la par que los masculinos.

Las madres que no tienen con quien dejar a sus hijos, dada la inexistencia de guarderías (ni siquiera son contempladas en el Código de Trabajo), para poder trabajar los encierran en los baños de su lugar de trabajo o los dejan en la calle a merced de la suerte. Paralelamente, las más jóvenes entre los trabajadores son acosadas sexualmente por los patrones o los capataces: Un rechazo equivale para ellas a un despedido, así como quedarse embarazadas sin la posibilidad de reclamar el reconocimiento de la paternidad del niño.

En las fábricas, durante un largo período las mujeres fueron preferidas a los hombres porque "según los patrones son menos capaces de levantar reivindicaciones por su propia debilidad y su natural masedumbre, y porque son las más necesitadas de trabajo porque mantienen a sus hijos y por lo tanto van a aceptar que se les pague menos. Todas son pagadas menos. Todas te lo van a decir si se lo preguntás, según algunas eso es natural, pero otras ya luchan para una paridad sa-

larial y sobre todo para las guarderías. Pero esas luchas cuestan la vida y no siempre los sindicatos están dispuestos a apoyarlas y es difícil atreverse solas, demasiado peligroso" (Clara, 23 años, investigadora de Economía en la Universidad Centroamericana). Ahora, a raíz de la política de "democratización" que desde 1984 propagandiza el presidente Duarte, simplemente son rechazadas. La ridícula versión democristiana señala que el lugar de las mujeres es la casa, pasando por alto que el 70% de las madres salvadoreñas son solas y que hasta el crecimiento de sus hijos, no cuentan con ningún ingreso familiar que no sea el propio (4).

En 1984, Laura había sido despedida de su fábrica -una productora de alimentos- donde trabajaba con otras 1220 mujeres. El motivo del despido, era su ancianidad: a los 48 años ya no gustaba a nadie.

"Dijeron que era yo ya muy vieja, yo lo sé. Pero mis arrugas me las sacaron también los maltratos, vea usted: decían que a las ocho ya debíamos estar cocinando los guineos y el coco. Luego que dejaba ya comida a mi hija que está enferma de los nervios en casa, me venía a trabajar. Me daban náuseas los olores, no había aire y me daba dolor de cabeza. Cuando salía en la noche, no sentía hambre, sólo vasca, y por eso a veces me desmayaba, por eso me dijeron que era vieja, pero la verdad es que había unas niñas jóvenes que buscaban trabajo y verán que le gustaban a los que nos controlaban, porque a ellas las dejaban sa-

(4) Angela Mendoza de Peña, El papel de la mujer salvadoreña en la lucha de liberación nacional, s/f, s/i, p. 2.

lir al baño y volvían después todas rojitas, otras veces una llegó llorando pero no dijo nada. Cuando salía no alcanzaba a pasar por el mercado y entonces le dejaba dicho a mi hija a que fuera a comprar y me que daba todo el día preocupada porque no sabía que le iba a pasar porque está tan malita de los nervios que no sabe, no puede. Verá, es como dejar solo a un tier nito, y hay muchas que deben hacerlo. Yo estaba cansada, pero cuando me despidieron, me dieron un pistito que sólo me alcanzó para cuatro meses y eso que traba jé seis años ahí; no querían que trabajara más para no deberme más. Y eso que me daban un contrato todos los años, para no darme uno largo que después me diera más derechos. A nosotros nos corrían y nos volvían a dar un contrato, así nunca parecía que trabajábamos muchos años. Uno de mujer se cansa mucho y nunca gana. Ahora pues, voy a lavar en las casas, ahí uno co me, puede llevarse un su huevito, un guineo para la hija porque con los siete colones⁺ que le dan a uno, no alcanza y eso que a veces lavo mucha ropa y a veces plancho, pero me duelen mucho las manos". (San Salvador, agosto de 1986).

La situación de las empleadas domésticas, llamadas normalmente "sirvientas" con evidente menosprecio por sus labores, es todavía más grave. En 1978, 84,400 salvadoreñas trabajaban en

⁺ En 1986, cinco colones y medio equivalían a un dolar. Una tortilla costaba 20 centavos, una libra de carne 6 colones, una zanahoria 35 centavos, etc.

los servicios domésticos. El Artículo 76 del Código de Trabajo ni siquiera formaliza las medidas de contrato; este puede ser verbal o escrito en una hoja de papel común (5). Los sueldos varían de 110 a 250 colones mensuales para las que viven en la casa; y de un mínimo de 7-9 colones hasta un máximo de 25 para las que laboran al día.

En el caso de las empleadas a tiempo completo, muchos patrones les descuentan parte del sueldo por su mantenimiento o las obligan a renunciar a su día semanal de descanso. Como muchas domésticas son campesinas o desplazadas que trabajan para mantener a la familia que dejaron en algún refugio o en el campo, prefieren obtener su sueldo íntegro que gozar un tiempo libre.

María, de 28 años, dos hijos y madre a cargo:

"Me fui de esa casa. Al principio me parecía que la señora era muy buena conmigo porque le rezaba mucho a Dios y me decía que no podía salir pero que a cambio eso era una seguridad para mí, que no me iba a quedar embarazada porque ella me cuidaba y así mi mamá estaba tranquila. Yo tenía nostalgia de los cipotes y entonces ella me decía "la próxima semana puede irse a su casa". Y como queda en el volcán, me tenía que ir a las cuatro de la mañana y una vez que no hubo transporte caminé ocho horas. Esa noche no volví y cuando volví la señora me dijo que no me iba a pagar, que donde había estado yo, que no quería putas en su casa. Entonces yo me aguanté, y luego ella me regaló un vestido y

(5) Carolina Castillo, "The situation of women in El Salvador", in Women and War. El Salvador, Womens International Resource Exchange, New York, s/f, p. 6.

ropita para los niños, pero sólo era porque iba a ha
cer una fiesta y nos hizo trabajar, a mí y a otra,
dos días sin darnos tiempo de dormir. Entonces le pe
dí que me diera un poco de dinero, unos quince colo-
nos para mi mamá que luego se los pagaba, y me dijo
que nó. Entonces le dije que me iba y ella me dijo
que si me iba me denunciaba por ladrona". (San Salva-
dor, noviembre de 1984).

Al pasear por lo más de tres mil 660 puestos del Mercado
Central de San Salvador, se tiene la sensación de vivir en un
mundo de mujeres cuyos gritos, llamados, vestimenta, ocupacio-
nes e hijos, llenan la atmósfera de un espacio de absurda tran-
quilidad (6).

Organizaciones de vendedoras de mercado existieron antaño
(7) y en San Salvador nadie olvida como varias de ellas prote-
gieron a los estudiantes perseguidos por la policía y el ejér-
cito en 1975.

De hecho, el mercado parece una isla matriarcal en el me-
dio de una sociedad fuertemente machista, comunitaria a pesar
de la competencia inherente al comercio; los chismes tienen u-
na característica de autodefensa: la llegada de la policía o
el aumento de precio de un producto son conocidos con una ra-
pidez sorprendente. Los niños corren entre los puestos y a na-
die se le ocurriría interesarse por los padres: Todas saben
que hay preguntas superfluas.

- (6) Angela Mendoza de Peña: "la mujer representa el 80% de
los trabajadores de los mercados", ob. cit., p.2.
(7) En 1978 se fundaron la Asociación de Usuarias y Traba-
jadoras de los Mercados (AUTRAMES) y el Comité Coordi-
nador de Señoras de los Mercados "Luz Dilian Arévalo",
muy combativos, pero duramente aplastados por los órga-
nos represivos del Estado.

No obstante, la represión aquí se hizo sentir: varias de ellas fueron capturadas, por lo menos se recuerdan doce muertas y muchas sufrieron el allanamiento de sus puestos por la Policía de Hacienda.

El mercado está dividido por sectores según la mercancía. La sección siete es la de los puestos de comida. Amasando tortillas o removiendo la sopa, no es muy difícil que las mujeres hablen, aunque se nieguen rotundamente a hacerlo frente a una grabadora.

Así Hermenegilda me explicaba que había heredado su puesto de la madre y que ahí había aprendido a cocinar porque desde los 13 años la estuvo ayudando. Se levanta a las cuatro de la mañana, muele el maíz, carga dos ollas de frijoles cocidos desde la noche anterior y compra la carne para preparar las sopas. A las seis de la mañana empieza a despachar comida. Lo hará ininterrumpidamente hasta las tres de la tarde cuando emprende su vuelta a casa donde llega a preparar la comida para el día después y se dedica a las labores domésticas. Es madre de cinco hijos. La mayor se casó a los 17 años contra su voluntad. Según Hermenegilda las mujeres ya no deben casarse jóvenes porque esa es una de las causas de que no tengan libertad y poder, la otra son las maternidades demasiado próximas y la educación que reciben de las madres. Hermenegilda dice que si su madre no la hubiese dañado a su primer esposo a los quince años, cuando todo lo relativo al sexo le era desconocido, ella se hubiera tardado a tener a sus hijos. Luego se corrige y dice que no sabe, que probablemente ahora piensa así porque con sus vecinas fueron a hablar con una monja que le dijo que la

anticoncepción ya no es pecado. Después del primero, Hermenegilda convivió con otros tres maridos, de cada uno tuvo un hijo. Ahora se siente anciana (tiene 38 años) y vive sola con sus tres hijos menores. Jamás se lamenta de su trabajo en el mercado, pero admite no querer el trabajo doméstico.

A diferencia de las comerciantes establecidas en sus puestos de mercado, las vendedoras ambulantes no tienen lugar de trabajo, ni seguridad, ni posibilidad de compartir con otras mujeres sus experiencias cotidianas. Generalmente desplazadas, viven en tugurios y salen a vender boletos de lotería, chicles, periódicos, etc., a veces de forma independiente, otras como "protegidas" de un jefecillo de barrio. Sus ventas difícilmente superan los diez colonos diarios y son fácil presa de la corrupción policial.

Aunque el gobierno de Duarte desarrolle de vez en cuando campañas "moralizadoras" y efectúe redadas en las "zonas rojas" de las ciudades, la prostitución ha aumentado considerablemente durante la guerra a causa del incremento del desempleo y de la migración campo-ciudad. Según Marilyn Thomson, a pesar de la existencia de una ley que obliga a las prostitutas a sacar una licencia de trabajo, "la prostitución organizada por los militares, se ha convertido en un negocio muy lucrativo" (8).

2.1.3. Las pobladoras de tugurios

Definir a los tugurios como "asentamientos carentes de

(8) Marilyn Thomson, Women of El Salvador. The price of Freedom, Sed Books, Londres, 1986, p. 22.

los servicios públicos fundamentales que se encuentran al margen de la Ley de Reglamentaciones dictadas por las instituciones que definen las normas habitacionales urbanas"(9), como lo hace el Ministerio de Obras Públicas de El Salvador, parece un eufemismo. De hecho se trata de un conjunto de habitaciones levantadas con materiales de desecho, barro y paja, a las orillas de las vías férreas o de los ríos, en las afueras de los barrios populares y en las carreteras de acceso a la ciudad, sin servicios ni seguridad, en las que las normas mínimas de higiene y de convivencia son inexistentes.

Según un listado de la alcaldía de San Salvador, a principios de 1986, existían en la capital 117 tugurios, demagógicamente llamados "comunidades en vías de desarrollo". Su número de viviendas era variable, pasando de un mínimo de cinco en García Flamenco, a un máximo de cinco mil en Fortaleza Central. Considerando que en las 23,622 viviendas marginales registradas, reside un promedio de seis personas por casa, los tugurios reúnen 145,732 habitantes, o sea aproximadamente el 20% de la población capitalina.

En contradicción con lo anterior, Gertrudis del Carmen Rivera Arévalo y Sonia Ivett Sánchez Cuellar, señalan que los datos de la alcaldía no toman en cuenta a todos los tugurios ni a las demás formas de vivienda marginal (mesones, conventillos, colonias ilegales) de El Salvador, ya que las dos terceras partes de la población urbana del país viven en ellos (10).

- (9) Ministerio de Obras Públicas, Demanda efectiva de bajo costo en el área metropolitana de San Salvador y tres ciudades secundarias. Informe final, San Salvador, Abril 1984, p.101.
- (10) G.C. Rivera Arévalo y S.I. Sánchez Cuellar, Caracterización del sector informal de vivienda urbana en El Salvador, 1970-1984, experiencia de Rehabilitación de un tugurio, tesis para optar al grado de Licenciados en Economía, San Salvador, febrero de 1986.

Desde 1930, San Salvador ha registrado tasas migratorias crecientes: de esa década a 1950 el incremento poblacional fue del 30%; de 1950 a 1960 del 67,48%; y para 1978 alcanzó el 78,4%.

Las crisis agrarias, la rápida industrialización urbana promovida por la Alianza para el Progreso en los sesenta y una tasa de crecimiento natural del 3.33 %, eran por ese entonces los motivos principales de la urbanización; pero ya para 1983 llegaron a San Salvador más de medio millón de desplazados que huían de los bombardeos y la represión militar (11).

De esta forma, el fenómeno de la inmigración urbana, que es común a todas las capitales de América Latina, en San Salvador adquiere records debido a la guerra. Además entre los desplazados y los refugiados que escapan de sus lugares de origen para poner a salvo su vida y las de sus hijos, la mayoría de los adultos son mujeres. El 8.7% de las familias están compuestas de madre, hijos y allegados; el 13% de madre e hijos; el 4.1% de mujeres solas y únicamente el 29% de ellas por parejas con (23.1) o sin hijos (4.9).

En general analfabetas o con un promedio de 5 años de estudio, las pobladoras de los tugurios difícilmente se aseguran un empleo dentro del sector formal del trabajo y no es una casualidad que el 40% de ellas estén desocupadas y el 45% subempleadas aunque el 59.4% de los grupos familiares dependa primaria, cuando no únicamente, de jefas de familia de las que el 13.8% se dedica al pequeño comercio marginal, como la venta ambulante de leña, de pan o algunas hortalizas (12).

Según Rivera y Sánchez: "El hecho de que la población sea

(11) *ibidem*, p. 83.

(12) *ibidem*, p. 74-83 y 110-113.

en su mayoría femenina y que en muchos casos sea la mujer el jefe de familia, trae repercusiones de tipo económico, por cuanto de ellas dependen los ingresos familiares mensuales y dada la discriminación hacia la mujer en el mercado laboral y dado también el tipo de actividades en las que se ocupa, disminuye la posibilidad de que ella pueda obtener mayores ingresos" (13).

La precariedad económica, sin embargo, conlleva, más allá de los problemas relacionados a la subalimentación y la falta de higiene, una cadena de enajenación mental y de soledad en la que puede notarse que lo económico ha invadido incluso el mundo de los sentimientos, la religiosidad y las expectativas de estas mujeres. De los testimonios, me han interesado particularmente dos puntos que atañen a lo que en el discurso sexista es considerado parte de la "naturaleza" femenina: el amor al hombre y el amor materno.

De hecho, el concepto general en torno a los hijos puede resumirse en las palabras de Angela, 38 años, prostituta: "Hay que tenerlos, pues, para tener algo de una, algo que na die pueda arrebatarle. Y además vienen solos, yo no sé si quise a los cinco cipotes, quizás uno sí, o dos, pero los cinco no sé, pero una no tenía un compañero de vida, y usted ya sabe: los hombres quieren hijos, y le dicen a una que si no quiere hijos de él es porque los otros le gustaron más; y además son una seguridad, y una siempre espera que se queden para tener ahí un dinerito seguro, no tener que trabajar tan to siendo ya viejita una".

Estos hijos que "hay que tener", son la mayoría de la

(13) ibidem, p. 125.

población de los tugurios a pesar de sufrirse en El Salvador una mortalidad del 123 por mil entre los niños de cero a cinco años. Destetados tempranamente por ser la lactancia un período de surmenaje para las madres que deben levantarse a trabajar dos o tres días después del parto, su dieta básica es de frijoles, arroz, tortillas y café. Aunque vivan con la madre, son víctimas de un forzado abandono: si no la pueden acompañar a su lugar de trabajo, encerrados en sus casas o echados a la calle, aprenden a hablar a los tres o cuatro años y a caminar a los dos. La muerte de un niño en los primeros años de vida no es causa de un dolor particularmente sentido, convirtiéndose el hijo -mucho más que la hija- en alguien que defender o reclamar en caso de desaparición, muerte o captura sólo si es mayor y, por lo tanto, económicamente activo.

Asimismo, la mayoría de las mujeres que viven en las zonas marginales, nunca hablan de sus maridos o compañeros, vivos o muertos, presentes o no, como fuente de cariño e intercambio sentimental; para ellas el amor es asunto de otras clases sociales. Cuando se refieren al hombre, lo hacen en términos de seguridad económica. Las que tienen un trabajo más o menos estable, del que reciben un salario que podría equivaler al de un hombre, dicen no sentir falta de un compañero porque pueden cubrir sus necesidades alimentarias.

La sexualidad les es desconocida; según Nita, 27 años, dos hijos, vendedora de fruta en el Mercado Central: "No somos hombres para que nos guste acostarnos. Eso es cosa de ellos. Además si una tuviera el tiempo de lavarse, ajustarse,

gustarse pues, sería otra cosa. Pero así, sólo que se le suben encima y ya una está embarazada, eso no puede gustar. No es como en las películas, es pecado".

La vida, el testimonio y la descripción de la vivienda de una de ellas puede explicar suficientemente el porqué toda actividad que no sea la búsqueda de alimentación, resulte para las pobladoras de tugurios, superflua.

La casa de Julia está ubicada a los lados de la vía del ferrocarril, entre otras muchas cabañitas de lodo y madera. Se entra por unas escaleras resbalosas que bajan hasta un patiecito cubierto por lonas en el que se encuentra un fogón rudimentario. Su nieta, que cría desde la edad de seis meses cuando el padre, su hijo mayor, fue apresado y muerto por la Policía de Hacienda, juega entre los cuatro pollos que cría para vender. Dos bancas de madera, bajitas y cojas, y una jaula volteada que sirve de mesa, completan el mobiliario. Poco más allá, tiene un recipiente para el agua que cada mañana va a cargar a cinco cuadras de su casa, antes de preparar las tortillas y comprar el pan que vende por las tardes en el Mercado Central, entre otras tres mil 600 vendedoras.

Cuando empieza a llover, el agua se filtra en la "cocina", y en el único cuarto de su choza donde hay dos camillas de lona en que duermen ella, la nieta y un hijo semiparalítico por la ráfaga que agentes de civil le dispararon en la espalda. De once nacidos, le quedan vivos una hija emigrada a Los Angeles, el herido y otro, casado con tres hijos, que no tiene con que ayudarle económicamente.

Julia, de sesenta y siete años, arrugada y enferma de

artritis, en las casi cinco horas que duró el relato de su historia de vida, se levantaba, corriendo del lavadero (seis piedras planas puestas una encima de la otra al lado del tambo de agua que usa indiscriminadamente para cocinar y lavar) al fogón, cada vez que temía haber hablado demasiado de sí misma: "Me da pena", decía: "Yo no valgo. Mejor le hablo de la guerra y de la colonia que fue construida a raíz de los desplazamientos de población rural por los bombardeos":

"Los muchachos aprendieron albañil, yo tenía rancho allá por Chalatenango y siempre iba y venía porque ellos me decían: "Mamá venga para que nos haga la comida, porque en el comedor es muy caro" y entonces me arrimaba aquí con mi familia, con una hermana. Luego, los niños me los mataron en el ochenta y me quedé con la nieta. Ella nació aquí el 9 de mayo del 80, la propia noche que hubo la balacera y murió su papá. Y el otro hijo que me queda puede sastrería, pero como las fábricas están cerradas ha quedado sin trabajo, ya van cuatro años. Yo aquí me voy a vender mi poquito de pan, pero hoy no sirve eso, casi no se vende. De manera que no ganamos nada, que ir a ganar dos pesos para gastar seis o cinco, para medio comer, no digamos comer del todo. Además uno aquí vive muy intranquilo. Si uno sale para allá, al rato le dicen: "No vayan, que es peligroso", y claro, yo ando con la niña. No digo nada, mejor me aguanto, aunque sinceramente ya no aguantamos el hambre, porque con lo poquito que me rebusco es una miseria, apenas para tener a veces la ollita de frijoles.

Aquí el terreno como que es nacional y mi hermano compró la champita, y él me vendió a mí y así estamos mientras el gobierno no decida echarnos. Construí la casita con la ayuda de mis hijos cuando todavía estaban. Con lo que ellos me daban yo iba guardando mis centavitos, y con la madera que me iban regalando, hice mi casita. Quería hacerla más grande para poner una venta aquí, pero me los mataron.

Hace 27 años murió el papá de mis hijos. Yo sólo le pido a la vida que me dé tiempo para que esa niña crezca un poquito, porque la niña no tiene quien vea por ella porque la mamá enferma anda ahí borracha por la calle y yo no puedo confiar en dejarla con ella. Y ya tampoco tengo mamá. Verá, ella tenía un terrenito ahí en Chalatenango, pero se murió de este mismo conflicto, de la pena que le bombardearon su casita y había una hija mía viviendo con ella y la mataron en el bombardeo. De eso agarró cama mi mamá que ya tenía 87 años y se murió.

Mientras vivimos con ella, trabajábamos la tierra. Hacía frijoles, arrozales y maicillera; también cuando íbamos a los terrenos de los ricos, ganábamos algo. En realidad, la vida del campo es linda, pero así como estamos hoy, no puede una ir a trabajar.

Aquí hay 475 familias, todas trabajaban el campo, todas son de desplazados. Para construir su casita a algunos le ayudaron las monjitas, pero, la verdad es que a uno le dan todo bien limitado.

Pero lo más tremendo, aunque a veces uno se ríe y pla-

tica, lo más tremendo es estar una sola con la muerte, ese dolor de verlos muertos a mis hijos es imposible que se le pase a uno. Aquí hay varias mujeres en esta condición. Y nos dicen que debemos de aguantarnos por que esas son las órdenes, de manera que quien quiera levantarse para reclamar le va peor.

A las mujeres además nos va peor con el trabajo, pregúntele a esos ricos avarientos porqué. Yo sólo sé que no nos dan trabajo y entonces una se la arregla. Yo voy a vender, a veces tomo el bus, a veces me voy a pie porque no alcanza, y son unas diecisiete, veinte cuabras que camino con la niña. Me la llevo porque no tengo a donde dejarla, con el vecino no tengo confianza, y menos ahora que andan con la bulla de que se andan llevando los niños para irlos a vender.

La niña duerme conmigo. Las camitas son pequeñas, pero qué se le va a hacer. El año próximo las monjitas me la aceptan en la escuela, es que ella en su fantasía quiere ser profesora, a mí me gustaría porque como mi mamá fue profesora sé que es buen trabajo para una mujer y gana para vivir. Pero a saber si llego a verla en la escuela, a lo mejor deja de ir a la escuela para ayudarme, porque aquí nadie sabe cómo va a llegar a mañana y menos las mujeres porque desde que no tenemos más hombres todas nos rebuscamos para un trabajito. Yo no quiero que vaya a trabajar donde unas señoras, yo tampoco voy porque no me gusta; por ser pobres la tratan mal a una, la miran a una de reojo, mejor no las visito". (San Salvador, agosto de 1986).

2.1.4 Las militantes

La militancia no se define por pertenencia de clase o por situación económica, sino por dedicación a las tareas de una organización, un gremio o un sindicato y por postura ideológica. Las militantes pueden ser tanto mujeres que entregan el tiempo extralaboral a su órgano político, como mujeres que le dedican tiempo completo. En los dos casos enfrentan el problema de cómo organizar su tiempo libre, su economía, sus sentimientos, su vida familiar, ya que los tiempos de la actividad humanitaria y política no se rigen por horarios ni gozan de remuneraciones, amén que los riesgos de captura, y aún de muerte, están siempre presentes.

De cualquier modo, sea por la conciencia del peligro que corren, sea porque han debido encontrar una forma de organización alternativa en el seno familiar para soportar los varios turnos de sus actividades o porque viven en colectivos en que las tareas domésticas son repartidas y los problemas de la pareja discutidos en conjunto; sea porque las ideologías abrazadas les han abierto la posibilidad de enfrentarse al mundo masculino con argumentos y prácticas que alteran y trascienden la cotidianidad femenina tradicional, las militantes parecen ser en El Salvador, las mujeres más dispuestas a discutir política y familiarmente su situación de marginación y opresión.

Lo anterior es válido tanto en la ciudad como en el campo; no obstante, en este apartado me limitaré a analizar la situación de tres grupos de militantes: las de los organismos humanitarios, las que desempeñan sus funciones políticas en gremios y sindicatos, y las que militan en cualquiera de las cinco organizaciones del FMLN.

a) Las militantes de los organismos humanitarios:

El nivel de represión que ha sufrido y sufre el pueblo salvadoreño es difícil de concebir. Las cifras apenas dan una pálida idea de la aflicción y del miedo que viven diariamente las mayorías: de octubre de 1979 a junio de 1986 han sido asesinados más de 70 mil civiles -¡un promedio de 283 cada semana!-, desaparecidos siete mil 500 personas, y tomadas presas por motivos políticos otras 1342 (14).

Las mujeres, que representan el 35% de la población reprimida directamente, han sufrido, sin embargo, todos los embates "secundarios" de la persecución: La desaparición y muerte de sus familiares las obliga a soportar dolorosas situaciones afectivas y aumentan la precariedad de su posición económica.

De esta situación, deviene el surgimiento de los organismos humanitarios que actúan en El Salvador. El primero de abril de 1978, una mujer, Marianella García Villas, y varios profesionales, eclesiásticos y abogados fundaron la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador "para documentar la situación de los Derechos Humanos, y dar asistencia legal a las víctimas de la represión" (15). Cuatro meses antes, el 24 de diciembre de 1977:

"Un grupo de madres que en esos años buscaban desesperadamente a sus hijos desaparecidos, que tenían a

(14) Según datos del Comité de Madres y Familiares de Presos, Desaparecidos y Asesinados Políticos "Monseñor Oscar Arnulfo Romero" (COMADRES), el Comité de Presos Políticos de El Salvador (CCPPES) y la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador. No Gubernamental, (CDHES).

(15) CDHES, Primer Congreso de Derechos Humanos en El Salvador 21-23 noviembre 1984, San Salvador, p. 5.

sus familiares presos políticos o habían sido asesinados, llegaron hasta donde Monseñor Oscar Arnulfo Romero, a quien le expusieron su situación, a lo que él respondió: "Mujeres únanse y en una sola voz serán oídas" y fueron esas palabras las que nos dieron aliento para seguir buscándolos y son esas mismas palabras las que nos mantienen firmes en nuestra decisión de seguir adelante" (16).

Se trataba del primer núcleo de ese Comité de Madres que en los años más duros de la represión, cuando ningún sindicato u organización se atrevía a marchar por las calles de El Salvador, jamás dejó de efectuar cada quince días sus plantones frente a la Catedral Metropolitana denunciando los bombardeos contra la población rural, las desapariciones arbitrarias, los asesinatos y los cateos.

Con el recrudecimiento de la represión, en 1980 se fundaron el Comité de Familiares Pro-Libertad de Presos y Desaparecidos Políticos de El Salvador (CODEFAM), organismo que en 1983, tras la muerte de la presidenta de la CDHES, Marianella García Villas, adoptó su nombre; y el Comité de Madres y Familiares Cristianos de Presos, Desaparecidos y Asesinados "Padre Octavio Ortiz- Hermana Silvia" (COMAFAC) con el propósito de "seguir en defensa de los que más sufren a causa de la guerra en donde hay viudas, niños huérfanos, hogares destruidos a causa de los bombardeos, presos, desaparecidos y asesinados" (17).

Asimismo, dado el alto número de desplazados por los bombardeos y las razzie militares en las zonas rurales (18), sur

(16) COMADRES, Madre Salvadoreña, 9 de junio de 1986, San Salvador, p. 9.

(17) COMAFAC, La persecución, n.2, s/i, s/f, p. 9.

(18) Tema desarrollado en el 1.1.6.

ge el Comité Pro Desplazados de El Salvador (COPRODES) y el Comité Cristiano Pro Desplazados de El Salvador (CRIPDES).

Además de los organismos netamente femeninos como COMADRES y COLAFAC, los demás están integrados en un 80% por mujeres de edad, escolaridad y condición económica diferentes sin embargo, y a pesar de su presencia masiva, en los organismos mixtos es difícil que las mujeres obtengan un puesto directivo o de gran responsabilidad.

Estas mujeres, cuya práctica ha conmovido al mundo, han adquirido seguridad en su fuerza física (Francisca, por ejemplo, encabeza las marchas con una cuerda y un bote de pintura negra para detener, ella solita, a los coches y a los camiones que se avientan contra las marchistas), en su capacidad organizativa y su coraje. En la convivencia con otras mujeres han captado la importancia de la comunicación femenina sobre los problemas de la vida cotidiana, aún los que trascienden directamente su labor en los distintos organismos, y que van desde la búsqueda de alimentos hasta los comentarios sobre su vida familiar y los consejos sobre cómo enfrentar la soledad. De igual forma, al trabajar para la mejora de la situación de los derechos humanos, empiezan a denunciar el uso del cuerpo femenino en la publicidad como una falta al respeto de la integridad de las mujeres -misma que permite que la saña usada en las invasiones militares contra las mujeres tenga características de perversión sexual- y las violencias implícitas al menosprecio del trabajo femenino.

Aún cuando se niegan a postular demandas feministas y reivindicar una posición de igualdad con los hombres por so-

portar juntos el peso de la guerra, ya hablan de sí mismas en primera persona y reconocen las diferencias que tuvieron en su educación y formación profesional, sus dificultades específicas para encontrar trabajo. Las más jóvenes principian a preocuparse por su sexualidad, por la doble moral existente frente a las conductas sexuales de mujeres y hombres y por la aceptación social de la irresponsabilidad paterna.

Según Arlene Hailey: "el Comité de Madres ha resultado ser mucho más que un grupo de autoayuda o una especie de puente hacia una "verdadera" actividad política. Su reivindicación de la importancia de las relaciones familiares, y su opción por la paz, representan una proyección sobre el escenario político de lo mejor tanto de su tradición cristiana como de la subcultura femenina, el mundo de lo personal. Es una organización, por lo tanto, que se nutre de las más profundas raíces de la cultura popular salvadoreña. A su vez constituye, no sin ironía, una aleccionadora demostración de las consecuencias del pensamiento patriarcal: El gobierno, con su concepto de machismo, que pensaba que la mujer era incapaz de hacer cosas como el hombre, contribuyó sin quererlo a que se ganara un gran espacio político" (19).

El testimonio de Miriam, de 23 años, dos hijos, miembro de COMADRES esclarece algunos puntos sobre la transformación de la autodefinición de la vida cotidiana de algunas militantes de los organismos humanitarios:

"El 20 de abril de 1985 se desapareció mi hermana. Llegaron a sacarla a las 12 de la noche de la casa donde yo vivía, hombres fuertemente armados. Dijeron: "Busca

(19) Arlene Hailey, "El Salvador: mujeres y proceso revolucionario", en Fem, No. 46, México, junio-julio de 1986, p.36-37.

mos a Amalia, nos la vamos a llevar" y la amarraron, ni las sandalias le permitieron ponerse. A los ocho días escuchamos unos pasos, pero no tocaron, sólo tiraron una carta debajo de la puerta que decía: "que se vaya Miriam, porque si no vamos a llegar a llevar la a ella también y ya no busquen a su hermana porque ya está muerta". La firmaba el escuadrón de la muerte. Yo desde 1981 conocía el Comité de Madres y ahora que perdí a mi hermana estoy más dispuesta a seguir luchando. En mi casa ya no lo impiden, pero mi hermana me dejó sus dos hijos, más el mío que ahora tiene tres años, son tres niños y yo soy bien pobre, vivimos en una champa. Mi compañero fue asesinado el 20 de marzo de este año. Le salieron unos hombres por donde él iba y con mi suegra lo encontramos en un barranco días después. Lo pudimos reconocer solamente por los zapatos que andaba.

A veces no tengo para el bus ni para pagar la champa donde vivimos, entonces el tiempo que no estoy aquí en el Comité de Madres, voy a lavar a unas casas para ver como sobrevivir.

Yo me siento bien en el Comité porque creo que comparto el dolor con las demás madres y sé que juntas algún día vamos a encontrar a nuestros familiares y una sociedad en que no se cometan ya los atropellos que sufrimos. Entre nosotras se encuentra bastante solidaridad, en palabras, en fuerza. Las mujeres somos fuertes, ya no tenemos miedo de salir a las calles a pesar de que somos bastante perseguidas

por los cuerpos de seguridad. Yo aquí estoy dispuesta a seguir luchando, a seguir en las calles y no me avergüenzo de ser madre ni de pertenecer al Comité. Sí, soy bien contenta de ser mujer porque nosotras las mujeres no desmayamos en nuestra lucha". (San Salvador, septiembre de 1986).

Francisca, de 64 años, relacionó aún más su situación de trabajadora con la de madre y de militante:

"Yo busco a mi hijo porque soy su madre, pero también porque es obrero como yo fui obrera". (San Salvador, septiembre de 1986).

b) Las militantes de los gremios y sindicatos.

Desde 1984, el movimiento sindical salvadoreño ha retomado las posiciones y la fuerza perdida tras el uso indiscriminado de la violencia represiva en 1980. Una larga trayectoria de lucha ha llevado a los movimientos de masas a impulsar más de tres mil huelgas en dos años, movilizando el 80% de los trabajadores del país.

Es en los sindicatos donde se efectúan los mejores análisis económicos y políticos de la situación actual. Desde la formación de la Unión de Trabajadores Salvadoreños (UNTS) el 10. de mayo de 1985 que reúne a todas las federaciones sindicales y los gremios existentes en el país, los trabajadores organizados se perfilan como una fuerza que necesariamente debe ser tomada en cuenta en los programas y las negociaciones para alcanzar la paz.

Ahora bien, La UNTS afirma que el 68% de los trabajadores salvadoreños, al perder el miedo de luchar por sus derechos, están sindicalizados. Considerando que las mujeres conforman el 35% de la población laboral reconocida, hay que suponer que un 20% de los sindicalizados son mujeres.

Durante un seminario, organizado en México por CECARI en julio de 1986, y dirigido a los sindicatos, las mujeres participaron como integrantes de sus organismos. El día que se les propuso un curso sobre la condición de las mujeres, ellas actuaron con mucha curiosidad. Al terminar, dijeron de no haber pensado antes en su marginación el interior de los organismos que conforman, pero que siendo ésta una realidad, es necesario no sólo preparar rápidamente una secretaría de asuntos femeninos, sino también cursos de actualización para mujeres y grupos de análisis. Asimismo, se comprometieron a que, en los programas sindicales posteriores a este seminario, incluirían entre sus reivindicaciones, la exigencia de guarderías y hospitales de maternidad, así como el derecho a faltas justificadas en caso de enfermedad de los hijos para hombres y mujeres.

Un proyecto similar me fue comentado pocos meses antes por Rafaela Abregos de ANDES 21 de Junio, gremio de maestros y educadores compuestos en un 70% por mujeres.

Algunas integrantes de ANDES, según sus testimonios, ya tienen claros los problemas de opresión salarial y laboral en relación al sexo y de los roles que aún dentro de su gremio se imponen a la mujer, restringiéndole de hecho la participación a los cargos directivos.

Una de las críticas que con más frecuencia levantan, se relaciona al uso del tiempo. Prácticamente son mujeres con tres turnos de trabajo, y la falta de conciencia respecto a lo que es el trabajo doméstico, lleva a sus maridos -y a ellas mismas- a considerar que las mujeres pueden encontrar la forma de combinar sus tareas de trabajo y militancia con sus "deberes" familiares. Asimismo, recuerdan en sus testimonios que, mientras la familia amplia justifica y aún enaltece las prácticas sociales de sus maridos, generalmente condena su participación. En el caso de dos de ellas, sus madres se niegan a cuidarles los niños por estar en desacuerdo con que ellas salgan. En el caso de otra, cuyos hijos ya viven sus propias vidas, el marido la regaña y acusa cada vez que debe salir por motivos que él no considera relacionados con el trabajo, o sea por motivos de labor gremial o de solidaridad.

En ANDES pude participar de una reunión de sindicalizadas; aunque sus problemas principales estaban relacionados con la situación de represión a los maestros y las carencias económicas, consideraban que uno de los efectos que más las afectaba de la economía de guerra, era que el sueldo de una sola persona no resultaba -y resulta- suficiente para mantener a una familia y que, por lo tanto, el peso de la manutención familiar empezó a recaer principalmente sobre las mujeres, pues no existe una educación en El Salvador que fomente una ayuda efectiva del hombre en la casa y menos aún una valoración social, traducida en términos económicos, de las tareas hogareñas.

Sobre los tunos de trabajo que efectúa, Emma -esposa de un maestro desaparecido, con tres hijos a cargo- relata:

"Tengo dos turnos de trabajo. Pues, el turno de conseguir dinero y el turno de no pagar sirvienta porque tengo que lavar y planchar. Hay una gran diferencia en como se vivía antes y ahora. Yo no estudié para maestra, yo estudié para secretaria y mi esposo cuando ya iba a tener un niño, ya no me dejó trabajar porque dijo que veía mejor que yo cuidara a los hijos. Luego pasé 15 años de casada con mi esposo, en eso perdí mi juventud y ahora que busco trabajo, habiendo tantas secretarias jóvenes y bonitas, ya no lo encuentro. Porque aquí una para tener un buen puesto, antes tiene que tener el deseo del Jefe".
(San Salvador, agosto de 1986)

La visión de las maestras sindicalizadas, no obstante trasciende los marcos del trabajo como sostén económico para adquirir una visión del mismo como medio de relación socio-política. Alicia, casada, con cinco hijos, relata:

"En el último año tenemos a diez compañeras y muchos maestros asesinados por trabajar por el beneficio de los demás enseñantes. Los fueron a sacar de sus casas. Nosotras como mujeres asumimos la responsabilidad de las luchas magisteriales. Además nosotras sentimos que estamos aportando no sólo como maestras si no a la lucha de todo el pueblo que sufre. Nosotras como maestras convivimos con los alumnos y con los padres de familia, con la comunidad. El problema que

está viviendo el pueblo en general, necesita de un análisis de los nexos indispensables entre la actividad de los maestros y la de todo el pueblo. Mentiría si dijera que fue sólo por necesidad económica que me metí a estudiar para maestra. Siempre me gustó dar una ayuda fuera del hogar. Entonces vine a ANDES, donde se ve con claridad que es importante incorporarse a las asociaciones de trabajo.

A mi marido le sobra la gana de decirme que como mujer para qué me meto en política, que eso es cosa de hombres, pero yo ya estoy consciente de lo que estoy haciendo y aunque me lo diga, yo no le hago caso. Allá que lo diga, el muy tonto. Yo considero lo que estoy haciendo en mi trabajo, sé que se me necesita en el magisterio y en el pueblo también". (San Salvador, agosto de 1986).

c) Las militantes de las organizaciones político-militares.

Es en la década de 1970 que en El Salvador surgen las organizaciones político-militares que en 1980 se reunirán para conformar el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). En sus inicios, la incorporación de la mujer a estas organizaciones fue mínima y restringida a las estudiantes y las maestras que, en sus gremios, ya habían adquirido algún tipo de conciencia política

Es sólo con el surgimiento de organizaciones revolucionarias de trabajadoras del campo que las campesinas se incorporan masivamente a la lucha. Este fenómeno corresponde a la forma comunitaria de participación política de la familia como núcleo ideológicamente indisoluble.

Aún en la ciudad, donde los lazos estrechos de las relaciones de parentesco típicas de las zonas rurales no son tan evidentes, cuando la mujer empieza a engrosar las filas de las organizaciones, lo hace siempre desde su sector social y muchas veces a raíz de la incorporación de otros miembros de la familia o de su círculo de amigos más próximos. Sin embargo, la relación no es tan mecánica y más de una militante puede relatar sus peripecias para lograr, si no una aceptación de su trabajo político por parte de la familia, por lo menos las que tuvo que atravesar para librarse de la presencia y las negativas de las madres y los padres y poder desarrollar su propia vida militante.

Antes de 1981 -cuando el movimiento insurgente trasladó sus fuerzas en las zonas liberadas durante la primera ofensiva general-, los operativos urbanos estaban al orden del día y la presencia de mujeres allí era notable. El recuerdo de actitudes heroicas de varias combatientes está aún presente. Así, por ejemplo en el caso de Gloria Palacios Damián, caída por no aceptar que su compañero cubriera solo la retirada de varios compañeros más y que, cuando él resultó herido, se negó a abandonarlo, combatiendo hasta la muerte.

Actualmente, por motivos de clandestinidad, es prácticamente imposible conocer el número de mujeres que militan en el FMLN en las ciudades y cuáles son sus actividades, sus casas, su organización doméstica, su vida afectiva; no obstante, las capturas y desapariciones de amas de casa, empleadas y trabajadoras por parte de la policía, el ejército y escuadrones paramilitares (los famosos escuadrones de la muerte, en-

tre otros) dan a pensar que el gobierno reprime a las mujeres porque conoce o sospecha su participación en las ciudades.

Las tres militantes que en el exterior me permitieron en trevistarlas y recoger sus testimonios, tocaron varios puntos referentes a su postura ante la situación y a la condición de la mujer en la militancia. Las tres al momento de incorporarse, no tenían clara su posición frente a los problemas específicos de la mujer, declarando que los motivos de su incorporación fueron la rebelión contra la situación de injusticia social existente en su país y la necesidad de impulsar un cambio estructural en el mismo. No obstante, destacaron que a raíz de su militancia y de la convivencia con otros compañeros en casas de seguridad, adoptaron actitudes diferentes en la vida de pareja y en la relación mujer-hombre; sobretodo perdieron el miedo a hablar frente a los hombres y aprendieron a defender sus derechos en el interior de la organización política.

Sus puntos de vista concuerdan con un largo análisis de la Asociación de Mujeres de El Salvador: "Los partidos y movimientos de izquierda democráticos en general no han incorporado el problema de la mujer con la misma coherencia con que en frentan las demás cuestiones sociales. Sus planteamientos al respecto -reducidos a la lucha de clases- aparecen así desligados del discurso político y no hacen referencia a la condición específica de la mujer y su integración a la lucha como factor clave de liberación de nuestras sociedades" (20).

Además, las largas separaciones de sus compañeros de vida por motivos de militancia les crean problemas de carácter

(20) AMES, Participación de la mujer latinoamericana en las organizaciones sociales y políticas, s/f, s/i, p. 9.

afectivo, sin contar que en la casi totalidad de los casos la carga de los hijos queda bajo su responsabilidad, aunque reducida por la presencia de otros compañeros en sus colectivos -compañeros que se encargan de cuidarlos mientras ellas desarrollan sus actividades pero que no tienen la obligación de cumplir con la educación integral del niño.

Rebeca es la encargada de un movimiento de mujeres ligado a la insurgencia, 25 años, una relación de pareja fracasada, sin hijos, relata así su experiencia militante:

"Yo pienso que dentro del movimiento revolucionario en general hay muchas mujeres valiosas, pero fue por estar ahí cuando se me necesitaba que me incorporé. No es por sobresalir o tener una cualidad especial, sino que estaba ahí en el momento; podría haber sido otra gente y mañana van a estar otros compañeros. Lo fundamental en mi participación del lado de las mujeres, aunque parezca paradójico, se da a raíz del movimiento revolucionario. Como mujer no recayo en mí: de forma directa yo no me sentía marginada, había participado en todo lo que aspiraba. Desde niña el ser mujer nunca fue un obstáculo para que no jugara lo que quería jugar, no tuviera las amistades que yo quería. No fui reprimida en mi niñez aunque viví bajo el esquema familiar de querer comprarte una muñeca en vez de una pelota. Esto influye en tu desarrollo, pero como tuve la suerte de que en la casa había bastante colaboración en el hogar no lo sufrí mucho. Yo miraba que a mis compa-

meras de juego, no las dejaban jugar con varones, ni jugar con la pelota, ni andar corriendo. Yo no veía lógica en la situación de las demás amigas, era ya una diferenciación en el juego por el sexo. Pero yo estaba a salvo. Desde pequeña, quizá un poco por la necesidad -al no tener un padre o un hermano mayor que comunmente es él que está ahí, como quien dice protegiendo- empecé a tomar actitudes muy independientes. Yo tomé la determinación de buscar donde estudiar, y qué quería estudiar y luego que terminó el bachillerato, a los 19 años, decidí que quería incorporarme a colaborar con el pueblo, pero aún no tenía muy madura mi problemática como mujer, ni la del pueblo mismo, la enmarcaba un poco por el fanatismo del momento, hasta que no logré madurar la idea.

En 1979, había mucho entusiasmo, fanatismo por el movimiento popular. Yo me fui en él y no logré conciliar una idea muy concreta de qué quería, o qué buscaba en ese momento. Había además ciertas situaciones que te limitaban, te excluían inclusive como mujer. Yo recuerdo que quería incorporarme al área militar y no se me permitió por ser mujer, a mí no me gustó como excusa concreta y manifesté que si era desconfianza o porqué si tenía que demostrar mi disposición dentro del marco de lo que supuestamente buscábamos en el cambio para la sociedad. Eso posiblemente creó más expectativa en mí de si el

cambio de las estructuras sociales iba a traer realmente algo positivo hacia lo que era la ideología de la mujer.

Después, otro de los aspectos era la vivencia dentro de lo que eran los compañeros; sí, eran de muy avanzado nivel, valiosos hombres pero que no permitían la incorporación de sus mujeres, no les creaban conciencia. Yo le preguntaba a un compañero del 30-31, por qué su esposa no estaba incorporada al proceso y contestó: "ella tiene que cuidar la casa, los niños mientras yo ando metido en esto".

Eso me pareció una posición bien egoísta, luego entendí que era machismo.

Empecé a descubrir que pese a que la mujer tiene un potencial y que somos más de la mitad en El Salvador, siempre hay una relegación de tareas secundarias o de apoyo, nunca de eje central ni de coyuntura. Empecé a ver que el problema de la mujer se fundamenta en la misma concepción que tiene de sí misma; ella misma no se permite ser sujeto, ser parte de la historia porque tiene todo un resago de opresión que no le permite ver más allá de lo que es en el momento, madre, cocinera, lavandera, la que asea la casa, la que cuida los niños.

Había algunas compañeras que pretendían que la mujer fuera integral, pero su marco de la integralidad era ser madre y esposa, intelectual y revolucionaria. Eso era pedir demasiado a cualquier ser huma

no. Aparte de que esas no son nuestras responsabilidades en un colectivo, sino las de todos los que viven allí, que comparten la vida del núcleo. Es tan complicado: en general el hombre es integral cuando llega a ser humano, pero cuando se habla de la integralidad de la mujer entonces se dice que debe ser todo. En el proceso de construcción de la nueva sociedad, ya no podemos permitir que el hombre marque para la mujer un papel secundario de mantenimiento de satisfacción.

El compañero con quien yo vivía y que conocí en Chalatenango, nunca tuvo el tiempo de convivir conmigo. Sólo estuvimos juntos una semana. Después, por las tareas de responsabilidad suyas y mías, nos tuvimos que separar. Eso daba un sentido diferente de lo clásico a la relación. Nunca tuve que estar en casa esperando su llegada, por lo menos. Cuando nos veíamos inclusive discutíamos lo que era el planteamiento sobre la mujer, sobre lo que nosotras esperábamos, qué buscábamos y qué pensaba él de eso. Aún hablamos del aborto y él estuvo de acuerdo que en final de cuenta, si no puede ser la decisión de la pareja, que sea la decisión de la mujer. Pero conocí a compañeros que pensaban que la mujer debe tener los hijos que el hombre le logre pegar. Y pensar así todavía es aceptado en la organización, a pesar de que yo no me quedo ya callada, nunca más".

(México, enero de 1985)

2.1.5. Las presas políticas

Desde los inicios de la guerra, alrededor de cinco mujeres al mes ingresan en San Salvador a la cárcel de Ilopango en calidad de presas políticas. En agosto de 1986 en dicho reclusorio se encontraban detenidas 74 mujeres, de las cuales 25 con sus hijos; de ellas, 66 habían sido torturadas, cuatro habían quedado embarazadas y habían dado a luz a raíz de las violaciones sufridas después de su captura y doce habían soportado las amenazas de asesinato a sus familiares.

Según Reyna, de 25 años, miembro del Comité Pro Desplazados de El Salvador (COPRODES): "la mayoría son campesinas, tomadas presas porque viven en el lado de las zonas de control del FMLN; las demás hemos sido señaladas o denunciadas como sospechosas de simpatizar con las organizaciones populares o por ser miembros de organismos humanitarios".

De hecho, debido a la existencia del Decreto 50, que legaliza la confesión extrajudicial obtenida mediante tortura, es prácticamente imposible comprobar cuántas de las presas políticas realmente estaban comprometidas con la insurgencia al momento de su captura. Tampoco el juicio que precedió la liberación de algunas de ellas (un promedio de dos al mes), esclarece sobre el asunto, ya que, según las declaraciones del Comité de Presos Políticos de El Salvador (COPPES): "en la mayoría de los casos, han obtenido su libertad por medio del soborno a funcionarios o porque sus familiares se han podido costear los altos honorarios de defensores que han logrado comprobar su inocencia" (21).

(21) Carta enviada en agosto de 1986 a los representantes de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, Organización de Estados Americanos.

De todas formas de los 1340 presos políticos reconocidos en El Salvador, las mujeres conforman el 18%. De ellas, el 11% son menores de 21 años, el 50% tiene entre los 21 y los 35 años, y entre las mayores se encuentran aún dos señoras de 65 años acusadas de ser "cocineras de la guerrilla".

El 34% de las presas políticas se encuentran desde hace más de un año en Ilopango, desconociendo su sentencia; a seis más, después de 2 años de prisión, se les comunicó que su expediente había sido extraviado (22).

No obstante, a pesar de la violencia judicial de que son víctimas en el edificio de Ilopango las presas políticas han logrado no sólo un espacio político de lucha, sino también una organización "revolucionaria" de la vida cotidiana.

Según Reyna: "Vivimos en una situación en que a uno se le priva de todos los derechos como ciudadano, pero lo hacemos menos difícil sintiendo el tiempo como trabajo por la vida. Por ejemplo, lo primero que se hace en la mañana es la limpieza, por grupos, y el aseo personal; luego, grupos de tres compañeras preparan la comida para las 99 que estamos aquí; y en fin cada quien puede ir a los grupos de alfabetización para primer y segundo nivel. Yo imparto el primer nivel. Y también hay compañeras que organizaron un kinder. Yo doy clase a un grupo de siete de las que estamos internas. Las que no saben nada, yo las atiendo, pero algunas van a comer al taller general del centro penal porque, aunque no saben leer o escribir, necesitan del pisto, de los cuatro colones al día que les dan. Hay como veinte que no saben leer.

(22) ibidem.

En alfabetización, somos dos en cada nivel, para que, si una se enferma o si sale libre, no se pierda el estudio de las demás.

También se trabaja colectivamente para impulsar las luchas nuestras, las demandas: Libertad, mejor alimentación para todas las internas, exigir que se nos deje pasar medicinas y frutas. Pues como verás, no tenemos orientadoras ni carceleras; hace tres años todavía había, pero las sacamos: la disciplina es nuestra. Logramos que no nos encierren, podemos estar aquí en el patio, pero eso se ha logrado con las luchas impulsadas: huelgas de hambre, pláticas, salidas a la cancha a hacer jornadas de agitación, a gritar, hacemos manifestaciones. El hecho de que seamos prisioneras no implica que nos callen del todo, mantenemos algo de nuestra libertad". (San Salvador, septiembre de 1986).

El pabellón de las políticas, que anteriormente era una escuela, está limpio y dividido de forma que el respeto de sus habitantes para consigo mismas sea posible. En la planta baja, han organizado un comedor, una biblioteca, una sala de reuniones y una para la televisión. El segundo piso es el así llamado "maternal": al lado de una clínica en donde las enfermeras presas políticas atienden a las demás, están dos dormitorios: uno con catorce camas, para los niños que ya caminan, y otro de diez camas para los recién nacidos. En la planta alta hay tres dormitorios para las mujeres que no tienen a sus hijos. En cada piso hay baños y en el patio varios lavaderos.

La presencia de los niños en la cárcel de mujeres, según las declaraciones de las militantes de COPPES: "se explica porque el 18% de nosotras fue capturada en estado de embarazo y los niños nacieron en prisión. A otras, en el momento de la captura, nos quitaron a nuestros hijos y nos remitieron a la orden de un juez militar; después de los trámites necesarios, han sido trasladados a éste centro penal, viviendo en la mayoría de los casos en un deplorable estado de salud, en alto grado de desnutrición, hongos en la piel, diarrea, etc. Cuatro de nosotras hemos dado a luz a hijos como consecuencia de la violencia de la que fuimos objeto durante la permanencia en el cuerpo de seguridad que nos capturó"(23).

La única reivindicación directamente ligada a la situación femenina impulsada por las presas ha sido la relativa a la tenencia de sus hijos. Sin embargo, no sólo la precaria situación económica y la seguridad de que un hijo en la cárcel no puede ser alcanzado por la violencia represiva las motivaron, sino también el concepto supremo de maternidad expresado por Reyna como: "todo lo de una mujer es llegar a ser madre" que, finalmente, ha convencido a las autoridades carcelarias.

Ahora bien, la maternidad en la cárcel es una tarea compartida y ha permitido a las presas una unión que trasciende, y a la vez fortalece, los vínculos políticos. Durante la visita por el pabellón, me encontré con Sandra, de dieciséis años, capturada con siete meses de embarazo. Su hija, que tenía en los brazos, había cumplido catorce días de nacida y estaba tomando el pecho. De repente me dijo: "Tener una tierna en la cárcel no es muy difícil porque hay otras mujeres que la ayudan a una".

(23) ibidem.

La maternidad está presente en todos los testimonios recogidos, pero no con la misma intensidad. Las más politizadas la relegan a un segundo plano en el relato de su captura y de su actividad social; para las ancianas es algo muy lejano en el tiempo; y para las violadas, más que de un sentimiento, se trata de una recriminación.

Otro de los puntos que todas las entrevistadas -seis mujeres, de edad, condición escolar, origen geográfico y de clase, militancia y situación familiar diferentes- tocaron, fue el de la supuesta fragilidad femenina, desmintiéndola por su resistencia a la tortura y, sin embargo, aceptándola al referirse a los medios de seguridad como "cobardes" por haber agredido a "mujeres indefensas".

Así, por ejemplo, en el testimonio de Irene, campesina de Suchitoto, de 25 años, con tres hijos:

"Ellos agarran a las mujeres porque se sienten temblando frente al FMLN. Por lo mismo que reprimen a los órganos humanitarios. Y creen que todas las mujeres no soportan las torturas, las amenazas de ellos, pero nosotras luchamos por la justicia y del momento que una se compromete a algo debe saber que en el momento de captura hay que ser fuerte y mermarlos".

Posiciones feministas o concientemente favorables a un cambio de la situación específica de la mujer, no he encontrado en sus testimonios. De sí mismas hablan como de "los presos políticos de la cárcel de mujeres" y pretenden que no existe ninguna diferencia entre su situación y la de sus compa

ñeros de Mariona, olvidando que, por ejemplo, ellas no tienen derecho a las visitas íntimas porque las autoridades carcelarias no permiten que usen métodos contraceptivos. Aún sobre las violaciones, Ana, 32 años, dos hijos, dijo: "Es terrible, pero las mujeres estamos hechas para ello, imagínese cuando violan a un hombre, lo rompen todo y además le crea problemas psicológicos".

A pesar de ello, se percibe que el haber sido víctimas de una captura, es para ellas, una prueba más de que en la revolución hombres y mujeres son iguales, punto que la gran mayoría de ellas mencionan.

Como ejemplo de su posición, presentaré parte del testimonio de Irene:

"Yo vivía en el campo. Soy originaria de Suchitoto, ahí nací y desde 1980 ese lugar comenzó a ser una zona conflictiva, pero en ese entonces empezaron a nacer organizaciones populares en que se organizó bastante gente. Yo ví nacer las Fuerzas Populares de Liberación y Resistencia Nacional y me simpatizaba ver la gente tomar conciencia. En 1982 comienzan los operativos militares y comienza el ejército a masacrar población civil diciendo que eran guerrilleros. La gente se enmiedaba, pero hacíamos un esfuerzo para mantener la tierrita que trabajábamos. Las Fuerzas Armadas empezaron operativos continuamente, en 1983 mataron en Copapayo bastante gente, 250 personas entre niños y adultos, y yo lo viví, me encontré en ese momento tan duro con los niños y

el bombardeo tan fuerte. Ahí se desesperó la gente, los militares mataban mujeres, hombres, los animales. Cuando volvimos a casa, íbamos a enterrar familiares, amigos. Yo decidí quedarme porque allá estaba toda mi familia, eran viejitos y no deseaban dejar su casita.

Trabajábamos la milpa, hombres y mujeres, tomateras, rabaneras, sembrábamos jicamas, repollo, pepinos en los campos húmedos donde los soldados no lo hallaban, si encontraban la cosecha partían todo. Pero nunca perdí el entusiasmo de trabajar, nosotros sabíamos que debíamos vivir, pero para ellos el delito era estar en una zona de conflicto.

Cuando vine al refugio "La Basílica" en diciembre de 1984, vine porque tengo un niño de cinco años, otro de tres que se me murió en la nacida y tiernitos de diez meses que son gemelos. Luego empecé a trabajar en el Comité Cristiano Pro Desplazados de El Salvador (CRIPDES); luchaba para que la gente volviera a sus lugares de origen.

Me agarraron el 10 de junio, ahí me amenazaron, decían que yo había sido guerrillera, que había ido a otros países. Yo no me hice cargo porque no era cierto, yo me dedicaba a cuidar a mis hijos, pero me acusaron de ser comandante.

Cuando me agarraron, me vendaron los ojos, me echaron bajo los asientos del carro. Conmigo agarraron a una hermana mía. Ellos me decían que si yo no de-

cía la verdad, la castigarían a ella también. Nos tuvieron parados, me dijeron que me iban a violar, me pegaron en la cabeza porque no le quise decir donde estaban las casas de compañeros.

A los once días me vió la Cruz Roja Internacional, ese día me sacaron a lavarme y lavar la ropa, porque el delegado me viera limpia, pero sólo podía llorar y no podía contestar. Luego, a los tres días me dejaron acá.

Acá tengo a la niña tierna, los otros los tiene mi mamá y mi compañero de vida. Yo sé que estoy aquí, pero sé también que se logró un triunfo: a la semana que estaba aquí, 250 desplazados volvieron al cantón Platanares de donde habían sido sacados por los bombardeos y las Fuerzas Armadas, con ellos se fueron una delegación norteamericana que fue capturada en Auacayo. Ese regreso es un triunfo de CRIPDES, de todos nosotros aunque yo esté presa". (San Salvador, septiembre de 1986).

2.1.6. Desplazadas y refugiadas.

Para un acercamiento a la problemática de la mujer desplazada y la refugiada, será necesario definir los dos términos en relación a la situación poblacional salvadoreña.

A raíz de la aprobación de la Ley de la Reforma Agraria del 6 de marzo de 1980 se generó una militarización del territorio con la finalidad de intensificar las campañas contrain-

surgentes. Esta situación se agudizó tras la ofensiva militar del FMLN en enero de 1981, cuando buena parte del territorio nacional quedó en manos de la contrainsurgencia. Los bombardeos, los allanamientos, las campañas militares que desde entonces se han llevado a cabo han dejado un saldo de aproximadamente 60 mil muertos. La población rural y de los pueblos y ciudades de las zonas en conflicto que logra escapar a la captura o a la muerte:

- a) cruza la frontera (refugiados)
- b) busca lugares más seguros en el territorio nacional (desplazados)
- c) busca la protección de alguna institución (desplazados en asentamientos o refugiados internos")

Según Americas Watch (24), la cuarta parte de la población salvadoreña se ve afectada por problemas de desplazamiento interno, refugio forzado o exilio. En El Salvador existen alrededor de 500 mil desplazados (25), en México y Centroamérica 250 mil refugiados, y 500 mil viven en Estados Unidos.

De los desplazados el 83,3% proviene de áreas rurales y el 71% se ha movido al interior de su departamento (Cuadro 1).

- (24) Americas Watch, Lawyers Committee for International Human Rights, El Salvador's other victims: the war on the displaced, New York, 1984, p. 30-32.
- (25) Según la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador, no gubernamental, (CDHES) 381.072 desplazados se han registrado, de estos 2296 reciben ayuda de la iglesia católica, 60 mil de la Cruz Roja, 10 mil de la Cruz Verde, 630 de los luteranos, 1082 de Médicos del Mundo.

De ellos el 54% son menores de 16 años; el 34% mujeres y el 22% hombres; el 55.6% son analfabetas, el 38.3% era desempleado antes de desplazarse y el 74% lo es a raíz del desplazamiento. El 34.1% no está vacunado y el 95% está disperso (26).

De lo anterior queda evidenciado que una proporción de desplazados no puede ser detectada cuantitativamente, ya que ni están registrados en institución alguna, ni reciben ayuda. El número de ellos tiende a incrementarse de forma constante, alcanzando las 30 mil personas promedio por año (27).

CUADRO I

PORCENTAJE DE DESPLAZADOS A NIVEL NACIONAL POR DEPARTAMENTO

Departamento	Total de Municipios	No. de municipios con población des- plazados	% de pobl. des.
San Salvador	19	15	20.5
Morazán	26	16	13.6
San Vicente	13	13	12.6
San Miguel	20	18	10.0
Chalatenango	33	21	8.8
Usulután	23	18	8.7
La Libertad	22	19	7.1
Cabañas	9	7	6.3
Cuscatlán	16	10	5.8
La Paz	21	11	3.4
Sonsonate	16	12	1.5
La Unión	18	10	1.0
Santa Ana	13	7	0.5
Ahuachapán	12	5	0.2

FUENTE: Comisión Nacional de Asistencia a la Población Desplazada (CONADES), 1985.

- (26) Según fuentes del CDHES, de 1985, y del Socorro Jurídico del Arzobispado de El Salvador, Informe 1985.
- (27) Americas Watch, A report on human rights in El Salvador, New York, 1984, pp. 32-34, 57, 73, 117-118.

Una parte de los desplazados se encuentra ubicada en asentamientos que han sido creados para tal fin, pero que dan cabida a un número muy restringido de ellos (27.709). Otra parte se encuentra en refugios que fueron anteriormente locales dedicados a actividades religiosas y han sido habilitados con muchas limitaciones. De los tres principales de ellos voy a dar la distribución de sus residentes por edad y sexo. (Cuadro 2).

La desintegración familiar que ha seguido a la violencia, a los desplazamientos, a la guerra y en muchos casos al reclutamiento forzado de los hombres por parte del ejército o su incorporación a la guerrilla, deteriora notablemente la no muy sólida estructura familiar rural salvadoreña, así como la capacidad de ganarse la vida trabajando, las relaciones interpersonales y la socialización de los niños (28). Asimismo, " se está modificando la distribución de población urbana-rural, que hasta el último censo (1970) era de 40 y 60 por ciento respectivamente, por el abandono de zonas conflictivas, el flujo permanente de la población hacia centros mayores, y la masiva migración de desplazados que se concentran en poblaciones grandes, incrementando el problema ya agudo de la marginación urbana" (29).

Ahora bien, considerando que el 34% de los desplazados está conformado por mujeres productivas, mientras el 22% de hombres son ancianos, de hecho entre los desplazados la mayoría de los núcleos familiares -o grupos de personas que se han juntado para escapar- dependen económica y decisionalmente

(28) Según Montes, "La situación de los salvadoreños desplazados y refugiados", en ECA, No. 434, San Salvador, Diciembre de 1984.

(29) *ibidem*, pp. 97-98.

CUADRO 2

DISTRIBUCIÓN POR EDAD Y SEXO DE LOS DESPLAZADOS DE LOS TRES PRINCIPALES
CAMPAMENTOS DE LA IGLESIA CATÓLICA EN SAN SALVADOR DEL 1° DE ABRIL AL 30
DE JUNIO DE 1986

SEXO EDAD	CALLE REAL			DOMUS MARIÆ			SAN ROQUE			T.O.T.A.L.			%
	FEM.	MASC.	TOTAL	FEM.	MASC.	TOTAL	FEM.	MASC.	TOTAL	FEM.	MASC.	TOTAL	
0 - 5	78	80	158	52	43	95	16	18	34	146	141	287	20.22
6 - 10	110	91	201	33	47	80	12	10	22	155	148	303	21.35
11 - 15	51	63	114	32	24	56	8	5	13	91	92	183	12.90
16 - 20	40	15	55	25	2	27	11	9	20	76	26	102	7.18
21 - 25	40	4	44	22	8	30	8	1	9	70	13	83	5.84
26 - 30	19	14	33	16	6	22	3	0	3	38	20	58	4.08
31 - 35	16	14	30	14	10	24	3	2	5	33	26	59	4.16
36 - 40	16	22	38	15	5	20	2	2	4	33	29	62	4.37
41 - 45	20	19	39	13	7	20	1	0	1	34	26	60	4.23
46 - 50	23	27	50	9	7	16	3	2	5	35	36	71	5.00
51 - 55	18	22	40	3	5	8	3	2	5	24	29	53	3.73
56 - 60	8	9	17	8	2	10	5	4	9	21	15	36	2.54
61 - 65	5	7	12	3	1	4	1	1	2	9	9	18	1.27
66 a más	10	12	22	5	9	14	3	5	8	18	26	44	3.10
T O T A L	454	399	853	250	176	426	79	61	140	383	636	1419	100.

FUENTE: SECRETARIADO SOCIAL ARQUIDIOCESANO DEL ARZOBISPADO DE SAN SALVADOR

te de jefas de familias. En el refugio de Domus Marie pude en tre vis tarme con seis de ellas. Su vida cotidiana está fuertemente influenciada por los recuerdos de la muerte del marido o de algún hombre de la familia al que hacen referencia constantemente en términos de seguridad económica perdida, y por sus aspiraciones a volver a los lugares de origen. Aunque en la práctica viven divididas entre el acarreo de agua, las cosas para presentar a los hijos menores al médico que cinco veces a la semana va a dar atención gratuita a los residentes, la búsqueda de comida y la lucha contra enfermedades tales el escorbuto, diarreas, y los malestares relacionados a la desnutrición y la falta de higiene, Sólo una de ellas admitió que le hacía falta una vida sexual (30).

En general para ellas el amor es un sentimiento inexistente o inexplicable y definen al hombre como sostén económico y padre de sus hijos.

En cuanto a los refugiados, o exiliados, el cuadro se complica aún más. Según datos de 1985, existen 758 mil salvadoreños en los países limítrofes y en México y Estados Unidos. No obstante, la exactitud de esta cifra depende de las condiciones en que se hallan en cada uno de los países que les ha abierto la puerta, ya que en algunos viven en la ilegalidad y la semiclandestinidad.

(30) A este propósito quisiera añadir el comentario de un cura encargado del campamento de San José de la Montaña, visitado en 1984 y cerrado en agosto de 1985, sobre el hecho de los pocos hombres que estén refugiados han logrado a veces convertirse en verdaderos sultanes, con cuatro o cinco mujeres que se pelean sus favores a cambio de servicios y comida. Y esto pasa tanto con ancianos como con adolescentes que apenas despiertan a la vida sexual.

El país en que más salvadoreños viven es Estados Unidos (cerca de 500 mil), pero pocos de ellos tienen una situación legal, ya que para ser considerados refugiados requieren de la obtención previa del asilo político, trámite tan difícil de obtener que sólo dos lo lograron en 1985.

De los países centroamericanos, Honduras y Nicaragua son los principales receptores, con 20 mil refugiados reconocidos cada uno. En Guatemala se calcula que hay 70 mil salvadoreños sin reconocimiento que sobreviven empleándose como mano de obra barata en el mercado de ilegales. Algo similar ocurre en México, cuyo Estado no ha firmado el Protocolo sobre Refugiados y sólo reconoce siete mil asilados políticos, aunque según Socorro Jurídico del Arzobispado de El Salvador en este país hay 140 mil refugiados, mientras el Consul de El Salvador en México reconoció la ubicación de 200 mil salvadoreños y la prensa maneja la presencia de cerca de medio millón.

Panamá y Belice tienen 7,000 ambos y 10 mil Costa Rica. En los dos primeros países los refugiados son reconocidos y, en general, gozan de ayuda aunque el cupo de entradas haya sido cerrado en 1984. En Costa Rica, además de que las fronteras también fueron cerradas, pocos son los salvadoreños que obtuvieron la condición de refugiados y un trato digno de las autoridades y la población (31).

No hay datos fidedignos sobre la división por sexo y por edad de los refugiados aunque tanto Renato Camarada (32), en su estudio sobre los refugiados en Honduras, como los trabajos del Taller "Los problemas de la mujer refugiada en México", di-

(31) Datos del Centro de Documentación de SALPRESS y del Central American Refugee Center (CARFCEN)

(32) Renato Camarada, Forced to move, Salvadorean Refugee in Honduras, Solidarity Publications, San Francisco, 1985.

rigido por Martha Olivera y auspiciado por el Centro de Estudios Ecuménicos A.C., concuerdan en que el número de mujeres y de niños es mucho mayor al de los hombres adultos.

Ahora bien, aún entre las mujeres, muy diferente es la situación de una profesora universitaria en México y la de una campesina en Honduras; la de una matemática en Nicaragua y la de una empleada doméstica en Estados Unidos; etc. No sólo porque los países de residencia ofrecen modelos de vida y de superación profesional distintos, lenguas y costumbres diferentes; sino porque los niveles educacionales alcanzados en el país de origen y las clases de pertenencia, pueden abrir o cerrar puertas, permitir o no una integración social, influir positiva o negativamente sobre los cambios que todo abandono de territorio conlleva. Por ejemplo una amiga socióloga se reía contenta de su trabajo en un estacionamiento de coches en Nueva York, porque a pesar de todo, esa ciudad le ofrecía teatro, música, vida política y literatura de vanguardia; no obstante, la misma mujer juraba que en San Salvador o en cualquier otra ciudad de Centroamérica o México, sólo hubiera aceptado trabajo en una universidad o "en un centro donde se reconocieran mis estudios, si no mi mamá se moriría de vergüenza". En este caso la relación cultura de origen-cultura de adopción es evidente: la primera influye sobre un comportamiento que cambia según la segunda.

Sin embargo, hay rasgos, actitudes, situaciones existenciales comunes a todas las refugiadas ya que "la inmigración, en tanto que implica la pérdida de casi todos los objetos externos, se puede definir como una situación de cambio extremo.

La identidad, que se va formando en una cadena de elaboración y asimilación constante de cambios parciales, se tiene que enfrentar con la pérdida de su marco de referencia externo" (33).

Aunque haya visitado las cooperativas de producción agrícola y artesanal de los refugiados en Nicaragua, haya dormido en casa de una familia de exiliados salvadoreños en Costa Rica, conozca tanto profesionales e intelectuales sueltos en Nueva York y Los Angeles, como las sedes del Movimiento Santuario en Arizona, y haya podido constatar que tanto el nivel ideológico, como las expectativas económicas cambian según el lugar de llegada, todas las entrevistas las efectué entre las asiladas en México.

Las Historias de vida de las siete refugiadas -de edad, clase social y participación política distintas- concuerdan en que la guerra les ha cambiado radicalmente la vida, primero por la represión que sufrieron en su país, luego porque para escapar a la misma tuvieron que renunciar a su casa, a su comida, al sentirse participes del desarrollo revolucionario, a la educación que recibieron de chicas y consideran la mejor para sus hijos (Tere: "Yo estudié muy bien, no quiero que mi hijo no pueda recibir clase en la mejor escuela del mundo. ¿Para qué estudia historia de México, si lo que necesita es la historia de su país? ¿Pa' qué aprende a hablar de tú, si va a hablar de vos?"), a relaciones familiares extensas (Laura: "Si estuvieran aquí las tías, yo podría irme a trabajar, pero vivo con los niños a cuesta. Ni creo que les haga bien"), a su clima, a su modo de hablar, etcétera.

(33) Laura Achard, Jorge Pedro Galeano Massera, Las vicisitudes del inmigrante, mimeo, Centro de Estudios Ecueménicos, México, Mayo de 1984, p. 2.

Acimismo, aunque en sus testimonios todas principiaron por agradecer expresamente al gobierno de México por haberlas recibido, terminaron por manifestar, de una manera u otra, que éste país les era hostil. Las políticas migratorias, los cambios en la nomenclatura de algunas frutas, la mayor o menor agresividad en el tono de la voz de la gente, las diferencias de horario, y otros detalles por el estilo, las llevaron a reconocer que este mundo, al serle desconocido, les provocaba una gran inseguridad.

Otros tópicos de sus discursos son el deseo de volver a vivir en su tierra tras el triunfo revolucionario y la angustia por la inestabilidad económica. Sobretudo las más ancianas siempre buscan de convencer a sus escuchas que la casa en que vivían era más grande, que tenían servicio, o coche. De hecho aunque profesen una ideología revolucionaria, están muy influenciadas por una cultura que pregona las virtudes de la sociedad burguesa: bienestar, fidelidad, matrimonio.

Las más jóvenes, según su escolaridad, parecen más propensas a aceptar cambios (Lorenza: "Siempre me dijeron que debía de casarme y tener hijos, sobretudo tener hijos, si no para que había venido al mundo. Mi nana lloró porque me vine sin dejarle un nieto. Al principio busqué un salvadoreño con quien casarme aquí para dárselo y sentirme completa, pero ahora estoy tan contenta con mis estudios y el trabajo y mi militancia en la solidaridad, que me doy cuenta, verdad, que no necesito tener hijos").

A pesar de algunas coincidencias entre las situaciones vivenciales y las aspiraciones de las desplazadas y las refugia-

das, dado que las influencias externas varían, prefiero presentar tanto el testimonio de Daisi, del campamento de Domus Mariae, como el de Angela Mendoza, refugiada en México, para que el lector pueda cotejarlos.

Daisi:

"Nosotros veníamos de zonas conflictivas porque no podíamos ya vivir allá y como la Iglesia es una acogedora de los pobres ambulantes que no tenemos paradero, se nos ocurrió buscar éste lugar para protección de las vidas nuestras y también de los niños, que no pueden caminar y no pueden vivir allá por la mucha represión, por los bombardeos y porque la Fuerza Armada invadía los Cantones y no se podía trabajar, a los hombres se los llevaban presos, a nosotras si nos encontraban también, por eso nos escondimos, para no ser muertas ni violadas frente a los niños. Nosotras vimos como dejaban a las mujeres. Son unas bestias. Hay más gentes en las zonas de conflicto, mujeres, ancianos, niños que pueden necesitar el amparo de la Iglesia y no sé porque el obispo piensa cerrar los refugios. Pues, la guerra continúa, apenas está comenzando, y entonces ya no va a haber adonde refugiarse de la represión. Yo vivía adelantito de Aguilares, aquí en este mismo departamento de San Salvador y vine porque pasaron varias invasiones y el ejército nos destruyó la casa y me dijo que nos iba a matar con todo y los niños si no me iba porque el papá no lo

hallaban porque él se salía cuando ellos llegaban. Yo también quería irme a vivir al monte, pero tenía cinco niños y todos estaban pequeñitos. El más grande tenía ocho años y el otro siete, cuatro, tres y el otro meses y entonces yo mejor decidí venirme para acá. Estaba decidida a todo. Sin documentos salimos al pueblo de Malagará a agarrar un bus, yo tenía a todos los niños en los brazos. No hubo problemas y llegamos aquí. Las demás mujeres y los empleados de la oficina del arzobispado tenían una comisión encargada de recibir a la gente, darle un lugarcito donde poder dormir. Después me integré a una comisión. Aquí cada quién está encargada de alguna cosa, de enseñar a los niños, de darles catequesis, otras a recibir a la gente, de darle alojamiento. Hay una escuela para los niños y también para los adultos. Yo como ya podía lo poquito que sé, me dijeron que mejor me incorporara a darles lo que sabía a los niños, a los que no saben nadita. Aquí adentro uno está sola, con mi compañero no podemos estar juntos porque para los hombres la pasada es más fácil por los pueblos. El ejército no sospecha mucho de las mujeres por los niños, no sé. Pero ya no es muy grave porque aquí nos arreglaron los documentos y ya podemos salir a buscar trabajo. Es peligroso porque a veces desertan algunos y se vienen para acá señalando o denunciando a los refugiados. Ya han captu-

rado de aquí a varias mujeres y hombres. Pero acá la vida es muy difícil. Cada uno duerme en su puetecito, uno se levanta a lavar de las seis a las ocho y después la cocina nos toca cada ocho días, porque como somos bastante mujeres estamos enumeradas. El día que no nos toca cocina, tal vez nos toca aprender a hacer pantalones, y todos los sába-dos nos reunimos en Asamblea General. Ahí se ven los problemas más grandes pero es más importante que todas somos amigas: nos levantamos, vamos a lavar y ahí todas platicamos. Ahí las que tienen a su marido, las que lo tienen ancianito y las demás hablamos, si nos hace falta algo nos lo prestamos, no hay diferencias, pues. También es que aquí tenemos tiempo, en el campo el trabajo es más pesado. Allá hay que ir a traer el agua lejos, traer la leña y, las que no tienen compañeros, además hacer la milpa, labrar la tierra. Aquí el único problema es que no hay suficiente comida y a veces pasa que los niños cada ratito piden comida y entonces las madres no se comen la fruta, no se comen las tortillas y se las reparten a los niños". (San Salvador, septiembre de 1986).

Angela Mendoza de Peña:

"La guerra fué un cambio drástico. Tenía un hogar, un marido y cuatro hijos y mi trabajo del negocio. Vivía pendiente de los muchachos. Desde el momento

que pierdo el primer hijo, la vida cambia. Yo en el fondo siempre estuve de acuerdo con la lucha contra la injusticia pero amaba la paz. Me soñé con un hogar y se da que cuando los muchachos se integran a la lucha, ya no pudo ser. Debí escoger mis amistades porque hay unas que no entendían, ese fue el primer cambio que tuve. Además se me busca para que participe y entonces yo, a pesar de que ya tenía mis ideas, me motiva la lucha de mi hijo para colaborar en todo lo que se me pide.

Luego que pierdo a la otra hija, el carácter en vez de endurecérseme, se me pone más suave, se me baja toda aquella imponencia mía para actuar en la vida. Te soy sincera: el hijo que más quería era el varón, no lo puedo negar, pero en el momento que pierdo a la hembra, yo me consuelo pensando que a Felipe lo recogí y lo enterré, pero a ella no la encontré. Es un castigo eterno que tengo. Hay días en que estoy muy tranquila, pero hay otros en que se me mete que puede que esté viva y entonces me pongo de mal carácter. Cuando cayó Felipe, yo llegué a razonar. Eso era lo que quería, había que ayudarlo. Pero cuando pierdo a la Ana Margarita, hubo un cambio total en mí, no he vuelto a ser la que yo era. Siempre siento angustia por la hija de ella, trato de enseñarle que hay que luchar y en ocasiones no sé decirle que caro cuesta eso.

Luego al estar aquí se pasan nuevas dificultades.

Allá yo tenía una casa grande y aquí estamos todos amontonados. Los niños no pueden salir al parque, Vladimir tuvo más suerte, pero Adriana no sabe ni del sol diario. Cuando vinimos fué peor todavía por que nos tocó dormir en el suelo, en colchonetas y a mi mamá que es bien anciana le dió neumonía. Luego aquí no hay quien le haga a usted nada, ni si está usted grave puede no ir a comprar pues se muere de hambre. Eso no se daba allá porque por el sistema de explotación que hay, aún uno que no dispone de recursos, siempre está explotando a otro, la pobre campesina que viene y se le paga poco.

Desgraciadamente cuenta también la edad. Es que los años van pasando, yo voy para vieja; quiero caminar y me canso, no puedo hacer las cosas acumuladas, de bo cuidar la presión para que no se me vaya a subir y no recargar el bombeo del corazón.

Antes de la guerra yo no tenía problemas. Yo trabajaba, educaba a mis hijos y era feliz con todos ellos. Pero prácticamente quedé sin familia desde el 16 de agosto de 1975 en que cayó Felipe. A raíz de ello, ninguno volvió a la casa. Eso para una madre tan apegada es muy duro. Por eso digo que me gustaba la paz y la quisiera. Pero tampoco cualquier paz; aunque tuviera que perder esas dos hijas que me quedan, yo no quiero una paz de rodillas, sería lo peor que me pudiera pasar, prefiero verlas muertas, antes que soportar una paz de rodillas porque los o

tros dos hubieran muerto inútilmente. A los cuatro los he criado yo, de que sirve tanta sangre para que el día de mañana eso no valiera nada. Imagínese a mi nieta Adriana, perdió a su padre y a su madre, y seguiría subyugada, eso no lo acepto.

Para mí el matrimonio es muy importante. No por el hecho puramente social, siento que así se respeta más a la mujer. Ahora bien es una falta de libertad estar casada porque los hombres no piensan como una. El hombre es el primero en fallar y entonces la mujer, por tener las ideas que yo tengo, tiene que aguantarlo hasta cuarenta años, conforme he vivido, conforme mi vida ha cambiado. Uno de mujer puede aburrirse, pero yo lo miro desde otro aspecto, para mí es algo que debe durar. ¿Cómo una mujer va a tener una relación sexual con uno y después con otro?. No sé, es quizás por el ambiente y por la edad en que yo me crié, pero a mí me da susto sólo de pensarlo. Nosotras, a la fuerza o por voluntad, le damos estabilidad a los hijos. Yo me relaciono con gente joven que no piensa así, que dicen que eso es natural, pero yo no estoy de acuerdo. Por ejemplo el día que me hablaron de la separación de una de mis hijas, juro que no me dió un ataque porque soy fuerte. Pero para mí fué un choque, algo muy duro, ya no pude conciliar el sueño. Son cosas, yo todo lo puedo aceptar, pero me preocupa por respeto a la mujer misma. Desde que era joven mi marido estuvo metido en las cosas políticas de mi país, luego fué revolucionario.

Desde que lo conocí me ha tocado vivir trabajando mu
cho para poder sostener mi hogar, porque un hombre
que está metido en eso, no tiene trabajo remunerado.
Siempre procuré salir adelante, y a los hijos los
crié y enseñé que hay que ser conformes y cuidar su
moral. Hoy en día, aunque los hijos no le costaron
mucho a él, los nictos sí le cuestan. Eso es un lo-
gro de la revolución, del proceso. El lava los tras-
tes, los arregla para ir a la escuela, la cama la
tíende él. Esos son logros. El decía que primero ve-
nía la revolución, después yo y después nadie, con
ese piropo yo he caminado veinticinco años de casa-
da.

Pero ahora debe de demostrármelo.

La guerra me ha enseñado mucho. Tengo una gran pena,
una gran vergüenza cuando pienso en la otra abuela
de Adriana, la señora ha perdido en la guerra a sus
cinco hijos y no tiene un marido que pueda hacerla
por un momento feliz. En ese espejo me miré y me si
vió mucho. Yo perdí a dos hijos, ella a cinco y no
tenía ni casa ni donde comer ni nada. Ese es un caso
y me doy cuenta que como ese hay miles de casos, en
tonces por muy doloroso por lo menos me sirve de con
suelo. Yo vivo en el exilio, ella pidiendo limosna
de casa en casa."† (México, junio de 1986).

† A los quince días de haberme concedido este testimonio,
Angela perdió a su hija mayor, la comandante Susana, mien-
tras defendía la zona liberada de Chalatenango.

2.1.7. La mujer en el campo.

La mejor descripción de la vida cotidiana de una campesina salvadoreña pertenece a la literatura. Un día en la vida, de Manlio Argueta, empieza: "No hay día de Dios que no esté de pie a las cinco de la mañana. Cuando el gallo ha cantado un montón de veces ya voy para arriba. Cuando el cielo está todavía oscuro y sólo es cruzado por el silbido de un pájaro volando, me levanto" (34).

De hecho, a pesar de muchas campesinas, y todavía más campesinos, digan que la mujer no trabaja, su jornada va de sol a sol. Se levanta a prender el fuego, a desgranar y moler el maíz, a preparar café. Mientras la familia desayuna, ella le da de comer a las gallinas y limpia el patio; si tiene puercos los atiende. Luego viene la hora de lavar la ropa e ir a acarrear el agua, la limpieza de la casa, el cuidado de los niños y la preparación de la comida. A las doce, trae el almuerzo a los hombres que están en el campo desde las seis de la mañana. En la tarde vuelve a acarrear agua, corta la leña, prepara la masa para las tortillas, mata y limpia las gallinas, recoge los huevos, prepara conservas y cocina. A las siete de la noche la cena está lista (a veces apenas unos frijoles y tortillas, pero si tiene vacas está también la cuajada que procesó la tarde del día anterior). Antes de ir a dormir, tiene que preparar los niños para el día siguiente, la confección de ropa y el surcido.

Si la familia tiene tierra, la mujer trabaja en la milpa, lo que le hizo afirmar a Rosa, 52 años, un hijo de 22 años y

(34) Manlio Argueta, Un día en la vida, ob. cit. p. 7.

una ahijada de 18 a cargo:

"La primera vez me casé a los 16 años. El hombre fué a hablar con mi mamá y como era bien rico, tenía vacas y tierrita, me llevó. Entonces yo me levantaba a las cuatro para ordeñar, luego cocinaba y después a la milpa. Teníamos muchos pleitos porque yo no me quedaba embarazada, pero yo creo que porque trabajaba demasiado, por la mucha fuerza que hacía, los hijos se me iban. La tarde era acarrear agua, cortar leña. Tenía dos señoras que me ayudaban, pero trabajaban como yo, mucho. Y cuando el señor se me murió, él era muy viejo verá, yo entonces me dije: 'si me vuelvo a casar, me caso con un hombre pobrecito, que sólo tenga su machete' y verá que con el señor que tengo, este viejito, vivimos muy humildes pero yo ya no me desgasté tanto y ya cuando era viejita tuve a mi hijo, que ahora se fué a San Miguel, porque aquí los hombres ya no pueden vivir. Verá, entonces no había guerra, y yo iba a vender, preparaba pan o iba a recoger fruta y la vendía en el mercado. Era muy bonito porque una conocía mucho y no se cansaba, pues no mucho sólo lo normal, porque cuando uno nace campesino siempre ha de trabajar". (Usulután, mayo de 1984).

a) Las campesinas

El trabajo de las campesinas se complica por la falta de tierra y por ser la suya una economía predominantemente familiar. Hombres y mujeres, están obligados a desplazarse de un cantón a otro en las épocas de recolección de algodón y café.

o para la zafra de la caña. Estos proletarios agrícolas no gozan del derecho a la estabilidad en su trabajo y, termina da la temporada, deben volver a sus lugares de origen. Tienen la obligación de trabajar más allá de los límites de un día ordinario de 8 horas, sin derecho a un sueldo mayor (35). Las mujeres ganan un 20 por ciento menos que los hombres (36), y a veces, debido a la necesidad de encontrar cualquier trabajo, aceptan obtener un salario 35 o 50 por ciento inferior al establecido, lo que le gana la enemistad de muchos hombres: "como nuestro trabajo es más fino y ligero los caporales de las haciendas prefieren emplear mujeres. Pero les pagan la mitad" (37).

Esta situación, en el marco de las actuales condiciones de trabajo y de tenencia de tierra, no tienen solución. El Salvador es el país más densamente poblado de América (390 habitantes por kilómetro cuadrado). El sesenta por ciento de la tierra cultivable pertenece al dos por ciento de la población, mientras el 56 por ciento de la población rural posee poco más del veinte por ciento de la misma y el 40 por ciento no tiene tierra alguna (38).

- (35) Artículos 87 y 88 del Código de Trabajo para los agricultores de temporada.
- (36) Ministerio de Planificación y Coordinación del Desarrollo Económico y Social, Indicadores Económicos y sociales. julio-diciembre 1981, San Salvador, septiembre de 1982.
- (37) Blanche Petrich, "Cuatrocientas madres salvadoreñas para un preso", Fem, n. 29, septiembre de 1983, p. 49.
- (38) Centro de Documentación de SALPRESS.

Asimismo, las zonas rurales son las más fuertemente golpeadas por la situación de guerra y sobretodo por las invasiones y bombardeos del ejército. Aunque en 1984, el gobierno de mócrata cristiano haya implementado una Reforma Agraria, ésta afecta sólo el 7 por ciento de las tierras cultivables y las cooperativas agrícolas que ha implementado se han convertido en polos de influencia gubernamental o no reciben ayuda económica ni créditos.

No obstante, en algunas cooperativas, se lucha para mantener una cierta independencia del gobierno y la presencia de mujeres que se organizan en el trabajo ha provocado un cambio tanto en su propia conciencia como en sus relaciones con los hombres y el trabajo.

Floria trabaja en una cooperativa en Santa Ana. A los 23 años aún no quiere casarse y su posición sobre la situación de las mujeres denota ya una apertura hacia nuevas perspectivas de vida:

"Hace tiempo que empecé a trabajar con las cooperativas de los campesinos. Yo vivía antes en la zona oriental con mis papás, pero ellos no me dejaban participar, ni con la iglesia, ni en nada, porque dicen que la mujer ha nacido para que esté en la casa, para hacer los oficios de la cocina. Yo me hice amiga de una catequista, ella me enseñó la vida que hacía y a mí me gustó mucho. Pero no sabía cómo hacer para participar, cómo hacer para salir si al llegar a casa me regañaban. Luego se dió la insurrección en 1981 y mi amiga se fue como brigadista de salud y se fue para el campo a traba-

jar con los campesinos. Me dijo: "Mira, yo quiero que vos participes un poquito más". Yo tenía mucho miedo, pero fui con mi papá y le dije que yo me iba con mi amiga. Y mi mamá decía que cómo yo, siendo hembra, me iba a salir del hogar, si los varones nunca la habían dejado; me decía que era una gran desobediente. Entonces le dije: "Si es porque la quiero que me voy, mamá". Pero ella nada, decía que no la quería, que no quería a mis sobrinos. Pues, así fue la despedida de mi casa. Luego a mi amiga la ajarraron y la desaparecieron y me quedé sola. Una semana antes ella me dijo: "Gloria, ¿vos creés que nos vamos a separar?". Y la mañana que se fué para el campo a llevar las medicinas para unos niños que les salían granos, me dejó una carta. Eran como las cinco de la mañana y a mí me devoraba la curiosidad y empecé la leer la carta. Me decía: "A veces como mujer una tiene que caminar sola y tiene que aprender a pararse con los piés porque no todo el tiempo va a haber alguien que te esté guiando". Ella me quería decir que tenía que ser más independiente de ella, pero la verdad es que después de su captura yo no le tenía sentido a la vida, incluso ni en el trabajo: me sentía sola. Luego en unas convivencias, conocí a unos campesinos de la zona occidental, Santa Ana, Ahuachapán y Sonsonate y, para octubre que son los cortes de café, fui a cortar café. Estando allá me hice amiga de la gente. Había unos celebradores de la palabra que dijeron que sería bueno que les fuera a ayudar

y decidí irme a vivir a Santa Ana sola, con los campesinos, en las cooperativas agrícolas y empecé a trabajar con ellos en agricultura, a ganarme la vida como promotora agrícola en una cooperativa independiente del gobierno.

Existía al principio un machismo terrible, que la mujer es de la casa, que no debe salir. Pero desde el año pasado he montado una campaña de que la mujer tiene los mismos derechos del hombre y cuando todos caminamos juntos la vida es más fácil. Les digo "si sólo el hombre está en la milpa y la mujer trabajando con los niños, el trabajo es muy aburrido. Es más bonita la vida cuando el hombre y la mujer luchan juntos y con todos sus hijos". Y como también los hombres tienen los prejuicios de los celos, andando juntos se les quitan. Ahora, la mujer participa en los comités de salud, la alfabetización, en cultivar, pero al gobierno no le gusta y dice por eso que somos subversivos. Cuando llegué a la cooperativa empecé a ver si las mujeres se incorporaban a la catequesis. Se metieron a coro, eso fue empezar a salir de la casa. Estudiamos un poco sobre la mujer, decidimos que ella es la semilla porque es la que está produciendo los hijos. Antes las mujeres no se respetaban para nada; aunque es sólo por los hijos ahora quieren saber, están más seguras. Cuando me metí a las cosas de la iglesia, tenía la idea de ser monja, pero luego conociendo la vida me parece injusto estar encerrada seis meses en un colegio

para realizar esa misión. Quiero seguir en lo mío y especializarme un poco, estudiar las leyes del cooperativismo.

Cuando vivía con mis papás me dí cuenta que nos educaban a las mujeres como sargentos, nos limitaban la libertad, estaban pendientes si una sale y si tarda en algún mandado. Yo tengo unas amigas en el cantón cuyos papás son tan estrictos que nos las dejan tener novios ni amigos, apenas se fijan en uno es para acompañarse de un sólo: parece que lo hacen porque no tuvieron la libertad de conocer a nadie en su vida tan encerrada. Con mi amiga hablábamos de que la mujer no ha nacido sólo para tener hijos, cuando desapareció supe que era cierto pero que la soledad es muy dura. Ahora yo veo que es muy importante trabajar con las mujeres porque hay pastoral de niños, de conjunto, de catequistas, pero no hay pastoral de mujeres y yo siento que es importante dedicar un tiempo especial para la mujer que es reprimida en su niñez por los padres, y cuando se casa lo es por el marido. Total, la mujer tiene una vida de esclavo, sin libertad. Eso es el machismo que nos ata y por eso hay que abrir un espacio para la participación de la mujer.

Yo no puedo decir que estoy liberada porque estoy en este ambiente machista y tengo que adaptarme a algunas cuestiones para poder en el campo ayudar a las demás mujeres, para que todas caminemos en nuestra lucha de liberación. Si una llega de un sólo a romper con todo

el esquema machista, le entienden mal el trabajo. Estar en la casa, preparar la comida, lavar la ropa, todo eso hay que hacerlo para ganarse la confianza de la gente. Luego viene el momento de empezar a romper, a ambientar se: agarrar la amistad de ellos y luego cuando es tiempo, romper.

Nosotras hacemos ronda de mujeres y les digo: "Fíjense como nos desvalorizan cuando nos usan para un anuncio comercial que ni siquiera coincide con el producto". Le digo así y más, le digo que misa, tierra, Biblia, son palabras femeninas, que no es cierto que las mujeres son frezadas e inducen al mal al hombre. Estamos haciendo la lucha de la mujer pero es un proceso bastante largo. No estamos pretendiendo hacernos machistas feministas, sino queremos luchar por tener una mejor comunidad, una mejor familia y eso depende de nosotras. Si no lo hacemos ¿quién lo va a hacer? Nadie va a luchar por nosotras, sino nosotras mismas las mujeres porque somos las que sufrimos en carne propia la opresión".

(Santa Ana, septiembre de 1986).

b) Las comerciantes:

Además de las campesinas consagradas a las tareas propias de la producción agrícola, en las zonas rurales viven también otros sectores femeninos dedicados al trabajo remunerado. Entre ellos es fuerte la presencia de las comerciantes. Su día se asemeja bastante al de las campesinas, sólo que, en vez de trabajar la tierra, se desplazan de un cantón a otro para la

compra-venta de productos a veces manufacturados por ellas mismas, otras de marcos comerciales. Generalmente, se trata de mujeres muy poco politizadas que sufren o han sufrido la represión sin enfrentarla. Tienen conciencia de la importancia de su independencia económica, pero la relacionan siempre con el bienestar familiar.

Armida, con tres hijos, casada, de Sesori, relata su vida:

"Mi mamá era una señora alta, gorda y blanca que tuvo 11 hijos. Yo era la mayor, había 10 después de mí. Crecimos en el campo. Mi mamá quedó viuda; cuando yo tenía 6 años me puso a estudiar hasta cuarto grado nada más. Así crecimos en el Cantón La Joya. A los 12 años me vine para acá porque mi mamá tenía muchas hembras y tenía miedo por eso, porque una prima mía que vivía cerca de la casa se la llevaron a la fuerza a los doce años y sólo al año la dejaron que fuera a ver a sus papás y ya tenía un hijo. Entonces nos venimos para acá. Cada quien de las hermanas nos casamos. Yo tengo tres hijos. Comencé a trabajar. Siempre me ha gustado la costura. Puse bastante interés en aprender a coser. Entonces mi vida cuando recién casada fue de costurera, luego compré este lugar. Pensé poner un negocio. Lo puse bien pequeñito, con lo de la costura. Luego algunas casas comerciales me dieron créditos. Aquí la mayoría de las mujeres trabajan. La que no trabaja en una cosa, trabaja en otra. Antes de la guerra los hombres eran algo así como drásticos, pero por la situación de guerra que hemos vivido, el hombre se

ha humillado un poco. Antes en el campo si una mujer le gustaba, si le hablaba y no le hacía caso, se la llevaba a la fuerza. Yo eso lo ví, porque como mi mamá me mandaba por todos lados con los repollos, pan, cortes, galletas, dulces, tomates, y me arreglaba así, con las canastitas. Luego vino la guerra y a mí me daba miedo ir a las zonas porque los soldados ahí mataban por gusto o por robarle el dinero a uno. Pero fuera del ejército, ahora los hombres respetan más a las mujeres. La cosa es que la guerrilla le pone un castigo si se roban a las mujeres y como ellos también son autoridades, sí se hacen respetar. Es importante que la mujer se respete porque la mujer es indefensa, una mujer no tiene las mismas fuerzas del hombre. Por eso me daba miedo salir al campo.

Espero que Dios me ayude para que mis hijos no vayan a sufrir tanto. Porque nos ha tocado sufrir tanto esta situación de guerra. En el 81 fué que se puso peor. Aquí mataban la gente en la noche. Llegaban, tocaban a las puertas y sacaban gente: mujeres, hombres y los mataban. Una señora de mi edad, allí, en la esquina, la violaron y la mataron. Todo eso me hizo sacar los instintos y antes de que una persona de la familia fuera afectada, mandé a mi esposo a San Miguel, total yo tenía miedo pero podía trabajar. Y los tres hijos los mandé también. Dije: "si me muero, se queda el otro con los hijos".

(Sesori, agosto de 1986)

2.2 LA VIDA COTIDIANA DE LAS MUJERES EN LAS ZONAS DE CONTROL GUERRILLERO

Siendo rurales, las zonas de control guerrillero viven, exasperados, los problemas de seguridad de todo el campo salvadoreño. Bombardeos, ametrallamientos, napalm y fósforo blanco caen sobre una población en gran parte compuesta por campesinos, ganaderos, comerciantes y, desde 1981, maestros, religiosos, militantes y, obvia pero minoritariamente, guerrilleros.

Según los protocolos a los Convenios de Ginebra: "se consideran como indiscriminados los ataques que tengan como objetivo militar único varios objetivos militares precisos e claramente separados situados en una ciudad, un pueblo, una aldea u otra zona en que haya concentración análoga de personas civiles e bienes de carácter civil" (39). No obstante, en El Salvador, la presencia de guerrilleros en una zona de control, desata agresiones militares tendientes a desestabilizar las formas organizativas populares surgidas en tales zonas, propagar el pánico entre la población civil, y a destruir sus siembras, su ganado y viviendas, con el fin de obligarla a desplazarse y crear así el vacío alrededor de las organizaciones guerrilleras.

Ahora bien, una zona de control guerrillero no es tan sólo un territorio ocupado militarmente por la insurgencia, sino una región en la que se gesta una nueva forma de organización socio-política: los Poderes Populares.

(39) Normas Fundamentales de los Convenios de Ginebra y de sus protocolos adicionales, Comité Internacional de la Cruz Roja, Ginebra, 1983, p. I, 49, p. 36.

Según Elena, responsable del Comité Femenino en la zona bajo control guerrillero de Chalatenango:

"El Poder Popular se compone por un secretario general, un jefe de milicias y un jefe de abastecimiento. El abastecimiento se encarga de recoger víveres para la base, plantear como se va a ir cultivando todo para la gente de masa. El jefe de milicias es responsable de que esté la posta, para toda la seguridad. El secretario general coordina todos los asuntos....Las masas son encargadas de toda la producción. Los combatientes no trabajan en eso....su papel es defender a las masas y las masas tienen que sostenerlos a ellos, como ahora que ya está la cosecha de rábanos, tomates; eso es para todos porque a ellos, los combatientes, no les queda lugar de recoger alimentos y entonces el Poder Popular se entiende de que a nadie le falte su alimento" (40).

Asimismo, en los Poderes Populares están representadas las diferentes organizaciones de masas que se encargan de plantear sus demandas frente al Secretario General y a través de las cuales se coordina el trabajo a desarrollar y se planifican las tareas según los momentos y las situaciones que atraviesa la comunidad: siembra, pesca, preparación de alimentos, retiradas, evangelización, alfabetización, autodefensa, cuidado de los niños y cosechas (41).

Las mujeres, tanto como pobladoras de las zonas de bajo control guerrillero, como mediante sus organizaciones específicas (AMES; AMPES, CUMS, ASMUSA, Asociación Lil Milagro),

(40) En AMES, Desde los frentes, México, 1983, p.8

(41) José Ventura, El Poder Popular en El Salvador, Mex-Sur, México, 1983.

están presentes en la organización social de los Poderes Populares.

Según Letty, miembro del Estado Mayor del Frente Norte en 1982:

"Hay muchas compañeras en las milicias, están en las tareas de cooperativas de producción, viven en sus hogares pero participan en hacer zanjas, van a hacer seguridad en sus bases. También se han integrado a las tareas de organizaciones de masas y...hay incorporación de las mujeres en las tareas de educación política de la guerrilla, de las milicias, de las mismas masas organizadas" (42).

Ahora bien, en las zonas de control guerrillero, como en las zonas de gobierno, muchas de las tareas de las mujeres parecen ser extensiones de los roles femeninos tradicionales. Por ejemplo, son la totalidad de las cocineras, el 80% de las unidades de rescate y de los cuerpos de salud, el 60% de los alfabetizadores, el 80% de los sastres (43). Sin embargo, estas ocupaciones pierden parte de sus características de relegación sexual para adquirir, en el nuevo contexto, un significado más amplio de aporte popular paritario. No es una casualidad que en los Poderes Populares se tomen en cuenta sus decisiones y respeten las medidas por ellas propuestas, ni que, por lo menos en Chalatenango, uno de los crímenes civiles más duramente castigados sea la violación y que la víctima decida la pena (44). Paralelamente, es sintomático que existan gru-

(42) Desde los frentes, ob. cit., p. 6-7.

(43) Según datos de AMES.

(44) Marilyn Thomson, Women of El Salvador, ob. cit., p.130.

pos de mujeres encargadas de la enseñanza en el uso de métodos anticonceptivos y que las relaciones extramaritales empiecen a ser penadas también para los hombres. Asimismo, en casi todos los campamentos existen guarderías para que las madres puedan acudir tranquilamente tanto a sus tareas de producción, autodefensa, organización política, como a los cursos de alfabetización para adultos.

Su vida cotidiana, por lo tanto, cambia radicalmente de la de una campesina en las zonas de control gubernamental y en algunos casos le da pautas para una reflexión sobre su propia condición.

2.2.1. Las religiosas.

Antes del conflicto, el 90% de la población salvadoreña era católica, hoy en día, debido a la falta de un censo y por la creciente presencia de iglesias evangelistas que actúan en el país con apoyo de las autoridades gubernamentales, no puede precisarse el número de creyentes de las diferentes religiones.

No obstante, la fé de los salvadoreños es uno de sus rasgos culturales más evidentes y que más profundamente influencia su visión de la vida y el quehacer cultural y político.

En las zonas de control guerrillero, la presencia de sectas evangélicas es prácticamente inexistente y el catolicismo, la religión profesada por la casi totalidad del campesinado. Aún entre las masas organizadas y algunos militantes, el catolicismo mantiene sus características de concientización hacia los demás.

Según Elena:

"Yo me empecé a organizar por medio de la religión. En San Antonio de Los Ranchos, las religiosas daban todos los sábados reuniones, charlas y decían que no sirve estar sólo rezando y cantando ahí. Que venían tiempos feos y que teníamos que resistir. Leíamos un trozo de la Biblia y ellas nos preguntaban si uno va comprometiéndose, qué había quedado en la memoria, hacían preguntas y así, bien lento, despacio"(45).

El compromiso de los católicos con "la iglesia de los pobres" además se manifestó en la creación de la Coordinación Nacional de la Iglesia Popular (CONIP) y del Concilio de Comunidades Eclesiales de Base (CEBES), organizaciones en la que participaban sacerdotes, religiosas, agentes de pastoral y, obviamente, los miembros de las comunidades de base que en los '70 se multiplicaron gracias a los aportes de los seguidores de las teorías de Medellín y el apoyo de Monseñor Romero, el arzobispo mártir de El Salvador que hoy es venerado por las multitudes como un santo.

La presencia de las mujeres en estas organizaciones de base es fuerte y decidida. Muchas de ellas "celebran la palabra", o sea leen y comentan trozos de Biblia, otras han transformado su credo religioso en un sostén de su actividad política.

Dos religiosas, pertenecientes a la Pequeña Comunidad de Hermanas Misioneras, se trasladaron de la capital a las zonas de control guerrillero a pesar de la prohibición de las autoridades eclesiales, opinando que es ahí donde hay cristia

(45) En Desde los Frentes, ob. cit., p.9.

nos desatendidos que ellas deben de estar. Una de ellas radica en Chalatenango, la otra en las zonas de San Vicente y Morazán.

María Isabel, religiosa de 36 años, está conciente de su papel como monja y como mujer en la zona de Morazán. Su posición ideológica y su práctica cotidiana surgen de una socialización de su vida individual:

"Como religiosa, desde hace ya años, vengo trabajando en las comunidades que empiezan desde la base. Al inicio en San Salvador, en zonas marginales donde he encontrado cristianos en la miseria, en la pobreza, y los más sensibles hacia lo que es el acercamiento a la palabra de Dios. Las comunidades de base fueron comprometiéndome a participar más. En realidad fue nuestro pueblo el que me empujó en mi compromiso para ir a trabajar en el campo. Fue a final de 1980, que era también el tiempo en que la situación de nuestro país se agudizaba. En ese momento, permanecer en el campo, respondía a una eficiencia plenamente evangélica y sobretodo a esa pastoral de Monseñor Romero, la que llamamos Pastoral de Acompañamiento, o sea la pastoral que acompaña a los cristianos más abandonados y más sufridos. Con otras tres hermanas nos fuimos a tratar de permanecer con parroquias enteras que en ese momento quedaban abandonadas ya que unos sacerdotes fueron asesinados, como la donde yo trabajé los primeros tres años, la del Cerro de San Pedro, en San Vicente. El párroco a quien le pertenecía esa parroquia, Napoleón, fue asesinado en agosto de 1980.

Entonces consideramos que nuestra presencia era importan
te, aunque no teníamos el apoyo, digamos el reconocimien
to, de la iglesia jerárquica. La experiencia ha sido ma-
ravillosa. En ese año que yo llegué, había un total de
12 mil habitantes con una fé bien fuerte y bien firme.
Hemos podido experimentar el sufrimiento que la guerra
trae, pero cómo la fé cristiana los motiva. Yo sentí tam
bién que en mi fé hubo cambios, desde entonces creí con
mayor firmeza y mayor solidificación. Mi fé entró en un
verdadero contacto con el sufrimiento del pueblo más po-
bre. Esa etapa, para mí, fue como una escuela, porque ví
cómo el sufrimiento del pueblo se unía con el sufrimien-
to del Cristo y que de ahí nacía la libertad.

Luego me fui para Morazan, ahí las comunidades cris
tianas se niegan a refugiarse y ahí aprendí qué comproni
so debe tener la iglesia cuando está en guerra. Es impo-
sible ser una religiosa que viva sus años encerrada en
un convento, en un colegio educando, o qué sé yo, esas
cosas que hacen las religiosas. Estoy contenta de poder
realizar mi vocación dentro del pueblo.

Nosotras vivíamos como los campesinos, nos levantábamos,
teníamos el horario que tiene la jornada campesina: estar
levantada a las cuatro y media de la mañana, tomar cami-
no para cualquier comunidad, tener reuniones con los ni-
ños, con los catequistas o con matrimonios. También me
integraba a los trabajos de la comunidad: algunas siem-
bras, los oficios de la casa. Luego de una semana de es-
tar en una comunidad, salíamos hacia otra; siempre en las

casas, siempre entregándonos a las familias.

En el campo, tradicionalmente todas las tareas de la casa son de las mujeres, pero a partir de la guerra y de la concientización que se ha hecho, los hombres están obligados a participar en las tareas del hogar. También otra cosa importante en el trabajo pastoral es que hay muchas mujeres que toman la responsabilidad, que son catequistas, que dirigen grupos, que hace la celebración de la palabra, cosas que antes no existían. Los hombres no han cedido, sino que se las ha conquistado la mujer, como ha de ser. No podemos negar que nuestra iglesia, la iglesia católica, ha sido muy discriminadora, y es todavía discriminadora, con la mujer. Casi sólo el hombre ha tenido mayor participación, en el hecho de ser sacerdote. Pero ahora la mujer es un fruto de la formación de las comunidades de base, un fruto nacido a partir de Medellín. Además el trabajo nuestro se desarrollaba en zonas del FMLN y si hay una cosa que vale mencionar es cómo la revolución ha permitido el desarrollo bien grande de la mujer, no sólo en los grupos organizados, no sólo en el trabajo militar, sino también en cómo la mujer ahí ha logrado desarrollar las cualidades que como mujer tiene sacándolas de la marginación. Al tener iguales responsabilidades, las mujeres en la revolución exigieron iguales derechos, sobretodo a la mayor participación en la sociedad, una mayor libertad y posibilidad de expresar y decir lo que piensa. También el derecho dentro del hogar: aprendió a hablar frente al

hombre y a pelear. Y también es que desde la revolución, como la violación es muy castigada, la mujer se siente más tranquila. Y además la alfabetización la ha ayudado mucho. Es que en el campo, cuando había una escuela lejana, el papá siempre decía: "bueno, al varón lo mandamos porque corre menos peligros y la mujer se queda en la casa haciendo los oficios". También por eso, la que mayor problemas ha tenido para ser alfabetizada ha sido la mujer.

En cuanto a mí, también vivir en el campo me ha abierto como mujer. Por ejemplo, celebrar la palabra no fue para mí nuevo, pero una vez hicimos la celebración de la misa con otras hermanas religiosas que trabajan en las comunidades. Y lo hacíamos nosotras con una aceptación muy grande, probablemente porque en las comunidades hay un nivel de conciencia cristiana muy avanzada. En el campo a mí me ha tocado bautizar, y casar, y escuchar a la gente ante sus problemas. Cuando me tocó por primera vez casar a unas parejas, yo no lo quería hacer, me sentí muy incómoda porque la gente llegó repentinamente en una celebración donde estábamos bautizando a unos 36 niños. Se presentaron dos parejas para que las casara. Yo dije: "bueno, no puedo casarlos, sería mejor que ustedes logren salir un día de aquí para que los casara un padre, o que lleven su vida como pareja y que se queden así, pues el sacramento del matrimonio es el amor que ustedes se tienen", Y ellos: "No, tan igual es que nos case usted a que nos case un sacerdote". Entonces yo sentí

que ellos eran más abiertos que yo.

El Vaticano sigue sosteniendo la marginación de la mujer, pero a nosotras como mujeres ya no nos afecta. Un día tarde o temprano la Iglesia va a reflexionar, porque a nosotras las mujeres que estamos claras de nuestro trabajo pastoral, nuestro quehacer en la evangelización, ya no nos puede parar". (San Salvador septiembre de 1986).

2.2.2. Las alfabetizadoras.

Un interés muy especial han puesto los Poderes Populares en la alfabetización de niños y adultos. A pesar de que los aspectos educativos serán trabajados ulteriormente en el Capítulo III, aquí quisiera resaltar que el cuerpo de alfabetizadores, tanto los que han llegado de las ciudades como los que se han formado en las zonas mediante un sistema de aprendizaje-enseñanza, está constituido en un setenta por ciento por mujeres.

Antes que yo, Elizabeth Maier había resaltado que aún en las revoluciones, la enseñanza representa un "estiramiento" de la vida familiar en lo económico: "dado que como madres educan a sus hijos, las mujeres son aceptadas en la sociedad como maestras" (46). No obstante, en las zonas de control guerrillero, las maestras no sólo atienden a los niños, sino que -siempre en el día por no poder prender luces en la noche debido al miedo a ser detectadas por los bombarderos- tienen cursos para adultos en que hombres y mujeres aprenden a relacionar su vida cotidiana, su trabajo y su situación histórico-social con lo que ellas enseñan.

(46) Elizabeth Maier, Las sandinistas, ob. cit. p.56.

Una maestra de ANDES en Guazapa relata parte de su trabajo con los adultos:

"Hay una ciencia popular muy rica, pero también hay muchos mitos sobre los fenómenos que ellos no se pueden explicar. Una vez que se despierta el interés, son interminables las preguntas. Al principio casi nunca hacemos un plan curricular para las ciencias sociales y naturales.

Nuestra guía es la curiosidad sobre los hechos y los fenómenos.

Simplemente preguntamos: "¿Qué quieren aprender hoy sobre la naturaleza?" Entonces se levanta en la pizarra la lista de inquietudes, no a todas se les puede dar respuesta ese día. Porque hacen unas preguntas que requieren de investigación. Son preguntas de lo más variado, pero todas tienen que ver con cuestiones prácticas porque no surgen de un libro, sino de ellos.

Algunos ejemplos que recuerdo:

- ¿Es cierto que si uno come mazacuata (culebra) después el cuerpo no aguanta la anestesia?

- ¿Por qué el paludismo da muchas veces y no otras enfermedades como el sarampión, una sola vez y ya estuvo?

- ¿Por qué es que el sol le da vuelta a la tierra?

Cuando no hay nadie que sabe la respuesta, entonces se deja a consulta para traer las respuestas a clase.

Allí no hay presiones ni prejuicios de que un maestro lo tiene que saber todo. Todos lo conocen y saben que él es

maestro porque puede un poco más que ellos o porque ese es su trabajo y se prepara para ellos en sus seminarios" (47).

Asimismo, las maestras deben aprender y participar de las otras labores del grupo humano en que viven. Con los niños, son las encargadas de enseñarles las medidas de seguridad necesarias en caso de bombardeo o de invasión militar; con los adultos, las medidas de higiene para evitar enfermedades para las que no tienen medicinas.

Su día, como el de los demás, no tiene horarios fijos ni descansos. Fuera de los cursos que imparten, participan en las tareas de autodefensa, en la cocina, en la producción (sobretudo durante las épocas de mayor trabajo), en la siembra y la cosecha. Varias de ellas admiten que se trata de una vida más integral de la que puede desarrollar una maestra o cualquier otra trabajadora en la ciudad, porque, gracias a la existencia de guarderías populares y de la colectivización de las tareas del hogar, no se sienten divididas entre diversos trabajos, ni culpables por dejar a sus hijos solos.

2.2.3. Las campesinas.

Es interesante notar que en todos los testimonios de campesinas residentes en las zonas de control guerrillero el peso principal de su cotidianidad no recae en el trabajo, sino en el miedo a las invasiones y en las tareas suplementarias que les impone la guerra: excavar refugios (tatús), esconder las cosechas, sembrar en quebradas protegidas por las malezas, re-

(47) ANDES 21 DE JUNIO, "Entrevistas a una maestra popular voluntaria del Cerro de Guazapa, El Salvador", en Realidad Educativa en El Salvador, s/f, s/i, pero seguramente publicado en los primeros meses de 1986.

tirarse (guindas). A primera vista podría pensarse que se trata del interés especial que ponen las mujeres hacia tareas que le eran desconocidas hasta hace poco y que se suman a las cargas laborales antiguas que, sin estar atenuadas por la nueva situación de producción, han perdido atractivo para ellas. Sin embargo, por lo menos en tres de ellas he podido notar que hay una simpatía particular hacia el nuevo modo de producción y las formas de vida comunitarias. Así, Están contentas de las actividades extraproductivas que se llevan a cabo en su zona: alfabetización, participación política, teatrillos, etc., aunque no signifiquen precisamente una disminución en su jornada laboral.

Ana tiene 63 años, es viuda y de sus siete hijos, le queda viva una que se ha casado y vive en otro cantón:

"Es que mi casita no se me ha caído por completo, entonces se vienen a comer ahí y a veces duermen también. Hay unos que son muy buenos conmigo, verdad. Yo le cocino y ellos me ayudan, si tienen algo de su dinerito me pagan, otras veces me traen que maíz, que frijoles, que un animalito que se cazaron por ahí. Cuando estamos de guinda y vemos esos aviones que ametrallan y bombardean y luego que se viene la invasión, la ruego a Diosito que no me destruyan esa mi casita. Y entonces camino y tengo miedo y digo que Diosito me va a castigar porque a muchos ya le destruyeron la casita y los mataron, mientras yo estoy caminando. A veces tengo que cuidar a los niños de otras mujeres que en la guinda tienen sus responsabilidades y no los pueden andar chineando. Hay que hacer que no se

anden llorando porque así lo pueden detectar a uno y uno tiene también mucha rabia porque sabe que van a destruir la cosecha y que ahí está el trabajo de todos, y es un trabajo duro, siempre de día, siempre a escondidas. En los tatús hay que hacer que los cipotes callen y rezar que no lo descubran a uno. Pero una vez un cipote me reconoció de un teatro que había hecho yo, sí así viejita como soy a veces me dicen "Ana por qué usted no participa como si fuera una enfermera o haciendo lo que hace es su casa" y a mí me daba vergüenza pero después me da risa. Y entonces el cipote me reconoció y me dijo que me iba a obedecer porque me había reconocido. Pero a veces hay cosas muy feas, se mueren unos muchachos que vienen a mi casa y me da mucho pesar, ellos son buenos conmigo, como hijos me traen para comer. Yo tan viejita ya no puedo trabajar en las milpas porque no me puedo escapar y entonces ellos me traen para vivir y si se mueren es como si se muere un hijo de una. Una vez una muchacha me dijo: "Ana, usted es como nuestra nana", después supe que la habían matado en una guinda porque se quedó atrás como para defendernos y me dió mucha pena. Nosotros sufrimos mucho, verdad, en las guindas, pero las maestras nos dicen que no somos pobres porque somos un pueblo que hace su historia y una como que le cree a los maestros porque siempre están con uno. Fijese que yo me sabía un poco de eso de escribir y leer, me defendía, pues, pero eso que la guerra se puede explicar no me lo sabía, y eso que los Estados Unidos

envían bombas por su gobierno pero que hay también gente en los Estados Unidos que nos ayuda, eso tampoco me lo sabía. Entonces yo quiero aprender más para escribirle que no nos envíen más bombas para que nosotros podamos volver a vivir en paz como antes, pero no como antes porque ahora como viejita si fuera como antes yo debería de morirme de hambre y no, ahora puedo trabajar aunque no en la milpa. Es como si una ahora tuviera muchos hijos y todos pensarán también en una, verdad". (Usulután, mayo de 1984).

Otro aspecto interesante de los cambios en la relación trabajo-vida cotidiana, se vincula con la creación de cooperativas agrícolas en las zonas controladas por el FMLN mediante un programa de "Reforma Agraria" que expropió a los grandes terratenientes la totalidad de sus campos, respetando sólo la pequeña propiedad privada de campesinos que podían autoabastecerse. Mujeres, hombres y niños están conscientes de la función social que tiene su trabajo y del intercambio que produce con otros servicios. La prácticamente inexistente circulación de dinero, ha convertido el aporte productivo de cada quien en un engranaje de la máquina social. En Chalatenango, por ejemplo, Los Poderes Populares dirigen y reparten la producción agropecuaria, los servicios de salud y los hospitales de campo, la alfabetización, la autodefensa, la distribución, las guarderías. La repartición alimentaria está supeditada al número de hijos (se trata de guardar la leche, en caso de que haya, para los niños menores de diez años, en razón de un vaso al día) y al número de adultos que una familia o comunidad a-

limenta. La medicina es socializada y, siempre en el caso de existencias de vacunas, los Poderes Populares se encargan de promover campañas sanitarias. En la enseñanza, además son incluidos programas de educación a la higiene.

De estas divisiones del trabajo surge una nueva ubicación de la mujer que ha adquirido conciencia de su papel productivo y no sólo reproductivo en la sociedad.

2.2.4. Las militantes

En las zonas de control guerrillero, como en las ciudades, la militancia es un compromiso individual frente a determinadas situaciones y diferentes grupos humanos; no obstante en los Poderes Populares las tareas de las militantes tienen una mayor interdisciplinaria. Mujeres encargadas de sus gremios de producción, las militantes de las asociaciones femeninas, las defensoras de los derechos de los comerciantes o de los encargados de salud, las maestras organizadas, están todas integradas a las tareas de autodefensa y de construcción de una nueva sociedad.

En este caso me ocuparé de las militantes de las asociaciones de mujeres y más precisamente a las compañeras de AMES en Chalatenango, aunque sepa que las demás organizaciones de FEMUSA tienen tareas y desarrollos parecidos en otras zonas de control del FMLN.

AMES surge en 1978 cuando las mujeres empiezan a organizarse políticamente en las ciudades. En 1981, se traslada a las zonas bajo control guerrillero y participa activamente en el gobierno de los Poderes Populares. La mayoría de sus mili-

tantes reivindican un "feminismo revolucionario", inserto en un proyecto de transformación total de la sociedad:

"El ingreso de una mujer a la militancia en forma consciente implica un recorrido mucho más largo y arduo que el efectuado por el hombre, ya que es necesario saltar un sinnúmero de barreras para nuestra incorporación. Si valoramos estas barreras, es desde la partida un reconocido salto cualitativo. Obviamente ello no significa que hayamos solucionado nuestra problemática específica de ser mujer, ni que la militancia sea la panacea que permita alcanzar nuestra propia identidad. Sin embargo, pensamos que la característica del feminismo revolucionario es que éste se encuentra dentro de un proyecto de transformación total de la sociedad. También sabemos que la emancipación de la mujer es producto de un nivel de conciencia colectivo, surgido de una nueva ideología, y esa nueva ideología no será sino la resultante de una nueva estructuración de la sociedad sin propiedad privada y sin explotación del hombre por el hombre" (48).

En las zonas bajo control, la presencia de AMES se nota sobretodo en los rubros tradicionalmente ligados al trabajo femenino; no obstante tratan -en la medida en que la resistencia de las mismas mujeres por motivos religiosos o tradicionales se lo permit - de concientizar a las maestras para que en sus cursos erradiquen las prácticas discriminatorias entre niñas y niños basándose en el hecho de que ambos viven las mismas necesidades de trabajo y seguridad. En la educación de adultos im

(48) AMES, Cómo nacemos y qué hacemos, s/i, México, 1983.p-5.

pulsa la formación política e ideológica de las mujeres.

Integrantes de AMES se han unido a las enfermeras y estu-
diantes de medicina incorporadas a las Escuadras Sanitarias
para colaborar en los hospitales y en las campañas de sanidad
ambiental. Asimismo, trabajan con las ancianas para recuperar
todas las enseñanzas relativas a la fabricación y aplicación
de medicamentos naturales, demostrando que no sólo estos son
de por sí científicos sino que las mujeres que los utilizaban
eran parte de una cultura tan sexuada y socialmente válida co-
mo la de los hombres y sus químicas.

En las tareas agropecuarias, AMES cuenta con numerosas
campesinas que forman colectivos de producción y se encargan
de las requizas de ganado a los grandes propietarios para te-
ner la leche de los niños y permitir la elaboración de quesos
para la población.

Las campesinas, además, han organizado talleres de costu-
ra, alfarería, petates, para su propia capacitación técnica.
"En ese aspecto AMES aporta de manera valiosa en el desarro-
llo de un nuevo tipo de relaciones humanas y en la prepara-
ción desde la perspectiva del papel de la mujer para la nueva
sociedad. Como resultado de estas nuevas relaciones, mujeres
y hombres organizan el cuidado de los niños en guarderías,
permitiéndoles a ellas disponer de más tiempo para incorporar-
se a la producción y a otras tareas propias de la comunidad"
(49).

Finalmente, todas las militantes de AMES se desempeñan
en la autodefensa de las masas por la construcción de refugios
antiaéreos, trincheras, y en los Poderes Populares en cargos

(49) ibidem

de carácter organizativo representando las demandas de las mujeres.

2.2.5. Las guerrilleras

El FMLN no ha dado nunca a conocer el número exacto de los militantes incorporados a su ejército. No obstante, puede suponerse que la gente armada en las zonas de control guerrillero -entre unidades de vanguardia, de defensa de masas y de más batallones- alcance las 25 mil-30 mil personas. Un 20% de ellas son mujeres (50).

La participación armada de las guerrilleras ha sido la más comentada por libros y artículos referentes a la situación de las mujeres en la revolución salvadoreña. Es muy significativa, tanto que explica la supuesta no-discriminación del FMLN hacia las mujeres en un clima de trabajo paritario. Sin embargo, su vida cotidiana ha sido tomada muy pocas veces en consideración, y las diferenciaciones calladas.

Las combatientes, tanto en los batallones mixtos como en el famoso Pelotón Silvia -constituido por tres escuadras de puras mujeres y dirigido por la comandante Ileana- deben plejarse a una rígida disciplina militar. Marchas, ejercicios, preparación política, combates, conforman su cotidianidad, pero toda preparación militar es dejada de lado cuando se embarazan y deben ocuparse en las tareas maternas: "Cada mujer embarazada nos resta un combatiente. En un período de cinco meses no ha sido problema ni mucho menos. Por ejemplo, los niños que han nacido son de compas que se han incorporado a la guerrilla ya embarazadas. De que yo sepa han nacido unos cinco

(50) AMES, "Participación de la mujer", Boletín Internacional, n. 3, diciembre-febrero de 1982, s/1, p. 6-7.

o seis niños a nivel de combatientes. Estas compas están en tareas de sanidad, de cocina, etcétera" (51).

Las comandantes han sufrido, de una forma u otra, faltas de respeto a su rango, y críticas a su capacidad de mando. Para ser aceptada, una comandante debe demostrarse tres veces más valiente y abnegada que cualquier hombre. Y, algunas de ellas, han logrado ser saludadas por sus tropas sólo después de que otro comandante las saludara frente a los batallones reunidos (52).

En las relaciones amorosas, legalmente no sufren discriminaciones frente a sus compañeros:

"La costumbre en la organización es que cada compañero que quiere entablar relaciones maritales con una compañera, tiene que pedir permiso a sus jefes, entonces se hace colectivo y se les dice a los demás y ya saben del compromiso de los compañeros, y cuando se quieren separar, igual se avisa, se informa y ya se les da permiso" (53).

Toda relación no oficializada es castigada. El compañero Carlos recordaba que el día de su llegada a Chalatenango, asistió a una reunión en que se obligó a una compañera a hacer pública confesión de su actividad nocturna. A pesar de que ahí se mezclaban problemas de seguridad para todo el campamento -la compañera estaba encargada de una posta y se alejó de su puesto-, la mujer fue juzgada sobretodo porque "no había sabido resistir a las presiones del hombre, que también fue castigado".

(51) ibidem

(52) Marilyn Thomson, ob. cit., p. 127

(53) "Participación de la mujer", ob. cit., p. 7.

Anécdotas parecidas han sido relatadas por varios militantes y visitantes de las zonas bajo control. En éstas destacan las relativas a la situación de las y los homosexuales, generalmente marginados o expulsados por "degenerados". De una compañera con cargos de mando, Pedro, un militante, dijo que fue degradada por tener relaciones con otra guerrillera. Posteriormente, ambas prefirieron dejar el campamento.

Sin embargo, casi todas las militantes están de acuerdo con que una cierta rigidez de costumbres las ha favorecido porque la mentalidad del campesinado salvadoreño hubiera, de lo contrario, permitido un sinnúmero de relaciones masculinas y de paternidades irresponsables entre los militantes. Igualmente, consideran que las inevitables separaciones por motivos políticos y militares, crearían problemas de inseguridad emotiva más graves de los que ya sufren. Hay relaciones afectivas, por ejemplo, que se mantienen a pesar de que la pareja esté junta sólo dos o tres semanas al año.

De otro lado, no debe olvidarse que es a partir de la vida militar y de organización política que estas mujeres han adquirido seguridad en sí mismas y en sus acciones. Yuri, primer oficial del puesto de operaciones del Frente Sur Oriental Francisco Sánchez, lo señala:

"Las mujeres salvadoreñas estamos conquistando, con las armas en la mano nuestros derechos a la igualdad ante los hombres y ante la sociedad, así como estamos adquiriendo conciencia del grado de opresión que como mujeres teníamos en esta sociedad decadente que estamos transformando día con día, porque somos conscientes de

que las relaciones entre los sexos se transforman, al igual que las relaciones entre las clases, en la medida en que se transforma el modo de distribución de los bienes materiales" (53).

En la guerrilla, una de las conquistas de las mujeres ha sido obtener un duro castigo contra los violadores. Rebeca opina que dicha ley es un primer paso para que el cuerpo femenino no sea considerado un objeto de propiedad masculina:

"Las sociedades capitalistas no castigan al violador más que como un ladrón porque nuestro cuerpo es propiedad de los hombres, algo que como se usa puede también arruinarse: está en las reglas del juego. Castigar a la violación a la par que el asesinato es pues, castigar la lesa humanidad de la mujer. Y como la mujer es un ser humano y un ser social, los castigos contra la violación los toma el campamento entero. Se agarra al hombre, se le acusa frente a todo el mundo y son siempre las mujeres las que deciden el castigo. Mirá, en las soiedades capitalistas hay mujeres que dicen que son las mismas mujeres las que despiertan al violador, por sus vestidos, por su forma de caminar. No es cierto eso, el hombre viola a la mujer porque desde chiquito se le ha dicho que ésta es débil y que le pertenece como una cosa, que la puede tomar cuando se le viene en ganas. Desde chiquito le dicen que no es un ser humano, pues. Y entonces, si ella le dice que no o no le hace caso, el hombre la toma así como si no tuviera dinero para comprarse una cosa, la roba".

(53) Norma de Herrera, La mujer en la revolución salvadoreña, ob. cit., p. 75.

La revaloración de su fuerza física, la conciencia del trabajo comunitario y la presencia de una autoridad política que las respalda, les ha abierto los ojos sobre su sumisión en el seno de la familia. Ahora no sólo las mujeres denuncian la violencia de sus maridos, padres y hermanos, sino que empiezan a defenderse por ellas mismas con todos los medios a su disposición. En la historia de su vida, Rebeca relata la experiencia vivida en casa de unos campesinos en Chaltenango:

"Como yo vivo donde puedo, una vez me tocó estar en la casa de una campesina. Yo no tengo muy clara la vida de una relación de pareja porque siempre he vivido mi vida dentro de la organización más que dentro de una estructura de pareja. Pero recuerdo que siempre veía a la mujer trabajar para todos aunque yo la ayudaba y le decía que su marido y sus hijos varones también debían de hacerlo. Un día hablé mucho con ella. El marido la golpeaba y ella no lo decía porque le daba pena y porque creía que así siempre le pasa a las mujeres, que es natural. Entonces ella me miraba y decía que sí, que si las mujeres tomamos el fusil y que si hablamos en las reuniones es porque sabemos lo que hacemos, pero que su marido no se lo permitiría. Le pregunté por qué. Y me dijo: 'Porque entonces yo ya no le permitiría a él hacer todo lo que quiere conmigo'. Le dije que ese era un buen motivo para empezar a hacerlo y que si yo me enteraba de que la había golpeado, lo denunciaba. Entonces como que ella agarró fuerza y se tranquilizó porque me veía armada.

Días después la volví a ver y me dijo que su marido ya no se atrevía a pegarle porque ya no se dejaba". (México, enero de 1985).

Estas conquistas familiares se ven ampliadas en el terreno político-participativo. En una entrevista con Marta Campos, representante de AMES, se lee:

"La inmensa mayoría de nosotras hemos vencido el miedo y a la par de nuestros esposos o compañeros, de nuestros hijos en algunos casos o de nuestros padres en otros, hemos asumido cada una algún puesto en la empresa histórica de la liberación. La mujer salvadoreña tiene presencia en todos los niveles, frentes y lugares de la guerra de liberación. Por ejemplo, hay mujeres en la comandancia del FMLN, en la Comisión Político-Diplomática del FDR, la guerrilla, en las milicias, en los comités de barrios, en el trabajo internacional, en fin, en todas las áreas que el momento exige. Desde niñas de 10 años hasta mujeres ancianas, como parte del pueblo en armas" (54).

El material recopilado y analizado en este capítulo, no se limita a ofrecer una visión global de la cotidianidad femenina en términos de quehaceres más o menos repetitivos, ya que permite vislumbrar una relación entre los cambios sociales de la realidad salvadoreña y las perspectivas de vida, las tradiciones y las adaptaciones a la situación de guerra que las mujeres viven y son el tema central de éste análisis.

El conjunto de actividades reportadas se relaciona constantemente en los testimonios con apreciaciones sobre su especificidad laboral, doméstica, militante y denota que los cambios en las situaciones externas al ámbito de lo familiar -al que estaban recluidas en su mayoría las mujeres antes de la guerra- han invadido sus preocupaciones y los tiempos de su desarrollo cotidiano.

La represión y sus manifestaciones les han impuesto una necesidad de acción solidaria y, en algunos casos, de trabajo remunerado que las han lanzado abruptamente al mundo de lo político, mismo que analizan desde un punto de vista que trasciende los límites que en un principio se habían fijado.

Así las mujeres de los tres Comités de Madres han encontrado en la unión de sus búsquedas, la posibilidad de reflexionar sobre una opresión que sobrepasa las clases y se manifiesta en las pautas educativas que les imponen pasividad. Las pobladoras de tugurios aprenden a relacionar su crítica situación económica con el desprecio manifestado por las autoridades y los patronos al trabajo femenino. Las mujeres de clase media buscan en la educación recibida los motivos de sus frustraciones laborales y afectivas. Las religiosas enfrentan la condena de la jerarquía eclesiástica. Las campesinas cuestionan su situación de animales de carga y reproducción en un medio en que su trabajo no es respetado.

Aunque no todas las pautas culturales hayan sido tomadas en consideración y la maternidad y los "deberes" del hogar son generalmente asumidos como una carga propia, es evidente que entre las mujeres que de una u otra forma se han acercado al

trabajo político o han recibido influencias de éste, la opresión y marginación específicas de su sexo son conceptualizadas claramente. Aún más, mientras no hay mujeres que cuestionen la sociedad patriarcal en contexto de aceptación del régimen vigente, entre las militantes ya se expresan severas críticas a las actitudes paternalistas de los movimientos de izquierda y se manifiestan proposiciones para la superación de las mismas y el logro de acciones conjuntas en favor de la consecución de una sociedad más igualitaria en términos de participación y derechos.

Finalmente, en todos los testimonios he reconocido una crítica o por lo menos una mención a la instrucción recibida en la casa y en las instituciones como principal factor de diferenciación y marginación. Un estudio pormenorizado de la misma se hace por lo tanto indispensable para profundizar en el análisis de la situación femenina en El Salvador y para desglosar las pautas de conducta de las mujeres en los ámbitos de guerra y sus zonas de influencia.

CAPITULO III

LA GUERRA Y SUS INFLUENCIAS EN LA EDUCACION FEMENINA

Para emprender un análisis de la interacción vida cotidiana y educación, se hace necesario definir primeramente el concepto de educación y reconocer su influencia en el ámbito del trabajo doméstico y remunerado y en las pautas de comportamiento humano derivadas de la conformación de las condiciones femenina y masculina por la imposición de roles, lenguaje, tradiciones y leyendas.

La educación es un proceso que trasciende el ejercicio de la enseñanza institucionalizada o formal, generalmente limitada en el tiempo e impartida en escuelas y centros que proponen una socialización de los individuos mediante prácticas ligadas a un programa de consolidación de un determinado proyecto social.

De hábitos culturales más extensos, cuales las relaciones familiares, los juegos y la religión, se desprende una educación informal, más amplia y compleja, que influye todas las acciones de la persona mediante las costumbres y los juicios del medio ambiente.

Por consiguiente, el proceso educativo puede ser estudiado históricamente tanto desde una perspectiva general (Historia de la educación) como desde el análisis de sus implicaciones en los desarrollos humanos individuales.

En el caso salvadoreño, los cambios en las condiciones de vida -que son pautas educacionales- resienten la situación de

guerra y las diferencias ideológicas, económicas y de estructuración social que se manifiestan en un país dividido entre dos poderes políticos enfrentados militarmente. Asimismo, los propósitos de proyectos y programas educativos sostenidos por el gobierno salvadoreño, difieren sustancialmente de los impulsados por los Poderes Populares. El estudio del surgimiento de una conciencia feminista debe necesariamente tomar en cuenta el desarrollo educativo vivido por las mujeres porque para entender su historia es necesario relacionar su situación con la sociedad que las rodea y desde la cual toman significado costumbres, ideas y propuestas de cambio.

3.1. Condición femenina y educación

El ser humano es producto de un largo proceso de educación. Rousseau, en 1762, se percató que "a las plantas las en dreeza el cultivo, y a los hombres la educación" (1). De hecho, la familia, las calles y, finalmente, la escuela, le enseñan desde las acciones cotidianas generalmente consideradas naturales hasta las formas de socialización más avanzadas, to das estrechamente ligadas a las necesidades e imposiciones de una sociedad determinada ideológica, económica, histórica, cultural y religiosamente.

Entre las enseñanzas, fundamentales son las que caracterizan a los sexos, mismas que según el antropólogo Vinigi Grottanelli y su escuela romana, "biseccionan" a la sociedad en "todos los campos de la vida cultural, en la vestimenta y los adornos de las personas, en las mutilaciones étnicas, en

(1) Juan Jacobo Rousseau, Emilio o De la Educación, Porrúa, México, 1984, p. 2.

las normas de etiqueta y de comportamiento, en la libertad personal y de movimiento y de iniciativa, en la alimentación, en la división del trabajo, en los juegos y la recreación, además que en la esfera de los derechos y de la personalidad jurídica y en la participación de las actividades sociales, religiosas, mágicas, políticas" (2).

Cuando Simone de Beauvoir afirmaba: "No se nace mujer: llega una a serlo"(3), en realidad hubiese debido decir que mu jeres y hombres asumimos nuestras diferenciaciones sexuales en la sociedad cuando de manera tácita o expresa se marcan nuestras pautas de conducta, se diferencian nuestras morales, nuestros deseos y se nos conduce a enfocar de forma diferente nuestras propias aspiraciones.

Cuando la sociedad logra imponer un significado cultural y no biológico a la diferencia de los sexos, transformándolos en sostenes de una organización que necesita del desarrollo económico y tecnológico de los hombres y de la procreación femenina, de la separación entre el mundo público de la producción y la política y el mundo privado de la transmisión de la vida y las tradiciones. En otras palabras, llegamos a ser mujeres y hombres cuando la educación informal logra que asumamos como propios, como interiorizaciones individuales, los roles que la sociedad nos ha fijado. Desde que entendemos que la familia, la escuela, la iglesia, el estado nos exigen comportamientos, morales y productos distintos.

Engels en 1844 había captado que la necesidad de producción y reproducción de la vida inmediata en la historia tiene una doble naturaleza: "Por una parte la producción de los me-

(2) Vinigi Grottanelli, Principi di Etnologia, Edizioni dell'Ateneo, Roma, s/f, p.49.

(3) Simone de Beauvoir, El Segundo Sexo, ob. cit., Tomo II, p.13

dios de existencia, de objetos que sirven como alimentos, como vestido, como vivienda y de los útiles que necesitan; por otra parte la producción de los hombres mismos, la propagación de la especie" (4). Dada la capacidad biológica de la mujer para reproducirse y garantizar así la continuidad de la especie, la sociedad patriarcal (toda sociedad conocida lo es) originó una primera división básica del trabajo: el del ámbito doméstico, o femenino, y el del ámbito público, o masculino. En esta forma los sexos perdieron su función biológica, para convertirse en géneros culturales, cuyos roles son perpetuados "mediante la adquisición y transmisión de conocimientos, habilidades, actitudes y valores consecuentes" (5), como afirma Graciela Hierro.

Considerando que la educación es un proceso de socialización y actividad de adquisición y transmisión, en términos de excelencia no tiene un principio definible. Conformada por el conjunto de hechos formativos reales, públicos y privados, individuales y colectivos, convergentes y divergentes provenientes de los modelos dominantes de una cierta época o situación histórica, la educación precede y trasciende a la escuela. Mucho antes de acudir a ésta, la vigilancia del ambiente impulsa a los niños y niñas a asimilar su entorno conformándolo, día tras día, según los moldes reverenciados por los adultos (6).

- (4) Federico Engels, El origen de la familia, la propiedad privada el Estado, en Marx y Engels, Obras Escogidas, tomo II, Ayuso, Madrid, p. 236.
- (5) Graciela Hierro, La educación formal e informal y la situación femenina, mimeo, México, noviembre de 1977, p.1.
- (6) ver a Anibal Ponce, Educación y lucha de clases, ed. Letras, México, 1985, p. 10-11

Desde la más tierna edad, el niño es arrojado por la madre -su primera educadora- a conocer el mundo que lo rodea, a salir a la calle, a no participar en las tareas domésticas, y obtiene, a través de los cuentos y leyendas que se le repiten ya sea para dormirlo, ya sea para mantener viva la tradición regional o nacional, informaciones precisas sobre la fortaleza y supremacía de su sexo sobre la naturaleza y las mujeres. Los mismos juguetes que recibe tienen una dirección educativa de dominación y competitividad porque, si le creemos a Rousseau: "nuestra experiencia propia nos da a conocer acerca de los objetos cuya impresión recibimos" (7).

Por el contrario, la educación femenina dirige a la niña hacia la obediencia y la repetición no creativa de las tareas maternas. Sus vestidos le imponen modales; las fábulas, ideales de dependencia; la casa, labores que le recortan el tiempo y la imaginación.

En otras palabras, la educación informal, con respecto a la mujer, tiende a moldear los hábitos, controlar las pasiones, abortar desde la infancia los intentos de rebeldía, de modo que, una vez crecida, ella sea fiscal de sus acciones y cualquier coacción externa suplementaria resulte innecesaria (8). Luego, la iglesia, el radio, la calle, la televisión, el uso del lenguaje, le imponen otra serie de informaciones (desde la existencia de un dios padre hasta la necesidad de un marido para ser socialmente respetable) que la conduce invariablemente al hogar, núcleo de su tarea principal, si no única: la reproducción.

Así castrada, la niña llega a la escuela donde la educación formal se encarga de cimentar y sistematizar los conoci-

(7) J.J. Rousseau, El Emilio..., ob. cit., p.2.

(8) Pilar Gonzalbo, La educación de la mujer en la Nueva España, El Caballito, México, 1985, p. 12.

mientos adquiridos con anterioridad. Aunque en la mayoría de las escuelas públicas (los centros de instrucción privada, so
bre todo si religiosos, son más determinantes en la diferen-
ciación de la enseñanza por sexo) de los países occidentales,
las desigualdades en el proceso educativo sólo se reconocen
en las artes manuales y la gimnasia, las informaciones y capa-
citaciones que en ellas se reciben, sirven para llenar de for-
ma controlada, corregible y consciente, los roles femenino y
masculino.

La escuela, pues, transforma la anárquica educación de la infancia en una disciplina, otorga cientificidad a los preceptos adquiridos, e instruye sobre una ciencia dominada por hombres y una historia y una filosofía que marcan tajantemente la participación masculina en el dominio progresivo sobre la naturaleza mediante la inteligencia y la fuerza. Las mujeres, cuando aparecen en el recuento histórico, no brillan por sus capacidades intelectuales y creativas, sino por ser buenas madres como Cornelia y María, reinas por la voluntad de Dios o santas que, como Juana de Arco, obedecen al mandato de una divinidad masculina. No es casualidad que de las 25 alumnas entre los 7 y los 11 años de una escuela privada de San Salvador a las que pregunté a cuál personaje histórico quisieran parecerse sólo una me contestara que a una mujer, precisamente a Gabriela Mistral (la madre de la niña es chilena). Las demás, queriendo ser generalas, inventoras, presidentas, conquistadoras y aún dictadoras, tuvieron que refugiarse en un personaje masculino.

La desigualdad de la información recibida en la escuela

hacia los papeles protagónicos de las mujeres en el desarrollo histórico, junto a la manipulación de los medios masivos de comunicación⁺ sobre su "innata" dulzura y capacidad de entrega, condicionan a las estudiantes hacia niveles de instrucción superior necesarios para desempeñar profesiones que en realidad son ampliaciones de su rol familiar: maestra, por ser educadora de sus hijos; enfermera, porque en su casa ha pasado más de una noche en vela cuidando a un familiar; secretaria, por su capacidad de acatar órdenes; decoradoras, pediatras, empleadas domésticas. Según Hierro:

"Todas las profesiones que se consideran femeninas son extensión de las tareas domésticas.

El fundamento último de esta selección...es la división del trabajo productor y reproductor en base a lo "natural".

En consecuencia, toda información y capacitación femenina que no se relaciona, directa o indirectamente, con lo doméstico, adquiere el status de "contra-natura", con toda la carga ideológica negativa consecuente" (9).

3.2. La situación actual de la educación en El Salvador en base al criterio sexo

En El Salvador, donde el analfabetismo llega al 65% de la población, igual que en todos los países, su mayor índice se da entre mujeres; en la ciudad, donde las escuelas son relati-

⁺Diferenció los medios de comunicación masiva, enajenantes por su falta de respeto a la creatividad individual y su imposición de esquemas sexistas y clasistas, de los medios de comunicación colectiva, por su mensaje educativo tendiente a la transformación y crecimiento de la sociedad.

(9) Graciela Hierro, ob. cit., p. 6.

vamente más fáciles de alcanzar, éste es el doble que entre los hombres (10).

De hecho en las familias numerosas, siempre se prefiere educar a un hombre porque, como dijo Ana, ya citada como miembro del Comité de Madres "Monseñor Romero": "las mujeres se van y nunca le traen dinero a una". Asimismo, tanto la poeta Liliam Jiménez como la militante Rebeca, afirmaron haber tenido acceso a una educación diferente, más amplia, libre y avanzada en el nivel de sus estudios por no haber tenido que competir con hermanos en el seno familiar.

Liliam es hija única y fue criada por un padre que:

"Me educó como si yo fuese varón. Me llevaba a cazar, a montar caballos y escogió los mejores colegios para mí. Mi madre no estaba de acuerdo, quería verme más tiempo dedicada a las labores del hogar, pero él decía que yo debía aprender para que nadie me mandara". (México, febrero de 1986).

Rebeca, por el contrario, perdió su padre cuando niña y, a pesar de tener un hermano, se convirtió en el sostén de su hermana y su madre:

"Mi hermano era muy débil frente a los demás y puesto que no había más hombres en la familia, yo tomé su lugar. No sólo podía quedarme por eso más tiempo en la calle, salir, sino que defendía a mi hermana mayor de las prepotencias de los niños del barrio, y así pude convencer a mi madre a seguir estudiando. Destacaba en la universidad aunque la dejé para incorporarme a la lucha". (México, enero de 1985)

- (10) La situación de la mujer en El Salvador, Centro de documentación de SALPRESS, ob. cit., p. 3-4.

Las demás mujeres que tienen el privilegio de poder estudiar, lo hacen en carreras cortas. El 70% de las que alcanzan un título, lo obtienen en la Normal de Maestros "Alberto Mangferrer", o en la Escuela de Comercio, para secretarias, o en las escuelas de enfermería (11). Consiguen trabajos como empleadas en comercios, bancos, en dependencias estatales, o como maestras y enfermeras; todas labores mal remuneradas que no les permiten sostenerse solas, confirmándoles los preceptos relativos a su dependencia del hombre, inculcados desde la más tierna infancia.

Las normas educativas no formales en El Salvador, como en las demás sociedades, varían según la pertenencia de clase de la familia, pero se restringen en la práctica a la educación para el matrimonio y la maternidad en los sectores medios y alto, y la maternidad y obediencia al hombre, aún sin matrimonio legal, en las clases populares.

Laura, ama de casa y madre de familia que se incorpora a AMES a los 46 años, recuerda:

"Nuestros padres nos daban unas normas a seguir, nos indicaban cómo comportarnos en la vida, cosas que debíamos aprender para ayudar a nuestro hogar. Lavar, cocinar, cuidar niños, atender al marido sumisamente, son cosas que hemos aprendido de nuestros padres. También le metían a una miedo de que si no sabía hacer estas cosas no encontraría marido y se quedaría a vestir santos, y si lo encontraba iba a estar insatisfecho de nosotras.. ..Por falta de una información técnica, la mayoría aprendimos a ser madres, esposas..." (12).

(11) ibidem, p. 3

(12) AMES, "Entrevista con la compañera Laura", Boletín Internacional, Managua, enero de 1983, p.12-13.

No obstante, la maternidad no es vista sólo desde una perspectiva de realización y felicidad. Aún en este aspecto, la educación de la mujer es una educación de sufrimiento, la imposición de un arquetipo: los dolores del parto deben ser para ella una simple preparación a los dolores que los hijos les impondrán. Argentina, de 29 años, no olvida cuando a los 18 años estaba por dar a luz por primera vez, su madre llegó a recordarle que desde ese momento ella dejaba de existir:

"Nunca ^{más} va a poder dormir en paz, hija, me dijo. Y agregó luego: su hijo deberá ser más importante que su vida misma, si no usted no va a ser buena madre". (México; marzo de 1984)

Como en todas las tradiciones orales patriarcales, la figura de la madre es, además, una figura tremenda. En México, la ^{leyenda} ~~figura~~ de La Llorona representa a una madre que perdió a sus hijos (en algunas versiones de la leyenda se narra que los mató en un arranque de celos para vengarse del padre) y los llora a las orillas de los ríos asustando a los hombres. En la Europa medieval, la tradición decía que las viejas que ya no podían reproducirse o las mujeres que detenían los secretos de la contracepción eran Brujas, o sea detentoras de una medicina que afectaba a los hombres en su virilidad. La mitología griega está llena de figuras maternas terribles, entre ellas la de las Parcas, tres hermanas que tejían la vida de los hombres hasta imponerle la muerte. En El Salvador, la leyenda de la Siguanaba, madre de Zipitío, narra la historia de una divinidad femenina de características agrarias que busca al hijo que siempre se le escapa para conquistar mujeres y

fecundar flores. La Siguanaba, al caer la noche, se esconde cerca de un río donde empieza a llorar por no haber encontrado al hijo pícaro; su llanto atrae a los hombres por su dulcísima melodía y ella, como mujer bellísima, los acoge en sus brazos. Es entonces que éstos se dan cuenta del engaño y la Siguanaba se les muestra tal cual es: una bruja de senos desproporcionados, garras y boca enorme. Y los hombres se vuelven locos.

Las imágenes que esta leyenda propone son variadas, pero fundamental es la relación mujer-madre-locura, tanto en su carácter de desesperación (la madre que pierde a su hijo) como de venganza (la diosa ejerce su poder sobre los hombres con los atributos exasperados de su amamantamiento).

Asimismo, es interesante analizar, desde la perspectiva de una lingüística antropológica, el lenguaje relativo a la maternidad en el habla popular salvadoreño. Según el lingüista italiano Luigi Rosiello, los fenómenos lingüísticos pueden estudiarse desde diferentes enfoques, siempre y cuando se tenga presente que operan "una primera y fundamental distinción entre los fenómenos que se dan en el plan de la extensión de un tipo comunicativo y aquellas tendencias que tienen, por el contrario, una incidencia sobre la estructura de la lengua" (13). Puesto que toda comunicación esconde un fin educativo o por lo menos de socialización, es evidente que el uso de determinadas palabras o la construcción de giros en el habla de una población responde a un modelo social y, en el caso de la división del trabajo y la cultura con base en los sexos, a una estructura sexista. La mujer salvadoreña desde

(13) Luigi Rosiello, Linguistica e marxismo, Editori Riuniti, Roma, 1974, p.11.

su más tierna infancia, aprende a relacionar la palabra vergón, de obvia conotación fálica, con lo bueno, lo astuto y lo perfecto de una determinada situación o persona. Igualmente, la palabra verguiar significa golpear, someter por la violencia y el giro volar vergas, trabajar, pelear, combatir en pro de la justicia. Falta del atributo que le permite actuar, la mujer es excluída por el lenguaje de la participación activa.

En lo relativo a la maternidad no le va mejor. La mujer ni tiene o hace un hijo, sino lo pone, así como la gallina un huevo. O es agente pasivo de la fuerza procreadora del hombre: frases como "Tulano me hizo o me pegó un hijo", son parte del lenguaje cotidiano de las madres de no importa que clase social.

La estructura de una lengua, o de expresiones de la misma, corresponde siempre a los tipos de uso que el hablante utiliza según las finalidades de su discurso. O sea relaciona, positiva o negativamente, la lengua y la realidad extralingüística, significante y significado, función comunicativa y función poética, decir y educación (14).

Considerando que el don de expresarse por la palabra no es un don natural, sino cultural, no se puede negar que el aprendizaje de la lengua es uno de los elementos fundamentales de la educación informal, ya que ésta se adquiere de forma no sistematizada en el seno de la familia o del grupo en que se vive (se habla de lengua materna), a la vez que, a través de la misma, el individuo es instruido sobre las formas de pensar de la comunidad a la que pertenece, sus opiniones sobre sexo, belleza, trabajo, valor moral, etcétera.

En las escuelas, las normas sexistas se repiten aunque no

(14) ibidem, p. 12-13.

tan descaradamente. En la educación pública no hay diferencias formales entre la educación de los niños y la de las niñas: ambos deben superar exámenes y grados a lo largo de doce años de estudios para alcanzar la universidad. No obstante, en el período 1961-67, si de cada cien niños en edad escolar, 55 no asistieron nunca a la escuela, 45 se matricularon en Primer Curso del Plan Básico (equivalente en México al primer año de secundaria), sólo 14 niñas llegaron al sexto y 4 se inscribieron al Plan Básico (15).

Esta situación es además agravada por el hecho que el gobierno salvadoreño no brilla por su interés en la educación popular. Basta pensar que si en 1985 gastó dos millones de dólares diarios en pertrechos militares, en la Universidad de El Salvador invierte apenas 4.8 millones anuales, con los que recortaría ni cubre los sueldos de los maestros (16). Asimismo, en los seis años de guerra, dos mil escuelas han sido cerradas total o parcialmente, 5 mil maestros están desempleados, 326 han sido asesinados, 68 desaparecidos, y más de ocho mil han debido exiliarse o desplazarse (17). Los que están ejerciendo sus funciones reciben un salario de alrededor 120 dólares mensuales con el que deberían comprar el material didáctico que escasea en las aulas desde hace seis años.

Ahora bien, como escribe Joaquín Samayoa, no cabe duda que el análisis de la educación y "de cualesquiera de los aspectos de la realidad salvadoreña nos lleva a concluir que la

(15) ANDES 21 de junio, La participación del maestro en la búsqueda de paz en El Salvador, San Salvador, 11, 41 y 13 de junio de 1985, p. 3

(16) AGEUS, Estudio y Lucha, s/i, s/f, p. 5.

(17) Plataforma reivindicativa del magisterio salvadoreño. Período 1985-1986, San Salvador, f/f., p. 2 y La participación..., ob. cit., p. 17.

guerra es objetivamente la nota más determinante de dicha realidad" (18).

Guerra que significa imposición de un modelo económico, desempleo, represión política, censura, matenimiento o fortalecimiento de la moral tradicional de carácter familiar⁺. Y, por supuesto, de un determinado modelo educativo.

Según Carnoy, el Estado organiza el aparato de educación formal para dar satisfacción a las necesidades de oferta laboral y de legitimación ideológica (19). Por lo tanto, también para mantener inalterada la relación entre los sexos, que responde a una estructura productiva e ideológica.

(18) Joaquín Samayoa, "Marco de referencia para la discusión del futuro de la educación en El Salvador", en Eca, n. 435-436, enero-febrero, 1985, San Salvador, p. 17.

⁺No se puede formular aquí una ley histórica, pero sí dejar constancia de que cada vez que un gobierno reaccionario ha buscado su sustento ideológico lo ha hecho fortaleciendo los vínculos familiares. Mussolini impuso un impuesto a los célibes y propuso como familia ideal, o "romana", a la de siete hijos con la mujer dedicada exclusivamente a la reproducción. Para Hitler la familia del soldado alemán necesitaba de una mujer rodeada de "futuros héroes". El lema franquista era "Dios, Patria y Familia" y el peronista "de casa al trabajo, del trabajo a casa". Asimismo, cuando a finales de los setenta, la sociedad italiana vivía grandes fermentos, el estado democristiano desnacionalizó la televisión. Los más de 20 canales que hoy proyectan sus programas mantienen en la casa a la población italiana que ya no discute en la calle y por consiguiente no manifiesta en las plazas su descontento político. La lista de los ejemplos podría seguir al infinito, pero siempre a la deseada involución de la participación popular se relaciona una "moral" o una moda de características hogareñas.

(19) Martín Carnoy, Education and employment. A critical appraisal, Unesco, Paris, 1977.

"Con el paso del tiempo, la legitimación ideológica del sistema es tan poderosa que, en general, ni los individuos ni las instituciones se preguntan ya a quién sirven realmente sus acciones. Simplemente hacen lo que 'se debe' hacer, lo que 'es bueno para el país'. No estamos, pues, ante un problema de voluntades subjetivas, sino de dinámicas sociales e históricas objetivas" (20). Así se convierte en necesaria la exclusión de los hijos nacidos afuera del matrimonio de las escuelas de enseñanza privada y aún el castigo de los hijos de viudas.

Rebeca recuerda que cuando su hermana terminó el sexto grado, obtuvo un premio por el mejor dibujo de la escuela. Las monjas mandaron a llamar al padre para que acompañara a la niña durante la premiación, pero al enterarse que su alumna era huérfana y que sólo la madre hubiese podido acompañarla, le quitaron el premio porque "querían dar la impresión de una escuela decente, donde una familia normal apoya el trabajo de los alumnos. Mi hermana lloró muchísimo y la monja para consolarla le dijo que cuando sería grande, cuidaría a su marido para que no se le muriera".

Argentina, cuya madre dirigía un orfanato, recuerda que: "hasta la pubertad los niños y las niñas jugaban durante el recreo juntos, pero a las niñas le tocaban las limpiezas y clases de bordado y costura para que de grandes llegasen estudiadas a los cursos de corte y confección hacia los que las dirigía considerando que era una buena escuela si después se casaban y que de lo contrario les hubiera dado de comer en un tra-

bajo honroso porque le escandalizaba que sus huéspedes pudieran ser enfermeras y ver a hombres desnudos. A los niños los dirigía, cuando tenía dinero el orfanato, hacia los bachilleratos técnicos que se fundaron después de 1968" (21).

No obstante, después de tres años de guerra, la madre de Argentino aceptó, cosa que luego no se hizo, que en su escuela se impartiesen cursos para parteras psicoprofilácticas que pudieran ayudar a las mujeres durante el alumbramiento en los barrios de la ciudad y en las zonas rurales donde no llegaba un médico o una partera especializada. El cambio en la postura ideológica de la educación parece muy marcado por la guerra en este ejemplo.

La relación entre el sistema productivo y el educativo, que a continuación se analizará en sus aspectos externos, no puede ser estudiada independientemente de los mecanismos de legitimación ideológica; caeríamos en la vieja trampa de que existen iguales oportunidades de estudio y desarrollo para todos los sectores de la población y, obviamente, para las mujeres y los hombres y que, por lo tanto, si alguien no alcanza niveles satisfactorios de educación es porque no quiere.

(21) Hija de divorciados y mantenida al igual que sus hermanos por la madre durante sus estudios, Argentina se casó a los 17 años. Cuando se separó de su primer esposo y se fue a vivir en unión libre con su segundo marido tuvo serios problemas con la madre. Argentina durante 8 años fue militante de una de las cinco organizaciones que conforman al FMLN, deseó por un período escribir su testimonio como mujer en la lucha política de su país. Probablemente la relación con su segundo compañero le impidió llevar a cabo su proyecto.

Según Joaquín Samayoa, en El Salvador "la escuela desempeña un importante rol al socializar a los jóvenes para que piensen que su fracaso es su propio fracaso y no el fracaso del sistema" (22). La misma posición ha manifestado la Asociación Nacional de Educadores de El Salvador (ANDES 21 de junio), organización gremial de maestros fundada en 1965 por la profesora Méliida Anaya Montes, quién pasaría a la historia como Comandante Ana María, segunda responsable de las Fuerzas Populares de Liberación, asesinada en 1983 por elementos disgregantes de su propia organización política.

ANDES, cuyos miembros en un 70% son mujeres que se distinguieron en las huelgas magisteriales de 1968, 1971 y en los actuales movimientos reivindicativos, opina al respecto que la reforma educativa de 1968 utiliza a la educación "para formar un hombre de competencia, individualista, que aspire a un 'mejor nivel de vida' (para él no para otros), a un hombre obediencia, conforme con el tipo de sociedad donde triunfe el individualismo y se frustren o estrellen los esfuerzos colectivos de un pueblo" (23). Asimismo recuerda que la obligatoriedad, la gratuidad y la democratización de la escuela son un mito ya que la salvadoreña es "una educación donde se capacita, de hecho, una minoría" (24).

Al analizar el tipo de escuela que se propició, podrá notarse que la educación rural, a nivel general, ha sido marginada frente a la técnico-industrial que se imparte en las ciudades para la incipiente industria; así como se han diferenciado las áreas de estudio en relación a la productividad de mujeres y hombres respecto a los roles reverenciados por la sociedad.

(22) ob. cit., p. 19

(23) ANDES, Las luchas magisteriales en El Salvador, ob. cit. p. 21.

(24) *ibidem*.

El Sistema Educativo reformado comprende tres años de "parvularia", nueve años de "educación básica" (de los 7 a los 16 años); y tres años de bachillerato.

Estos últimos han sido diversificados entre los de cultura general, o "bachilleratos académicos", con tres opciones: físico-matemático, secretariado y humanidades, que sólo permiten, a nivel de especialización, el ingreso a una carrera universitaria; y los bachilleratos técnicos, que abren opciones de trabajo semi-especializados y/o ingreso a las carreras técnicas de los institutos tecnológicos: los de turismo, salud, comercio, el industrial y el agrícola.

La dirección técnica de éstos responde, a todas luces, a las necesidades de preparar cuadros intermedios para la industria que, en la década de los sesenta, se levantó gracias al dinero de la Alianza para el Progreso y convirtió a El Salvador en el segundo país más industrializado de Centroamérica (25).

Tras la escuela se abren dos opciones para los que quieren, o más bien pueden, seguir estudiando: a) las carreras universitarias, de un mínimo de cinco años y medio de duración, que después de que la Universidad de El Salvador fue invadida en 1980, destruida en sus planteles, sus equipos de laboratorio robados, bibliotecas y útiles incendiados, por el ejército y cuerpos de seguridad y reabierta sólo en mayo de 1984, pueden estudiarse en 32 universidades privadas, de reciente fundación, escasa preparación y altos costos; b) las carreras técnicas, de 2 ó 3 años de duración, en el Instituto Tecnológico Centroamericano y en el Instituto Nacional "Francisco Menéndez" (técnico en ingeniería civil, mecánica, eléctrica, en alimenta

(25) ver a Vania Bambirra, El capitalismo dependiente latinoamericano, Siglo XXI, México, 1985.

ción, en refrigeración y en trabajo social), en la Escuela Nacional de Agricultura y en la Escuela Nacional de Enfermería.

Para dar unos datos, si en la escuela militar el 100% de la población estudiantil es masculina, en la Escuela Nacional de Enfermería el 100% es femenina porque, como afirmó Carlos Ramos, corresponsal salvadoreño de La Jornada: "Sólo las mujeres saben atender bien a los hombres".

Igualmente, si en las carreras de técnico en ingeniería, la mayoría de los alumnos son hombres; en las de trabajo social, las mujeres alcanzan el 86%.

Ratificados por las prácticas o impuestos por decreto, "los programas educativos para las mujeres establecidos por el Estado constituyen un paso que va más allá de los trabajos de los educadores individuales" (26). Al estudiarlos, se entienden las opciones que el aparato estatal deja abiertas a las mujeres y las condiciones que les otorgan para que disfruten de su destino.

Según Asunción Lavrin, en Latinoamérica:

"Al definir los objetivos de la educación, el Estado tenía un mayor grado de control... respecto de la calidad de la vida, de las oportunidades de trabajo para los hombres y para las mujeres y de la cuestión final de cómo utilizar sus recursos humanos. El Estado puede contribuir a estereotipar ciertas ocupaciones y papeles de las mujeres proporcionándoles ciertas formas específicas de educación. Desde la iniciación de las primeras escuelas para mujeres, todos los sistemas escolares, privados y públicos, expresaron el consenso social sobre el papel de las mujeres" (27).

(26) Asunción Lavrin, comp., Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas, Fondo de Cultura Económica, México, 1985, p. 352.

(27) *ibidem*.

Los objetivos educativos del estado salvadoreño fijan tan tajantemente la relación educación-producción-sexismo que no puede proponerse un cambio del sistema educativo sin una transformación radical del entero sistema social; sin la lucha para la construcción de una nueva sociedad en la que la mujer adquiriera, reivindicándolo, su derecho a una educación libre y paritaria.

La participación de muchas mujeres en los frentes de guerra y en las organizaciones de masas, permite que algunas de ellas sientan la necesidad de tomar conciencia de sus derechos y preparar así un futuro de libertad. Para Laura la educación es uno de los tantos aspectos de la cotidianidad en que se manifiesta la diferencia entre la vida en las zonas controladas por el gobierno y las del FMLN:

"Siempre se prioriza por la educación de los cuadros hombres y se deja la formación profesional de la mujer como secundaria, a veces con terribles frustraciones para las mujeres que participaron activamente en la guerra de liberación. Al desaparecer las reivindicaciones que impulsaron a las mujeres a incorporarse a los diferentes niveles de organización que la guerra impone, al terminar ésta, muchas mujeres se ven obligadas a regresar a las tradicionales tareas por no existir un espacio abierto que permita mantener esta participación al mismo nivel. Y todo por falta de una formación técnica adecuada que no adquirió en el período anterior, pues la mayoría aprendimos a ser madres, esposas y como yo, tardíamente, a realizarnos como mujeres, a dar todo ese potencial que tenemos acumulado. No tuvimos tiempo de mantener una lucha rei

vindicativa que nos permitiera reivindicar esos derechos. Hasta en los frentes de guerra se ven las influencias de ese pasado que queremos cambiar. Con la campaña de alfabetización tuvimos algunos problemas, pues en sus inicios se privilegiaba a los hombres. Es una conquista de AMES haber logrado que desaparecieran estas situaciones. Primero pidiendo la incorporación de hombres a las tareas tradicionales para que las mujeres se incorporaran a otras en un intercambio de experiencias y aprendizaje. Se adecuaron los horarios, se incorporaron los compañeros y la mujer logró recibir los beneficios de la alfabetización. En los frentes AMES ha podido en cierta medida cambiar algunas cosas" (28).

3.3 Guerrilla y educación. Cambios respecto a la función sexista de la enseñanza.

Desde que en 1981, la insurgencia salvadoreña logró controlar y fincarse en territorios liberados, una de las preocupaciones fundamentales de los gobiernos de los Poderes Populares que surgieron por voluntad de las masas ahí residentes, fue emprender una constante campaña de alfabetización entre los habitantes. Tarea que se equiparó a la producción y distribución de los alimentos y a la autodefensa.

No obstante, sobretudo en un principio como recuerda Laura, la alfabetización mantuvo diferencias de carácter sexista debidas, a mi parecer, al no haber estado acompañada por una preparación de carácter informal que liberara a las mujeres

(28) "Entrevista con la compañera Laura", ob. cit., p. 13.

del miedo de no estar atendiendo a su familia a la hora de la llegada del esposo y de sus conceptos interiorizados de inferioridad intelectual, física y social. Aunque trabajaran duramente en la producción agrícola, estaban convencidas que perderían su tiempo al ir a la escuela.

Según Angela, desplazada en 1984 en el campamento de San José de la Montaña:

"Antes de los bombardeos, allí llegaron unos maestros y nos llamaban a todos para que los escucháramos. Pero yo no iba. Usted sabe, los bichitos⁺, la comida... Y además qué iba a hacer yo pues, si ni mi compañero sabía escribir y era hombre". (San Salvador, mayo de 1984).

A lo largo de los cinco años de existencia de los Poderes Populares, la organización social, en la medida de lo posible, se ha desarrollado y por ejemplo las madres pueden llevar con ellas a la escuela a sus hijos si ya están en edad de aprender, o dejarlos con otros compañeros y compañeras que cooperan mediante la implementación de guarderías con la educación de las mujeres.

La asistencia femenina en la alfabetización es doblemente importante porque, a pesar de soportar con los hombres de la misma manera los bombardeos y la represión (y toda vivencia es educativa en términos de relación social), las mujeres de las zonas bajo control insurgente reproducen todavía una instrucción informal que las margina.

Los esfuerzos de los maestros en este aspecto no son muchos, tanto porque ellos mismos reflejan una cultura por la cual una mujer que quiera quedarse en casa está en lo suyo

+ niños.

y no hay que meterse, tanto porque no son ~~muchos~~ muy numerosos y la población a alfabetizar es muy amplia. Sin embargo, ya varias enseñantes se han coordinado con las organizaciones femeninas que, como AMES, participan en los Poderes Populares y han empezado a llegar a las reuniones de las mujeres organizadas y a sus casas para convencerlas de la necesidad y la importancia social que su instrucción conlleva.

Asimismo, cuando los maestros de ANDES que se fueron a las zonas bajo control insurgente decidieron implementar una forma de alfabetización gradual que permitiera que todo alfabetizado a su vez alfabetizara a las personas que todavía no lo hubiesen sido, varias mujeres entraron en las filas de los alfabetizadores populares -como se les llama a los alumnos-maestros- aprendiendo ahí a hacerse escuchar y respetar aún por los propios maridos e hijos cuando les tocan por pupilos.

Cabe mencionar que el maestro, a lo largo de la historia, ha sido instrumento del sistema explotador imperante, mismo que fija las pautas educacionales en las instituciones y en los mensajes subliminales que fortalecen y dan sustento a las expresiones "educativas" informales mediante el radio, la televisión, los periódicos, los concursos de belleza, el tipo de publicidad, la iglesia. Por lo tanto plantear, como lo hizo ANDES en 1973, que la educación revolucionaria debe llegar a formar "una mentalidad dispuesta a la transformación de las estructuras del sistema injusto que vivimos, de desarrollándole una personalidad crítica social y una fortaleza de carácter que permita pensar y actuar según las necesi

dades de la comunidad a la cual pertenece sin presión de ninguna clase (hambre, vivienda, salud, miseria, educación, etc.), en un sistema donde el pueblo tome sus propias decisiones"(29), ya implica un reconocimiento de los aspectos no formales de la educación y del fin liberador que toda enseñanza consciente de be conllevar. Asimismo, una educación surgida de las necesidades de alfabetización y que, en la práctica, saca a las mujeres de sus casas tanto para impartirles un conocimiento como para que ellas lo divulguen, implica la ruptura de un modelo educativo basado en la figura del maestro—instrumento y el reconocimiento de formas específicas de opresión, entre ellas la de la mujer por el hombre.

"En las zonas liberadas se les enseña a los alumnos a leer y escribir para que ellos posteriormente sepan escribir su propia historia. La hacen de la forma siguiente: se reúnen, los maestros voluntarios buscan a su grupo y luego dan clases en la forma que pueden. A veces, escribiendo en cáscaras de árboles, hacen de su participación en ese lugar un apostolado, pero en verdad, para que despierten los intereses que llevan a un futuro mejor", dice Rafaela, miembro del Consejo Ejecutivo y Secretaria de Asistencia Social de ANDES.

Para escribir su propia historia es indispensable un grado de conciencia de las vivencias del presente y el pasado y sus relaciones con los acontecimientos que permiten o limitan el desarrollo de una comunidad, una familia o un individuo.

"Es una necesidad que aprendan a leer" sigue Rafaela, "para que escriban su propia historia, no como la que nosotros aprendimos de memoria en la escuela tradicional, sino que ahí

(29) Las luchas magisteriales en El Salvador, ob. cit., p.4.

van a aprender a leer para escribir su propia historia, la historia que están haciendo".

En los programas educativos de las zonas bajo control in surgente sin embargo, no se ha programado un solo curso sobre la especificidad de la situación femenina en la lucha y la realidad social. Más aún, la idea que toda mujer incorporada al proceso de liberación desde una perspectiva militar o desde la cotidianidad productiva sea igual al hombre porque lucha como él para la liberación de los explotados, es muy común en El Salvador.

Aún las organizaciones femeninas más cercanas al Feminismo, como AMES, AMPES y CUMS, temen definirse sobre lo específico de la opresión sexual y su relación con la participación política de las mujeres. Por ejemplo, el discurso presentado el 8 de marzo de 1986 en México por FEMUSA, al que pertenecen las tres organizaciones mencionadas, demostró una total falta de autonomía de pensamiento al decir que: "sólo nos motiva la lucha que está llevando nuestro pueblo".

En sus análisis critican los mitos y creencias acerca de lo "natural" de la discriminación femenina en relación a la capacidad de combate y organización partitica y de masa de las mujeres, pero nunca en relación a los roles hogareños y reproductivos;

"Existe también un pelotón conformado únicamente por mujeres combatientes en los cerros de San Pedro. Este pelotón está constituido por tres escuadras, y es tá comandado por la compañera Ileana, que es una compañera muy respetada no solamente por los jefes

de las FAL, sino también por los demás jefes y combatientes de las fuerzas revolucionarias, que ven en ella a un jefe que puede dirigir a su pelotón, y más aún, que puede combatir y tener la capacidad necesaria para ello...Juega un papel muy importante, tanto como mujer como responsable de un pelotón femenino, lo cual levanta la moral al resto de las compañeras, quienes se ven de alguna manera realizadas en ella", afirma Yuri (30).

Y aún un texto famoso y leído como "Frente a Miss Universo", dado a conocer por ANDES el 10. de julio de 1975 y muy comentado en las zonas bajo control insurgente, es más bien una crítica social de la extracción de clase de Miss Universo que un análisis de la cosificación de la mujer.

"Dos rostros frente a frente el 19 de julio de 1975 en El Salvador.

El uno, el de miss UNIVVERSO, expresión de la clase explotadora, el otro anónimo -en este evento- el de la clase explotada.

El uno atrae turistas, miradas y se pasea en todo el territorio a través de los canales de la televisión. El otro está oculto.

Para lucir un rostro y atraer divisas se pone al servicio hasta la INTERPOL. Para que se oculte el otro, también está la INTERPOL" (31).

Sin embargo, y a pesar de todas las limitantes mencionadas, no puede olvidarse que el proceso de liberación salvado-

(30) en Norma de Herrera, La mujer en la revolución salvadoreña, ob. cit., p. 73

(31) ANDES, Las luchas magisteriales en El Salvador, ob.cit., p. 16.

refia es, así como el proceso de liberación femenina, un proceso in fieri y que, en relación a las tareas y planteamientos educativos, tiene apenas seis años de práctica y empieza a plantearse desde hace poco la necesidad de relacionar todos los aspectos de culturalización indispensables para escribir esa auspiciada "historia propia". Entre ellos es de suma importancia la ruptura con la iglesia tradicional que relega a la mujer a un rol subalterno y a la aceptación entre los católicos de la Teología de la Liberación. Como ya se ha visto en el testimonio de María Isabel, dicha teología es profesada por varias organizaciones de religiosos que, al comprometerse con su pueblo, se han quedado en las zonas bajo control de la insurgencia, integrando comités de base en los cuales se formaliza en parte la educación, dado que la lectura de la Biblia y demás textos sagrados es comunitaria y varias veces dirigida por algún miembro de la comunidad, sin discriminación de sexo.

Ahora bien, la Teología de la Liberación está según María Susana Percaz:

"doblemente comprometida en lo referente a las mujeres. De un lado, en lo que hace a mujeres que integran la institución, ya sea que pertenezcan a órdenes religiosas o laicas.

Es necesario cambiar relaciones de poder, permitir que las mujeres se capaciten culturalmente, teológicamente, para que puedan aportar lo mejor de sí mismas (algo mucho mejor que bordar y almidonar albas, estolas y casullas). Pero para las mujeres que no participan en una visión religiosa del mundo y de la vida, la Teología de la Liberación tiene que continuar trabajando y ganando

posiciones en la lucha contra las estructuras autoritarias y patriarcales de la Iglesia-Institución" (32).

En las comunidades de base, junto al análisis de la problemática social y la relación religiosa entre la práctica y el dogma de los cristianos, se empiezan a cuestionar las normas hasta ahora impuestas, dándole a la mujer la palabra que, en nombre de su supuesta inferioridad para officiar la palabra de Dios, se le ha negado repetidamente.

"Leonardo Boff dice que 'Cristo nos salvó esencialmente por su humanidad y no por su masculinidad', por lo tanto ser cristiano hoy, leer los signos de los tiempos es abandonar el machismo, es hacerse pobre con los pobres, asumir y respetar activamente los intereses de las mujeres, abandonar el poder de la masculinidad, animarse a vivir el placer de la justicia" (33).

La práctica religiosa que se desprende de esta nueva teología mantiene relaciones estrechísimas con el cambio social en la educación no formal de las mujeres, liberándolas del sometimiento a un dios masculino, definido como padre o hermano mayor. En las zonas de control político-militar del FMLN, dicha práctica ha abierto el ministerio religioso a las mujeres. Monjas y catequistas celebran misas, casan, comulgan y confiesan rompiendo en la relación con los fieles el estereotipo del sacerdote como interlocutor único con Dios. La presencia de una mujer en la misa, como hecho en sí, es una pauta educativa, ya que muchas creyentes no se sienten ya obligadas a una pasividad frente a los cánones religiosos impuestos, atreviéndose

(32) María Susana Percáz, "La Teología de la Liberación y la liberación de las mujeres", en Crítica, n. 24 Puebla, septiembre de 1985, p. 116.

(33) *ibidem*.

dose a interpretarlos y a ajustarlos a su propia realidad social y de género.

Las estructuras de enseñanza habiendo cambiado, trastocadas las pautas culturales referentes al uso de los medios de gobierno, superada la barrera de la participación política, cuestionados -aunque primordialmente por exigencias de la guerra- el rol femenino hogareño y la superioridad religiosa del hombre, las salvadoreñas, en los frentes y las zonas controladas por el FMLN y los centros de acción política y humanitaria, relatan su vida cotidiana a partir de una relación crítica con la educación entendida como conjunto de hechos formativos provenientes de modelos ideológicamente dominantes.

A partir de la práctica política, entre otras cosas, se expresa un cierto nivel de autoconciencia que deviene, en primera instancia, de su relación con el otro. A algunas les permite individualizar la conciencia de lo femenino que presupondría una construcción de la identidad alternativa.

En el próximo capítulo, analizaré la relación que hay entre la adquisición de una convicción política y el despertar de una conciencia propia de aquellas militantes que en sus testimonios admitieron tener un interés particular por el mejoramiento de la condición femenina.

CAPITULO IV

LA RELACION PARTICIPACION POLITICA-CONCIENCIA FEMINISTA ENTRE LAS MILITANTES.

Los testimonios presentados en los capítulos anteriores han dejado entrever que la vida política -asumida como eje central del mundo público y activo- ha invadido los espacios de la familia y la cotidianidad femenina. Por otro lado, las mujeres que participan en actividades políticas rompen de hecho con la unicidad de una vida adscrita a las tareas domésticas y, a raíz de ello, empiezan a cuestionar el status quo al que están sometidas.

No obstante, sus mismos testimonios evidencian que la politización femenina ha tomado caminos distintos a la de los hombres. Las salvadoreñas que se han incorporado a la vida política por una motivación social propia, aún son una minoría frente a las que lo hicieron por la politización de su familia⁺ y/o por la desaparición, cárcel y muerte de hijos, maridos, padres y hermanos, de quienes decidieron recoger los móviles.

Su participación se ha dado indistintamente en instancias que pueden definirse "masculinas" (partidos, organizaciones político-militares, sindicatos) y en las surgidas de su específica ubicación en la sociedad durante la guerra (comités

⁺ Cabe recordar que sería ahistórico pensar en la familia salvadoreña como en una familia nuclear compuesta por madre, padre e hijos ya que, en la mayoría de los casos, se trata de un núcleo familiar amplio unido por vínculos de sangre, de compadrazgo y aún por necesidades económicas y de sobrevivencia, en el que casi siempre -por motivos que van de la irresponsabilidad paterna al desaparecimiento de los hombres o al esquema de congregación del núcleo- la madre o alguna otra mujer (hermana mayor, cuñada, suegra, tía, abuela) es el principal sostén económico.

de madres, asociaciones femeninas, comités de pobladoras de tu gurias y de vendedoras de los mercados). Es sólo en el último año y medio que las federaciones sindicales han abierto, por presión de las mismas sindicalizadas, grupos y comisiones que recogen las demandas propias de las trabajadoras.

En El Salvador como en otros países, la incorporación feme nina a la vida política tiene implicaciones que trascienden la lógica interna de las instituciones que integran y permite, par ti endo de la práctica y la socialización de las situaciones in dividuales de las militantes, el reconocimiento y el plantea m iento de una conciencia de la opresión específica que sufren como mujeres en su clase, grupo de trabajo, escuela, barrio, familia y partido. Dichas implicaciones son las que dan pie al surgimiento de una conciencia de carácter feminista, entre aque ll as que, al trabajar políticamente, se percatan de su papel de agentes sociales activas y de la discriminación que sufren en su relación con la división sexual del trabajo y con el poder (sea este individuado como g obierno, marido o partido).

Entre las militantes, la conciencia de la opresión se desa r rrolla generalmente en tres etapas:

Surge como enjuiciamiento social global: el opresor es el enemigo del pueblo. El g obierno, la oligarquía, el ejército y la patronal son las instituciones hacia las que dirigen su primera rebelión. La guerra y la miseria son condiciones de opre s sión que experimentan diariamente y las que, por lo tanto, más fácilmente encaran.

Es sólo en un segundo momento que las militantes indivi d úan otra forma de opresión: la familiar. Esta se manifiesta an te todo como turnos de trabajo doméstico que se suman a los de

sarrollados en su jornada laboral, sindical y política, y luego como dominación ideológica relativa al uso de los ingresos económicos y del tiempo libre, las decisiones concernientes al núcleo familiar y la libertad personal.

Finalmente -al asumir las dos formas de opresión arriba mencionadas y mediante un esfuerzo que implica la superación del miedo a la rebelión contra las instancias que siempre se le figuraron como las más abiertas y las únicas en las que alguna vez tuvieron voz y voto-, algunas militantes empiezan a cuestionar las actitudes paternalistas de su dirección sindical o de partido. En algunos casos éstas son descaradas: por ejemplo a principios de 1986, Rebeca se retiró de una reunión porque uno de sus compañeros de partido la había acallado alegando que las mujeres son menos inteligentes que los hombres ya que, de no ser así, no tendrían un lugar secundario en la sociedad. Otras veces son engañosas y se manifiestan a través de la repetición en el seno de los órganos políticos de prácticas comunes en la sociedad: en el Consejo Ejecutivo de ANDES, por ejemplo, de las diez comisiones representativas del gremio de maestros sólo tres, y precisamente las de finanzas, asistencia social y relaciones internacionales -que no son justamente las de mayor trascendencia para la toma de decisiones internas- son presididas por mujeres y sin embargo el magisterio está compuesto en un 70% por maestras.

La relación entre la participación política y la adquisición de una conciencia de la necesidad de cambio en las relaciones de poder en los ámbitos sociales (familiares y de partido), que defino por conciencia feminista, no siempre se ma-

nifiesta abiertamente. Aún en los casos que así sea, es necesario discernir entre las militantes que realmente alcanzaron un espíritu crítico al interior de su participación (situación que considero positiva ya que prevee la superación de los cuestionamientos mediante una discusión y una práctica distintas a las institucionalizadas por las instancias políticas masculinas) por motivaciones propias y las que lo asumieron a partir de una directiva de su partido o gremio. Aunque, a final de cuentas, las actitudes de ambos tipos de militantes adquieran rasgos comunes⁺, el camino que las condujo a dicha toma de posición es distinto.

Este camino puede reconstruirse con el análisis a fondo de sus testimonios. Las tres militantes cuyas historias de vida escogí entre nueve para estudiar la relación entre participación política y conciencia feminista, tienen en común el hecho que el discernimiento de una opresión específica es un proceso que se desarrolla a partir de la ruptura con la adscripción integral a los papeles femeninos reverenciados por la sociedad, mediante el ingreso a las filas de organismos políticos y de la evidencia de recibir un trato -y por lo tanto ser diferentes a los hombres. Azucena y Julieta son miembros del

⁺Cuales el rechazo al dirigismo masculino de sus instancias de participación, la rebelión frente a las formas que toma la educación política y a las dificultades que enfrentan para alcanzar posiciones dirigenciales, opiniones propias respecto a las formas de relación afectiva y rechazo a la doble moral vigente en la sociedad y presente en sus organizaciones porque al asumir su condición de ser diversas a los hombres, reconocen su especificidad partiendo de la diferencia como factor objetivo y no de inferioridad, que las llevará a construir una identidad femenina.

equipo de Relaciones Internacionales de AMES, y Rita, una com
batiente.

Azucena representa un caso ejemplar de transformación por motivaciones políticas. Abandonada por su padre a los pocos me
ses de nacida, vivió en el campo hasta cuando, a los 19 años, se casó con un maestro:

"Esto sí, a pesar de que ya había vivido con mi madre el drama del abandono, todavía pensaba que al casarme alcanzaría una seguridad, que un hombre casado no se iría tan fácilmente. Era la mentalidad en la que había crecido: una mujer casada no está sola, no está desprotegida. Y además en el matrimonio no me fue mal al principio. El marido era un compañero maestro y estaba comprometido con el gro
mio. A los pocos tiempos hubo una gran huelga de maestros y yo lo apoyé, sentía que así estaba bien. Y yo me sentía capaz de ayudarlo porque sabía que él estaba al lado del pueblo y aunque yo al princi
pio no participé con él en la huelga, lo ayudé desde la casa. En la segunda huelga ya participé a su lado, al lado de los maestros".

Tras esa primera experiencia, Azucena y su marido tuvie
ron que trasladarse a Platanares donde ambos empezaron a par
ticipar en la Comunidad Eclesiástica de Base del padre Rutilio Grande. Según Azucena, una incipiente rebelión femenina le nació de las prédicas del sacerdote, sobre todo de un comen
tario suyo contra la publicidad de neumáticos:

"El padre decía que era denigrante para las mujeres

que se dijera que las llantas estaban 'calientitas, calientitas' y mostraran a una mujer desnuda que no tenía nada que ver con las llantas".

Al poco tiempo, Azucena se compromete políticamente con la Unión Nacional Opositora (UNO) que, en 1972, presentó como candidatos a la presidencia y a la vicepresidencia a Duarte y a Ungo, respectivamente. Tras el fraude electoral que obligó a ambos políticos a abandonar el país, dejando a la población sola frente al recrudecimiento de la represión, se incorpora a la Coordinadora Nacional de la Iglesia Popular (CONIP) y, cuando en 1975 las organizaciones político-militares adquieren fuerza y representación en la población salvadoreña, ingresa a las Fuerzas Populares de Liberación (FPL). Entonces se le manifiestan los primeros problemas conyugales relacionados con su participación fuera de la casa y de las instancias políticas en las que militaba el marido. Este empezó a exigirle permisos para salir y a acusarla de tener otros hombres y de descuidarlo:

"Yo debía de pedirle permiso y siempre que me iba para una reunión tenía que ir cargando a los niños y aún así él me acusaba de que yo era una vaga, de que andaba por ahí con otros hombres. Pero él cuando iba a las reuniones no me pedía permiso, claro que no. Y entonces pensé que esa era una discriminación porque con los niños a cuesta uno no puede superarse ni siquiera políticamente porque en las reuniones está pendiente de ellos. Y se lo dije. Y empezaron los problemas, aún con los hijos, sobre-

todo con la hija mayor. Hubo un rompimiento a tal grado entre ellos que hasta ahora no se llevan bien por las cuestiones políticas, aunque a él no le gusta decir que es por la política porque le da pena y trata siempre de decir que es por cuestiones puramente morales y personales".

A pesar de las experiencias vividas, Azucena no desarrolla un pensamiento crítico hacia la situación de las mujeres ni relaciona su problema con la estructura familiar patriarcal hasta que su partido le asigna integrarse al trabajo de AMES para la politización de las mujeres de diversos sectores de la población, tarea que ella asume en un principio como cualquier otra:

"En 1981, se me asigna para trabajar con la Asociación porque en el interior del país y en los frentes AMES se estaba desarrollando y era necesario construir un aparato de solidaridad con la lucha de la mujer. Es de ahí que viene que yo empiezo a trabajar en lo de AMES, aunque, para ser sincera, hasta ese momento y aunque yo tenía muchas inquietudes en mi interior, yo todavía no entendía cuál era la lucha de la mujer".

En el caso de Azucena, bien vale afirmar que la actividad política entre mujeres despertó su interés y de éste nació una conciencia de opresión que revirtió, modificándolo, en su propio trabajo en AMES:

"Estar trabajando en AMES, ir desarrollando todo un trabajo específico e ir entendiendo, a la luz de todo lo que es un estudio de la dialéctica en la situación

social y económica en que nos encontramos como mujeres, a mí me hizo despertar, revisar de forma consciente mis principios, mi ubicación política, mi situación familiar y el contexto en el que me muevo. Sentí que mi decisión anterior estaba fundamentada si yo como mujer luchaba para hacer prevalecer los derechos de la mujer. De ahí viene también un cambio en toda mi vida; la lucha es un proceso de cambios positivos, de avances y es en 81 o en 82 que intuí que a mis hijos mismos no le estaba dando la educación adecuada y trato de reeducarme para darles una nueva educación a partir también de mi nueva forma de ser. A principios hubo unos choques, pero esos también se hicieron de alguna forma evolución: uno piensa que los hijos son manejables y eso no es cierto, los hijos también son personas y responden positiva o negativamente a una forma de educación, a principios impuestos. Consideré que las mujeres y los hijos somos partes de una familia que nos oprime a ambos como sujetos al hombre o a la familia misma. Entonces pensé que si yo iba a cambiar, podía ayudar pero no imponer un cambio a mis hijos para introducirlos a una sociedad que sea en realidad la que se quiere vivir y no la que le forman desde el exterior. Así yo empecé a hacer un trabajo con mis hijos de socialización del trabajo en la casa y de análisis del porqué yo a veces no llegaba a la casa, que no fueran a pensar que no llegaba porque andaba vagando como le decía el papá. Explicarles que ando trabajando en la organización de la mujer y que

eso me hacía sentir bien, que lo sentía parte fundamental en mi vida, tan fundamental como ellos mismos. Para mí fue una de las experiencias más buenas y es en ese momento que me doy cuenta que se puede entender la lucha de la mujer antes, durante y después de un movimiento revolucionario, que no es cierto que con el simple triunfo de la revolución las mujeres serán liberadas porque este trabajo en las casas, con los hijos, en la soledad, nadie más que ellas pueden hacerlo".

Según Dora Rapold, "la participación en la acción colectiva, que significa una nueva experiencia como ser público y activo, favorece una toma de conciencia, una redefinición de los papeles femeninos tradicionales y una revaluación de sí misma" (1). Cuando esta conciencia se da en el ámbito de una organización que por un lado apoya un proyecto revolucionario y reconoce a una organización superior como vanguardia y, por el otro, se dirige a la incorporación de mujeres a la revolución mediante una concientización social para la misma, la "revaluación de sí misma" pasa de una fase sujetiva a una toma de posición como género. Según Azucena este despertar se hizo comunitario en AMES:

"las mujeres son miedosas por la educación que recibieron y se subestiman, dicen que no son capaces de hacer esto o aquello. Iniciamos por despertar en las mujeres un mínimo de seguridad en ellas mismas. Al principio

(1) Dora Rapold, "Movilizaciones femeninas. Un ensayo teórico sobre sus condiciones y orígenes", artículo presentado para el Programa de Investigación y Estudios sobre la Mujer del Colegio de México, Mimeo, México, octubre de 1986.

porque nuestro objetivo era incorporar a la mujer a la lucha revolucionaria, pero con el tiempo empezamos a ver que hay que protestar por el trato que la mujer recibe del compañero, aunque éste sea revolucionario. Empezamos a preguntarnos: ¿qué está pasando? Somos mujeres y también somos explotadas y mucho más explotadas que los hombres porque ellos mismos son opresores para nosotras, ellos no dejan que nos desarrollemos, no nos permiten participar en la sociedad como personas. De ahí nació una lucha ideológica que desembocó hasta en un enfrentamiento con los compañeros y aún con algunas compañeras de las organizaciones político-militares que no tienen claro el concepto de lucha de la mujer porque creen que en nuestro país sólo hay una lucha de clases, una lucha para botar al sistema imperante. Nosotras luchamos por la paz, queremos la autodeterminación, nosotras nos incorporamos a ese flujo de pueblo que está luchando por su independencia, porque sólo en una sociedad más justa nosotras podremos presentar nuestras reivindicaciones específicas y luchar por ellas".

A pesar de haberse incorporado a la Asociación de Mujeres por mandato de su partido y de haber luchado durante más de 20 años por el derrocamiento del sistema salvadoreño en el que creció, Azucena, sin pedir una desvinculación del FMLN y sus directivas, reivindica, como mujer y como dirigente, una independencia que sólo se gana mediante la experiencia, la discusión y la praxis de una organización femenina:

"La emancipación del pueblo es un concepto demasiado general; para la emancipación de la mujer es necesario romper con una educación tradicional, una cultura, una religión que nos oprimen. Aún los mismo partidos revolucionarios están pensados con estructuras masculinas y entonces cuando ellos están haciendo leyes, cuando están programando reformas y piensan en el cambio social, olvidan que el 50% de la sociedad sufre otra explotación, una explotación que no sufre toda la población, sino solo esa parte femenina que además de explotada es oprimida, reprimida y relegada por la sociedad y por ella misma. Hay que continuar con toda una lucha. Los mismos que dicen que no somos fuertes para trabajar, afirman que sí somos fuertes para irnos a la guerrilla. Y encima, aunque se ha demostrado la capacidad de la mujer para combatir, todavía tenemos limitaciones. Me pregunto yo dónde hay una mujer en la comandancia o cuál es la mujer primera responsable de una organización político-militar. Y sin embargo tenemos ejemplos de claridad política tan grande como es el caso de la compañera Ana María, tenemos tantas compañeras dirigentes, tenemos combatientes en las fuerzas armadas, revolucionarias y dirigentes de masas. Muchas han caído. Nosotras hemos demostrado en la práctica que sí somos capaces de desarrollarnos, ahora ya no vamos a pedir permiso para actuar, lo vamos a exigir". (México, noviembre de 1986)

Presente en el testimonio de Azucena, el tema de "antes y después" de la incorporación política para el despertar de una conciencia de carácter feminista es una constante en el discurso

so de las militantes. Según la mayoría de ellas, el acceso a una vida política ha sido el primer paso para romper con esquemas sexistas que consideraban "naturales" o "normales" aún cuando, como en el caso de Julieta, habían sentido algún de seo de rebelión contra su situación de diferencia en el trato recibido en la casa durante la infancia percibiendo esa diferen cia como una discriminación ya que recuerdan que "todo lo bueno era para los hermanos, todo el trabajo y el no poder salir era para nosotras".

El "antes y después" puede ser entendido como despertar to tal de un deseo de rebelión femenina: cuatro de las nueve mili tantes entrevistadas reconocieron que jamás se les hubiera ocu rrido luchar para una mejora de su situación de no haber tenido como aguijón la necesidad de abandonar temporal o parcialmente sus actividades domésticas y de maternazgo para poder asistir a reuniones políticas; o como despertar parcial: cinco de ellas a firmaron que de alguna manera se habían rebelado a su subordina ción ya desde la familia de origen, pero que no habían podido en focar esa rebelión hacia alguna finalidad antes de haber entendi do "políticamente" el problema de la explotación. Es interesante notar que tres de las militantes del segundo grupo tuvieron problemas de pareja desde antes de incorporarse a la lucha política.

En el caso de Julieta, ella recalcó con mucha vehemencia que su interés político surgió desde cuando era estudiante y por motivación propia, no teniendo en ese entonces ni marido ni her manos comprometidos. De sectores medios bajos, trabajaba para po derse mantener en los estudios en la Universidad Centroamericana

(UCA), dirigida por jesuitas:

"Estaba estudiando psicología en la UCA. Ahí al terminar los cursos nos exigen que hagamos el trabajo de tesis en el campo y empiezo a hacer un trabajo sin saber a donde me conduciría. Y eso porque, a pesar de haber estudiado con algunas dificultades, yo no conocía la realidad del campesinado. Y entonces llegamos allá para hacer un trabajo de psicología vivencial con los campesinos, a través de la iglesia que era la única que nos daba lugar de penetrar ese sector. Era el 75 y cuando terminábamos nuestro trabajo, nos quedábamos hablando con los campesinos. Ellos nos empezaron a decir sus verdaderas necesidades. Eso era en el pueblo de San Sebastián, en un lugar que se llama Cuscatancingo donde se trabaja en hilados y tejidos. Tenían problemas de que no podían encontrar el hilo o lo iban a comprar donde los grandes fabricantes de San Salvador que se lo vendían caro y nunca tenían o se les acababa. Nosotros lo vimos muy sencillo, claro está que desde nuestro punto de vista de universitarios, y les decíamos que debían montar una cooperativa en la que cada quien diera el costo de su hilo y lo fueran a comprar a Guatemala. Esta primera cuestión fue tan buena, que les seguimos diciendo que la organización era cosa buena, que individualmente no hubieran podido lograr lo que unidos sí. Pero, bueno, ese tipo de trabajo no le gusta al alcalde y este nos manda a los guardias para molestarnos, a decir que por qué llegábamos, que nosotros debíamos de irnos de ahí. Pues la cosa se puso

tan dura que la guardia nos impidió seguir llegando. Eramos unos diez, mujeres y hombres, y a los tres o cuatro meses de estar haciendo ese trabajo, con el que además nos habíamos encariñado, el alcalde da la orden de arrestarnos si volvíamos. Es entonces que me nace una toma de conciencia de que es necesario organizarse, de que es necesario hacer algo más concreto. Era una toma de conciencia personal que nos vino aunque fuéramos de una universidad donde estudiaba también la burguesía. Pues a todos nos vino un deseo de profundizar en su conciencia política y el medio para unos fueron las comunidades de base de la iglesia, para otros el sindicato. Es entonces que yo empiezo mi práctica privada en la política".

Julietta entra posteriormente a trabajar en la Universidad Nacional y se incorpora al sindicato y al Bloque Popular Revolucionario, lo que causa que sus clases sean escuchadas y/o interrumpidas por un vigilante. Ella relaciona este hecho con la que define su "segunda fase de toma de conciencia": la de la falta de libertad de cátedra y por lo tanto de dominación ideológica por parte de los grupos de poder:

"Cualquier palabra que yo dijera que él creía contraria al gobierno era suficiente para que yo fuera declarada comunista y tuviera serios problemas en el trabajo. Por eso me conecto con una organización de carácter político mientras estoy en la Universidad, porque en El Salvador si tú no estás en una organización político-militar pues tu conciencia no deja de ser una mera toma de posición

intelectual que no trasciende a la práctica. Cuando mi situación se pone muy difícil, yo le pido a mi organización la posibilidad de salir al exilio y me voy para Canadá".

En Canadá se recrudecen los problemas tenidos con su marido, con quien se había casado poco antes de partir y con el cual, manifestando una capacidad de decisión individual rara entre las salvadoreñas -y combatida tanto por las familias y las costumbres, como por algunos miembros de la insurgencia que propugnan a la reproducción como medio indispensable para el mantenimiento de la revolución-, decide no tener hijos:

"Estuve casada como todas, durante tres años. Pero no quise tener hijos porque era un momento bien difícil y porque si hubiéramos tenido hijos, mi marido, con ese lazo, me hubiera amarrado más. Creo que la mía fue una decisión política, esa relación no funcionaba y yo prefería mi trabajo a tener un hijo. No me duele decirlo, porque fue pensado. Además estoy convencida que una mujer es mujer aún si no es madre".

Es a partir de su situación personal que Julieta se acerca al trabajo con las mujeres:

"Como entro en el campo feminista hay que dividirlo en dos: al reconocer que estaba tratando de cambiar un sistema en lo político, en lo social, lo cultural y lo económico, descubrí que hay opresión. Es la opresión de los oligarcas, el gobierno y el ejército contra los campesinos y las clases menos privilegiadas. Así empecé a ponerme en una situación de clase y creció en mí un pro

yecto revolucionario como proyecto nuestro, global. Pero después empecé a analizar la problemática familiar a la luz de ese primer problema social. Entonces descubrí que hay machismo en mi país porque un obrero que es oprimido y al que se le inhiben todas sus aspiraciones, llega a su casa y quiere ser lo que la sociedad no le permite ser y quiere obtener en la casa lo que no puede obtener afuera y entonces vé y trata a su mujer con un sentido de inferioridad. Es una cadena: como el hombre oprime a su mujer, ésta oprime a sus hijos, éstos a los animales. Es un sistema en que los seres humanos no pueden vivir de manera humana: Para los padres, la hija que se va a casar ya no es una mano que va a trabajar en la familia, entonces no se le da una educación en las ocupa las. La mujer va a educarse según una tradición familiar para servir en cuestiones del hogar, para servir, porque toda persona sólo es tomada en cuenta como mano de obra, como parte de la producción".

Tanto en el testimonio de Julieta como en el anterior de Azucena, el reconocimiento de la opresión femenina conlleva una simpatía, entendida en el sentido crociano de "sentir con", de "consentir", de las mujeres hacia otros grupos -generalmente no tomados en cuenta por la política revolucionaria economicista- que sufren opresión por motivos ideológicos y de poder, como los jóvenes. Según Julieta, la opresión de los hijos tiene una estrecha relación con la represión sexual femenina:

"Hay cantidad de mujeres que pueden tener hasta diez

hijos y no saber lo que es un orgasmo. Se trata del desinterés de su compañero hacia su participación en el goce sexual pero también es culpa de la iglesia que ve a la cuestión sexual como un pecado y en el fondo le dice a las mujeres que sólo pueden tener sexo para reproducirse. En otras palabras, le enseñan que tener un hijo es como un castigo por el goce sexual. Naturalmente, ellas después los ven como su parte de descarga de poder. Aunque los amen, es normal que los niños sean maltratados".

Esta relación castrante con la sexualidad y la "inevitable" maternidad es fuente de una doble moral:

"Por eso hay como dos leyes no escritas, dos reglamentos duramente impuestos y defendidos por la sociedad: El de las mujeres y el de los hombres. Por ejemplo, el hombre puede hacerse a las prostitutas sabiendo que éstas sólo les sirven para librar sus instintos sexuales. Pero ese mismo hombre cuando se va a casar busca a una mujer con una moral estrictamente familiar y religiosa, una mujer de su clase y virgen para que pueda ser la madre de sus hijos. De todo esto va naciendo una manera de pensar femenina y una manera de pensar masculina que creo se refleja también en la vida política aunque en la guerrilla y en una organización político-militar a las mujeres se les dan las mismas oportunidades que al compañero. Ahora, esto es real y falso a la vez porque se le dan las mismas oportunidades pensando que parten de una misma base, que tienen el mismo tiempo disponible

y eso no es cierto. Creo que ahí reside el centro de nuestro trabajo, es fundamental que hombres y mujeres se den cuenta que nuestra liberación debe empezarse a luchar ya porque es fundamentalmente educativa; debe darse antes, durante y después del triunfo. La educación nuestra es una opresión que viene desde hace años y no nos la vamos a quitar de encima tan sólo con la toma del poder político".

(México, noviembre de 1986)

En las zonas de control guerrillero, la ruptura con los moldes de la cotidianidad tradicional es tan generalizada que las mujeres no mencionan a las tareas domésticas y de maternazgo como los principales hábitos de su vida, relegados en aras de la política. La colectivización de la mayor parte de las tareas diarias trajo como consecuencias no sólo guarderías y escuelas sino, más bien, centros de convivencia infantil donde la creatividad de los niños no entra en competencia con la materna, ni interfiere en sus quehaceres, dejándola libre de la doble presión de cuidarlos y reprimirlos.

Dado que el medio en que se vive tiene una influencia profunda sobre la conciencia de los individuos, la presencia constante de los peligros de bombardeo e invasión, la preparación militar, la autodefensa, la sobrevivencia alimentaria del grupo han trastocado la angustia por las obligaciones que las mujeres sentían con respecto a la familia, por la interiorización de su trabajo colectivo, "nuevos sentimientos de obligación", mucho más difíciles de analizar para el investigador porque, al no responder a los cánones al que está sujeto su

propio pensamiento, se les escapan. Entre éstos, hay que destacar los relativos a la guerra misma, a la fidelidad al partido u organización, a su propio cargo adentro de la misma, a la confianza política que algún hombre (responsable, comandante, etc.) le tiene, y a su mismo deseo de demostrar y afirmar que ser capaz de luchar y trabajar a la par y como un hombre. Aunque a primera vista no todas estas obligaciones parezcan negativas -y sobre todo según varias militantes, la última- sí lo son debido a que jamás un trabajo o una actitud que no surja de la libre relación entre el pensamiento y la acción, la especificidad y el conjunto, conlleva a una conciencia individual. En otras palabras, si las interiorizaciones del deber son castrantes, no es suficiente cambiar el objeto de las mismas, trastocar los papeles del maternazgo por los de la sobrevivencia material del grupo, sino analizarlas y superarlas hasta virirlas en armonía con las decisiones personales que, llevadas a la práctica política y social, permiten una real democratización de las instancias de intercambio y de poder. La actividad política no puede ni debe ser una opresión más, sino un ejercicio de la libertad.

En el caso de las militantes que viven en las zonas bajo control de la guerrilla y, aún más, de las combatientes, el enjuiciamiento a la postura opresiva de la sociedad en la que viven y de su relegación en la misma, nace de una crítica global. Así como toda politización femenina en El Salvador tiene su primera motivación en la lucha contra la opresión social, toda crítica constructiva en los frentes principia por la conciencia de la necesidad de humanizar las relaciones internas en las estruc

turas militares y de producción. Ya no se pone en duda la capacidad femenina de participación política ni la necesidad de ésta, pero se discuten las formas de la misma; ya no se plantea una lucha por la igualdad (las armas y el esfuerzo individual para demostrarla ya se la han otorgado), sino la recuperación de diferencias constructivas; las rabias, las frustraciones, las alegrías ya no son consideradas despectivamente momentos emotivos típicamente histéricos y femeninos, sino experiencias de sensibilidad individual que permiten que los pensamientos se articulen en un juego que va de lo social a lo personal y de lo personal, regrese, aceptado y acrecentado, a lo político.

Obviamente, no todas las combatientes han pasado o pasan por este momento de conciencia, como las militantes que en las ciudades piensan que deben ser capaces de organizarse para que su vida política no desplace a la doméstica y sus "deberes" no entren en un conflicto demasiado grave como para poderlo sobrellevar; así muchas combatientes opinan que el habersele permitido una incorporación desde una perspectiva de igualdad en la lucha armada es el logro mayor de la revolución.

Pero como lo planteaba en la introducción, es en las zonas bajo control guerrillero donde empieza a manifestarse ese pasaje de la etapa de emancipación a la de liberación, ya que sin una emancipación político-económica previa difícilmente las mujeres podemos llegar a plantearnos la existencia de valores y espacios propios a partir de los cuales reconsiderar la historia, la educación, los tiempos y las instituciones.

- Asimismo, el pasaje de una etapa a la otra en el desarro

llo de la conciencia feminista es doloroso y muchas militantes lo viven como una culpa, ya que implica enfrentarse a su estructura política aún sin querer salir de ella, analizarla desde una perspectiva que no es únicamente marxista y que "no ha tenido credibilidad por parte de la izquierda -fuera ésta institucional o no- porque no se lograbz encuadrar en la lucha de clases" (2).

El testimonio de Rita es una amalgama de todas las contradicciones, las momentaneas durezas, la crisis, las seguridades de una combatiente que jamás, en seis años, ha dejado su participación aunque las transformaciones en la misma son evidentes. De todos modos quería dejar planteada aquí esta impresión mía que me parece ser la punta más avanzada de un proceso in fieri, como la revolución misma.

Rita, de 24 años, combate en el FMLN desde 1981 y está convencida que "la liberación de la mujer parte de destroz ar el sistema". Su experiencia y sus reflexiones están indisolublemente ligadas a lo militar; no obstante, en ellas pueden notarse la interacción de reflexiones personales que parten de lo físico y lo emocional, de una dura autocrítica en cuanto a su comportamiento con las demás mujeres cuando estaba en un pelotón mixto, y de una vaga simpatía hacia las organizaciones de mujeres. En todo su testimonio se nota un interés para analizar más bien el pasado porque, con un sentido histórico de su situación, cree que hay que analizar los cambios y las permanencias de ideas, actitudes y deberes a lo largo de los años para poderlos valorar:

(2) Franca Basaglia, Mujer, locura y sociedad, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1985, p. 10.

"Mi experiencia pasa por lo militar. En 1981 estaba yo en la RN y se formaron pelotones de mujeres exclusivamente en San Vicente, en Cabañas. Yo estaba en el de los hombres, no de mujeres. No sé, supongo por mi nivel educativo. Era la tercera jefa de escuadra del pelotón. Antes había desaparecido el pelotón de mujeres, el mío, porque la mayoría murieron o desertaron. El hecho de con vivir con compañeros fue importante. Por ejemplo, ir a limpiar una milpa, hacer tatús que te sacaban bolitas de agua en las manos. Pero nunca me quejaba: era jefe de es cuadra, era política y tenía que dar el ejemplo. Pero además para tener credibilidad debía hacer más que los compas.

Ellos te reconocen por eso. Por ejemplo, luego das una orden y te cumplen a pesar de saber que van a morir. Yo me sentía muy comprometida. Les tenía que dar el ejemplo a los hombres. No se niega que existen diferencias entre las mujeres y los hombres a pesar que las tareas son igua les: nos levantábamos a las 4 o 5 para hacer ejercicios; yo tenía que hacer esfuerzos para seguir a los compañeros; a las cinco quince, el canto de bandera, y después organización de las otras tareas: ingenieros, hacer tatús, la cocina ayudando a las compañeras, postas. Cuando no había incursión del enemigo, te mantenés sin dormir en la línea de defensa una vez a la semana cuidando. Cuando me tocó a mí, entre las pulgas, la pirruña y la falta de ropa... Pero fue importante. Así como es importante perderle pena al cuerpo. Una se limpia con piedras, ho-

jas y olotes. Y cuando vienen las menstruaciones, como no hay nada, usamos trapos, alguien en broma los bautizó "trapox". Al principio me daba pena bañarme con los compañeros, pero cuando durante la contraofensiva, yo estaba con las menstruaciones, me tuve que bañar en blumers, le perdí la pena a la vergüenza y desde ahí me baño tranquilamente".

La estructura militar, que Rita no cuestiona, era rígida y pocas veces alcanzaba a penetrar en las costumbres y la mentalidad de la población civil. Aún en las tareas de apoyo, los esquemas sexistas persistían:

"En la cocina, los hombres ayudaban a moler el maíz y las compañeras eran cocineras. Había cuatro: un día dos, y el otro día las otras dos. Los hombres les ayudaban a cargar la leña, a repartir la comida pero sólo le hablaban de ellos, de lo vergón que eran en la guerrilla. En esos días hubo mucho entusiasmo de las compañeras para formar un pelotón, pero a partir de la contraofensiva -que duró diez días casi-, las mujeres expresaron su temor, hicieron como que se retractaran y a los hombres les pareció normal".

Cuando a Rita se le asigna una tarea política, ella vive el momento como una promoción por motivos de capacidad. No obstante, las relaciones en las dos estructuras de la guerrilla no eran muy diferentes; en ambos casos la medida de lo positivo era la agresividad, el aguante, la capacidad de mando y obediencia ciega:

"Después de esa contraofensiva, a mí me promovieron de

lo militar a lo político: mi actitud en ese entonces fue agresiva, la consideraron positiva, con mando real. Era un trabajo de expansión. Hicimos un pelotoncito de quince compañeros y nuestra tarea, junto con otros, era hacer trabajo político con la población. Eso fue para las fiestas de diciembre. Y posteriormente se quiso hacer otro pelotón: el Comandante Ramón los quería tener del pescuezo. Él veía la importancia de incorporar a la población civil, a las mujeres, pero su problema era la forma de concebir a la relación sexual: era muy ortodoxo. Surgió un pelotón de mujeres y a mi cargo era estar cuidando que los compañeros no se metieran con las compañeras, pues no podían tener relaciones sexuales porque una mujer embarazada es, en la práctica militar, una baja. De contracepción ni hablar, no había y no se iba a gastar en eso. El pelotón de mujeres tenía exactamente el mismo esquema que el de los hombres: cuatro compañeras de cocina y las otras eran combatientes. La diferencia es que yo era la espía, le estaba cuidando las nalgas a las compañeras. Incluso Ramón había puesto un cartel de que se prohibía la entrada a hombres. Eso era igual en el trabajo militar y en el trabajo político, el problema era que Ramón tenía un carácter tan fuerte, tan yuca, que incluso un día de guinda se paró un compa a recoger un mango y él le dijo: "El hijo de puta que vuelva a de tener la columna, lo mato". En ese momento yo me sentí incomoda porque sabía que era incorrecto. Pero lo obedecía porque era una orden militar. También un día él que

ría tomarme fotos con un M 16 cuando, parabun, llegaron los Fuga Magisters y él me hizo subir al cerro para tomarme fotos combatiendo. Era un tipo muy impositivo, pero lo hice porque fue una orden. Luego sugerí que no estaba bien. La rigidez del esquema militar, sin embargo, trascendía los métodos de Ramón, mismo que por no cumplir órdenes superiores fue trasladado.

Después de la ofensiva de Cabañas se dio una peculiaridad: todas las compañeras quedaron embarazadas y todas parieron en el mismo mes. Así desapareció el pelotón, Ramón fue trasladado y yo quedé con tres compañeros.

Es que, como en aquel entonces no se le daba ninguna educación sexual, ni ninguna libertad, muchas compañeras pensaban que acostarse con los compañeros era hacerles un favor a los hombres, hacerles la vida menos dura, pues. Yo me quedé sola con los tres compañeros y me dí cuenta de una particularidad: las mujeres más viejas no aceptaban la participación así porque sí".

Para Rita, el problema de las relaciones interpersonales en la guerrilla estaba íntimamente relacionado con la necesidad de llegar, antes que a dar órdenes, a preparar a la gente, y en particular a las mujeres, para que su incorporación fuera parte de un proceso de cambio más general:

"Con el tiempo, se logró clarificar cuál es la organización de la estructura militar y cuál la de masas y la posición hacia la mujer fue diferente, se le dió la palabra, se le dió una organización. Desde un inicio, yo concebí la organización de las mujeres en una estructu

ra propia como indispensable para saber lo que realmente estábamos haciendo". (San Salvador, septiembre de 1986).

A esta altura, sólo queda por presentar cuáles son los puntos de vista que las mujeres tienen acerca de su futuro. Todas las militantes lo relacionan con la revolución; pero, a diferencia de lo que pasaba tan sólo hace unos cuatro años, cuando la simple palabra "feminismo" era considerada sinónimo de revisionismo, hoy las militantes aceptan que la revolución no es de por sí la panacea de todos los males, que el cambio en las estructuras de poder y familiares, en relación con las mujeres, sólo puede alcanzarse mediante la organización de las mujeres mismas, una revisión a fondo del sistema educativo, de las pautas de conducta femenina, de la emancipación económica y tras el logro de una sociedad en lo que la lucha femenina tenga por lo menos alguna posibilidad de triunfar. Todas las politizadas están de acuerdo en que, mientras el gobierno actual esté en el poder, no habrá posibilidad de lograr siquiera reformas que mejoren su situación laboral, mucho menos una revolución en lo cultural que permita entender a la sociedad ya no desde una perspectiva de competencia sino de cooperación y respeto de las diferencias en la unidad. Marta, de CODEPAM, dijo una vez: "No queremos ser varones, queremos que mujeres y hombres marchemos juntos en la construcción de la paz. Ser todos iguales también sería una imposición opresiva". Creo que en el fondo la posición de las feministas salvadoreñas queda resumido en esa frase.

Cómo alcanzarlo, mediante qué medios, es lo que abordó Azucena al final de su testimonio:

"Nuestro objetivo fundamental por ahora es hacer un frente de mujeres que empiece a luchar por reivindicaciones laborales específicas, como son la cuestión del sueldo, de los días de asueto, la cuestión natal, prenatal y posnatal; y luego la cuestión de guarderías, la vivienda, la salud, la educación. Un frente en que las mujeres se organicen y aprendan por qué no tienen acceso a un hospital para tener a su hijo, por qué son las primeras en ser afectadas por la falta de trabajo, por qué son desnutridas. Nosotras tenemos prostitución, tenemos a mujeres en los tugurios, trabajadoras, vendedoras ambulantes. Además de sus problemas que son una infinidad en el trabajo, hay que agregarles los problemas de la saxualidad. Este es un problema candente en El Salvador ya que, por lo que ha pasado, la única educación sexual que la mujer ha recibido pasa por la propaganda de la cuestion de la demografía, una educación sexual que es equí-voca, que está de acuerdo a los esquemas del sistema, no una educación para la mujer que ella use y le sirva. La mujer no sabe gozar, sirve para que el hombre goce. De ahí viene la cuestión del aborto que es otro problema dificil y el problema de la violencia del hombre contra la mujer, las violaciones e infinidad de otras cosas que no nosotras como mujeres, si queremos reivindicar nuestros derechos, tenemos que tomar en cuenta y analizarlos y luchar unidos. Mientras todas no estemos convencidas que

el nuestro es un problema político y no sólo económico y sentimental, no va a haber revolución de las mujeres. No somos mujeres pacifistas que sólo vamos a luchar por la paz, ni sólo por el aborto, sino que nosotras queremos ser mujeres integrales, feministas integrales dentro de un contexto político que va de acuerdo a nuestra sociedad". (México, noviembre de 1986)

CONCLUSIONES

Al término de ésta investigación, recojo las conclusiones que en parte han aparecido a lo largo del trabajo y que responden a las hipótesis planteadas en la introducción sobre los diferentes motivos que han impulsado los cambios de conducta femenina a lo largo de la guerra en El Salvador.

No encontré entre las entrevistadas, mujer que haya llegado a la política por motivaciones feministas y ninguna de ellas ha desarrollado una reflexión sobre la condición específica de su género sin un análisis previo de la explotación y represión de las que es víctima el pueblo salvadoreño en su totalidad.

Existen varias mujeres que, a raíz de la exasperación de las contradicciones sociales e ideológicas por el enfrentamiento político, la guerra y sus repercusiones, aún sin estar militando directamente, han logrado enjuiciar las diferencias y marginaciones que reciben en el trato social y económico. Sin embargo, hay militantes que no cuestionan la especificidad de su participación sino para ensalsar a la "clarividencia" de sus organismos políticos y que, en las relaciones de poder que conforman el eje de la vinculación entre hombres y mujeres, no han tratado de cambiar ni han analizado su situación de opresión sexual, cultural, social y política.

A lo largo del presente estudio he tratado de dar respuesta a esta dicotomía, llegando a la conclusión que la práctica política no es suficiente para despertar una conciencia feminista así como no lo es la opresión en sí.

Ahora bien, la presencia de ambas, fue condición necesaria aunque no suficiente en El Salvador para que algunas muje

res salieran de la adscripción a un esquema mental que implicaba su sumisión a roles familiares, misma que sobrevivió a su integración al trabajo asalariado.

Siendo la guerra una crisis integral que abarca todos los aspectos de la vida cotidiana y sus valores -aún en los rubros dedicados a la educación y la militancia femeninas-, centré mi análisis en el estudio de la supuesta permanencia e inmutabilidad de la relación entre los géneros en la vida diaria, descubriendo las transformaciones debidas a la ingerencia de lo "público" en los ámbitos de las relaciones familiares, hasta ahora consideradas por las mismas mujeres como privadas y no políticas.

A pesar de lo comunmente considerado, las salvadoreñas tuvieron una importante participación política desde 1921, cuando las vendedoras de los mercados de San Salvador, Santa Tecla y Santa Ana, concentradas en la capital, tomaron por asalto a la policía del Barrio del Calvario protestando contra las pésimas condiciones de vida y la represión implementada por la tiranía de turno. Este tipo de participación femenina siguió a lo largo de las décadas; pero sólo hasta los setentas, por la conformación de organizaciones político-militares interesadas en un trabajo de masas efectivo, surgen -al principio como centros de capacitación de mujeres para las tareas de la revolución que se gesta, luego como centros de discusión y organización autónomas- las primeras asociaciones femeninas cuestionadoras del análisis marxista ortodoxo que visualiza a las mujeres sólo como parte de ese proletariado que en su conjunto se liberará a la hora de la revolución socialista. La crítica a tal postura, abarca una recuperación de su historia y su cotidianidad desde

la perspectiva de la opresión más que de la explotación -aun que la existencia de la primera no cancela sino fortalece y exaspera los efectos de la segunda- y del análisis de la formación, transformación y permanencia de arquetipos culturales, económicos y laborales.

Dado que desde 1981, El Salvador está dividido entre dos zonas de influencia política, con sus respectivos órganos jurídicos y de gobierno, las diferencias en el comportamiento de las salvadoreñas que viven en el territorio bajo control de la insurgencia, donde es oficialmente reconocida la igualdad de derechos entre mujeres y hombres, y la conducta de aquellas que todavía enfrentan jurídicamente la discriminación sexual en el trabajo y los códigos, son marcadas. Pero aún más lo son entre las que se han acercado a una teoría que desgloza el significado de la explotación y la opresión -mismas que al serles explicadas, reconocieron como partes integrantes de sus vidas-, y las que no impugnan el status quo social.

Las militantes tienen asumida una perspectiva de emancipación porque viven un trabajo más igualitario en términos de distribución de tareas, derechos y deberes. Estas mujeres son las que se acercan a un cuestionamiento más profundo de las implicaciones que tiene la lucha de los sectores femeninos en su tiempo y su vida y ponen en tela de juicio a las reformas impulsadas en ese sentido por sus órganos de participación. El cuerpo, la sexualidad, la interiorización de deberes son puntos de análisis que trascienden la lucha emancipativa, misma que pudiera no darse o reducirse en el caso de un triunfo revolucionario que extendiera las leyes vigentes en los Poderes Populares a todo el territorio nacional.

Estas salvadoreñas, que jamás habían participado en un movimiento reivindicativo femenino antes de la guerra y no conocen la historia del feminismo, sus logros y sus derrotas, de forma "natural" intuyeron el peligro de aceptar reformas que venían de las instituciones y dándose cuenta que partidos y sindicatos se consideran "buenos" o "abiertos" por luchar en pos de la paridad salarial o por consentir la participación armada de las mujeres. Actitudes paternalistas que las salvadoreñas organizadas empiezan a considerar no sólo insuficientes si no dañinas por no haber sido conquistadas por ellas mismas.

Las militantes de AMES, al reivindicar una autonomía de ese FMLN que reconocen como vanguardia política y militar, plantean la necesidad de una educación "de mujer a mujer", tanto para la guerra como para la vida cotidiana. Las dirigentes más destacadas y las mujeres que con mayor capacidad se acercan a una crítica de tipo feminista en su trabajo y en sus organismos, o son solteras y viudas o han enfrentado la relación de pareja hasta llegar a una separación -hecho que considero relacionado con la posibilidad de organizar su tiempo en la repartición de los quehaceres cotidianos sin someterla a una revisión por parte del hombre; en otras palabras, sin vivir esa parte de la opresión que consiste en la imposibilidad de tomar decisiones individuales con independencia-. Estas mujeres, por motivos que van de su participación política a la ruptura de hecho con esquemas tradicionales en lo referente a lo que "debe ser" la vida de una mujer, han experimentado los mayores cambios en las pautas de conducta, minimizando los conflictos que éstos pudieran provocarles gracias al acercamiento entre ellas.

En El Salvador como en otros países, la incorporación de las mujeres a la vida política adquirió, pues, implicaciones que trascienden la lógica interna de las organizaciones que e llas integran. Al salir de la adscripción a los roles hogareños ya no sólo para poder mantener económica y afectivamente al núcleo familiar que las oprime, sino para participar como agentes sociales activas, se percatan de la discriminación que sufren en su relación con la división sexual del trabajo y con el poder, siendo éste último un concepto masculino que las mujeres enfrentan sólo desde una perspectiva ajena. Una nueva militancia se les presenta y la encaran como lucha por la paz e instancias de democratización activa en la sociedad global y las relaciones de parentesco, en la actividad política y en la familia. Una militancia por el derecho a la vida y no la vida por la militancia.

Este desarrollo de una adquisición política marca el despertar de una conciencia propia, a su vez relacionada con un cambio global en la concepción de educación y cotidianidad.

El uso del testimonio como fuente de información histórica me permitió rescatar cómo, a partir de la práctica política y su inevitable ruptura con la vida anterior, las salvadoreñas expresan un cierto nivel de autoconciencia que deviene, en primera instancia, de su relación con el otro. A pesar del ensalsamiento de la relación de pareja como relación de intercambio de tareas y repartición de responsabilidades sociales (ensalsamiento que es más ideológico que real, ya que el 60% de las salvadoreñas vive sola o cargando con el peso de un núcleo familiar que no se basa en la relación mujer-hombre-hijos),

la relación con la sociedad y la solidaridad entre grupos con problemas similares (madres de desaparecidos, pobladoras de tu gurias, prostitutas, refugiadas, campesinas) han permitido a algunas salvadoreñas individualizar la conciencia de lo femeni no que presupone una construcción de identidad alternativa. Aunque sean pocas, ellas son las semillas del futuro.

Finalmente, me toca recordar que los cambios aquí analiza dos son menos notables de lo que aparentan ser, dado que la historiografía masculina no se había percatado de su surgimien to y desarrollo.

Las luchas políticas de las salvadoreñas, su participación en los acontecimientos históricos del país, sus cuestionamien-
tos, no se habían consignado en ninguna historia escrita porque sólo ahora surge una historiografía feminista que pone fin a la falta de solidaridad y escarnio que, único entre los movi-
mientos emancipatorios, el Feminismo ha sufrido y sufre.

BIBLIOGRAFIA

Libros

- Alegria, Claribel, No me agarran viva, ERA, México, 1983
Cenizas de Izalco, Ministerio de Educación,
San Salvador, 1982.
- Althusser, Louis, Para una crítica de la práctica teórica, Si-
glo XXI, México, 1974.
- ANDES, Las luchas magisteriales en El Salvador, s/i, México, 1980.
- Argueta, Manlio, Un día en la vida, EDUCA, San José de Costa Rica,
1983.
- Artous, Antoine y Vinteuil, Frédérique, Los orígenes de la opre-
sión de la mujer, Fontamara, Barcelona, 1978.
- Bambirra, Vania, El capitalismo dependiente latinoamericano, Si-
glo XXI, México, 1985.
- Bartra, Eli; Ramírez, Elia; Torres, Nina; y Sánchez, Angeles,
Mujer: una bibliografía, UAM, México, 1984.
- Basaglia, Franca, Mujer, locura y sociedad, Universidad Autónoma
de Puebla, Puebla, 1985.
- Beauvoir, Simone de, El segundo sexo, Siglo XX, Buenos Aires,
1981.
- La mujer rota, Seix Barral, México, 1984.
- Bosch García, Carlos, La técnica de investigación documental,
UNAM, México, 1982.
- Boston Women's Health Book Collective, Nuestros cuerpos, Nuestras
vidas, Spanish Edition, Somerville, 1981.
- Brelich, Angelo, Introduzione alla storia delle religioni, Ed.
dell'Ateneo, Roma, 1966.
- Camarada, Renato, Forced to move. Salvadorean Refugee in Honduras,
Solidarity Publications, San Francisco, 1985.

- Castellanos, Rosario, Mujer que sabe latín, SepSetenta, México, 1973.
- Carnoy, Martin, Education and employment. A critical appraisal, Unesco, París, 1977.
- Cleaver, Eldridge, Alma encadenada, Siglo XXI, México, 1969.
- Código de Trabajo para los agricultores de temporada, San Salvador, 1967.
- Comboni, Sonia y Juárez, José Manuel, Introducción a las técnicas de la investigación, UAM, México, 1984.
- Comisión de Derechos Humanos de El Salvador, Primer Congreso de Derechos Humanos de El Salvador, 21-23 de noviembre de 1984., San Salvador, s/f.
- Comité Internacional de la Cruz Roja, Normas Fundamentales de los Convenios de Ginebra y sus protocolos adicionales, Ginebra, 1983.
- Elu de Leñero, María del Carmen, Perspectivas femeninas en América Latina, SepSetenta, México, 1976.
- Engels, Federico, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, Nuevo Horizonte, Cali, 1979.
- Evans, Richard J., Las feministas, Siglo XXI, Madrid, 1980.
- Falcón, Lidia, Mujer y sociedad, Fontanella, Barcelona, 1969.
- Foucault, Michel, La arqueología del saber, Siglo XXI, México, 1979.
- Freeman, Jo, El movimiento feminista, Ed. Asociados, México, 1977.
- Fromm, Erich, La revolución de la esperanza, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
- y Maccoby, Michael, Sociopsicoanálisis del campesino mexicano, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.
- Gonzalbo, Pilar, La educación de la mujer en la Nueva España, El Caballito, México, 1985.

Grottanelli, Vinigi, Principi di Etnologia, Edizioni dell'Ateneo, Roma, s/f

Principi di Etnologia II, Tilgher, Genova, 1972.

Guía de Salud para promotores, CIDHAL, AC, Cuernavaca, 1985.

Guía para la desclasificación de los datos culturales, UNAM, México, 1976.

Halimi, Gisele, La causa de las mujeres, ERA, México, 1976.

Heller, Agnes, Sociología de la vida cotidiana, Península, Barcelona, 1977

Historia y vida cotidiana, Grijalbo, Barcelona, 1972.

Teoría de los sentimientos, Fontamara, Barcelona,

1980.

Herrera, Norma de, La mujer en la revolución salvadoreña, COPEC, México, 1983.

Hierro, Graciela, La naturaleza femenina, UNAM, México, 1985.

Ética y feminismo, UNAM, México, 1986.

y Castañeda, Imelda; Hernández Tezoquipa, Isabel; Avila Jiménez, Roselia y McDermit, María Teresa, Enfermería: Cadena o camino, APAUNAM, México, 1986.

Jiménez, Liliam, El Salvador, un proceso de lucha irreversible, Cuadernos de Casa de Chile, n. 36, México, s/f.

Klein, Viola, El carácter femenino, Paidós, Barcelona, 1985.

La liberación de la mujer: año cero, A.A.V.V., Gedisa, Barcelona, 1977

Lavrin, Asunción, Las mujeres latinoamericanas, Perspectivas históricas, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

Le Garec, Eveline, Las mensajeras, Debate, Madrid, 1977

- Maier, Elizabeth, Las sandinistas, Ediciones de Cultura Popular, México, 1985 Nicaragua, la mujer en la revolución, Ed. Cultura Popular, México, 1980.
- Martínez, Ana Guadalupe, Las cárceles clandestinas en El Salvador, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, 1980
- Michel, Andrés, El feminismo, Fondo de Cultura Económica, México, 1983
La mujer en la sociedad mercantil, siglo XXI, México, 1980
- Mitchell, Juliet, La condición de la mujer, Extemporáneos, México, 1985
- Nash, Mary, Presencia y Protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1984
- Nin, Anais, Ser mujer, Debate, Madrid, 1983
- Oxford English Dictionary, Supplement to the, Londres, 1972
- Oliver, Christiane, Los hijos de Yocasta, Fondo de Cultura Económica México, 1984
- Pereyra, Carlos, El sujeto de la historia, Alianza, Madrid, 1984
- Pinto, Jorge, El grito del más pequeño, México, 1986
- Ponce, Anibal, Educación y lucha de clases, Letras, México, 1985
- Randall, Margaret, Las mujeres, Siglo XXI, México, 1984
- Rivera Arévalo, Gertrudis del Carmen y Sánchez Cuellar, Sonia Ivett, Caracterización del sector informal de vivienda urbana en El Salvador, 1970-1984. Experiencia de Rehabilitación de un tugurio, Tesis para optar al grado de Licenciadas en Economía, San Salvador, febrero de 1986
- Rosiello, Luigi, Linguística e marxismo, Editori Riuniti, Roma, 1974
- Rousseau, Juan Jacobo, Emilio o De la Educación, Porrúa, México, 1984
- Rubio Sánchez, Manuel, Status de la mujer en Centro América (1503-1821), Dirección de Publicaciones, San Salvador, 1978
- Sau, Victoria, Diccionario ideológico feminista, Icaria, Barcelona, 1981

- Thomson, Marilyn, Women of El Salvador, The Price of Freedom, Sed Books, Londres, 1986
- Trotsky, León, La mujer y la familia, Juan Pablos Editores, México, 1974
- UNESCO, La mujer, la educación y la igualdad, París, 1975
- Vázquez, Adelina, La mujer, una revolución en la revolución, Orbe, La Habana, 1982
- Ventura, José, El Poder Popular en El Salvador, Mex-Sur, México, 1983
- Viezzer, Norma, Si me permiten hablar. Testimonio de Domitila, una mujer de las mismas de Bolivia, Siglo XXI, México, 1982
- Vitale, Luis, Historia y sociología de la mujer latinoamericana, Fontamara, Barcelona, 1981

Revistas y Artículos

- Achard, Laura y Galeano Massera, Jorge Pedro, "Las vicisitudes del inmigrante", mimeo, Centro de Estudios Ecuménicos, México, mayo de 1984.
- Benston, Margareth, "Para una economía política de la liberación femenina", en VV.AA., La liberación de la mujer: año cero, Barcelona 1977.
- Boletín Internacional de la Asociación de Mujeres de El Salvador (AMES)
- n. 2, Managua, octubre-noviembre de 1981
 - n. 3, Managua, diciembre-febrero de 1982
 - n. 4, Managua, enero de 1983
- Boletín Semanal Centroamericano, SALPRESS,
- n. 150-153, época V, año IV, México, 24 de septiembre-21 de octubre de 1984
 - n. 224, Epoca V, año V, México 4-10 de marzo de 1986
- Centro Documental de la Economía del Trabajo, Resúmen, año 1, n.2, San Salvador, junio de 1986

COMADRES BULLETIN, vol. 2, n.1. Washington D.C., marzo-mayo de 1986

Crítica, n. 24, Puebla, septiembre de 1985

Cuéntame tu vida, n. 2-3, Cali, septiembre de 1978

ECA, n. 434, San Salvador, diciembre de 1984

n. 435-436, San Salvador, enero-febrero de 1985

PEM, n. 43, México, diciembre-enero de 1985

n. 46, México, junio-julio de 1986

n. 29, México, septiembre de 1983

Gargallo, Francesca, "El feminismo como expresión de humanismo político" en Excelsior, 30 de marzo de 1986

SALPRESS, Centro de Documentación, "Situación de la mujer en El Salvador", México, 1984

"Ubicación geográfica de los Poderes

en El Salvador", México, 1986

Sentir con el Pueblo, Boletín Internacional del Comité de Madres Monseñor Oscar Arnulfo Romero, México, n. 2, abril de 1983

Villegas, Ana María, "Nuestro cuerpo y la negación de lo femenino", mimeo, para el Centro de Estudios Ecuménicos, México, s/f

Documentos y Folletos:

AGEUS, Estudios y Lucha, s/i, s/f

AMES, Cómo nacemos y qué hacemos, México, 1983

Desde los frentes, México, 1983

Posición de AMES por la paz, distensión y desarme, México, 1983

Participación de la mujer latinoamericana en las organizaciones sociales y políticas. s/i, s/f

La situación de la mujer en la ciudad, México, 3, 4 y 5 de junio de 1983

- La mujer y la niñez salvadoreña víctimas de la represión militar, México, noviembre de 1982
- Americas Watch, A report on human right in El Salvador, New York, 1984
- El Salvador's other victims: the war on the displaced, New York, 1984
- ANDES 21 de Junio, Realidad educativa en El Salvador, s/i, s/f
- La participación del maestro en la búsqueda de paz en El Salvador, San Salvador, 11, 12 y 13 de junio de 1985
- Plataforma reivindicativa del magisteriado salvadoreño, Período 1985-1986, San Salvador, s/f
- A un año de iniciado el diálogo entre el gobierno y el FMLN-FDR, al magisterio y el pueblo salvadoreño y demás del mundo, en La Prensa Gráfica, San Salvador, 14 de octubre de 1985
- Educación y hombre nuevo. Aprender a leer la realidad y a escribir la historia, México, 1985
- Efectos de la guerra en el desarrollo educativo y cultural de los salvadoreños, San Salvador, noviembre de 1984
- "Historia y conciencia femenina en la revolución salvadoreña", en Plural, n. 179, agosto de 1986
- "Día internacional de la mujer salvadoreña", Excelsior, México, 7 de mayo de 1986
- "La historiografía feminista en la revolución salvadoreña", en Plural, México, n. 162, marzo de 1985
- Guillotina, La, n. 12, México, octubre de 1986
- Hailey, Arlene, "El Salvador: mujeres y proceso revolucionario", en Fem, n. 46, México, junio-julio de 1986
- Jiménez, Liliam, "La mujer revolucionaria en El Salvador", en Plural, n. 156, México, septiembre de 1984
- Lamas, Marta, "maternidad y política", en La Guillotina, n. 12, México, octubre de 1986

Libertad, Boletín Informativo COPPES-Ilopango, n. 1, San Salvador, abril de 1986

n. 2, San Salvador,

mayo de 1986

Madre Salvadoreña, Boletín Informativo del Comité de Madres Monseñor Oscar Arnulfo Romero, n. 9, San Salvador, junio de 1986

n. 10, San Salvador, 10. de julio-15 de agosto de 1986

gosto de 1986

Montes, S., "La situación de los salvadoreños desplazados y refugiados", en ECA, n. 434, San Salvador, Diciembre de 1984

Mujeres, año II, n. 7, Madrid, junio-julio de 1985

Bieto, Consuelo, Chicana identity: Interaction of Culture and Sex Roles. mimeo, presentado a la: Conference on Educational and Occupational Needs of Hispanic Women, Denver, 29 de junio de 1976

Palo de Fuego, n. 0, México, octubre-diciembre de 1983

Plural, segunda época, n. 156, México, septiembre de 1984

n. 162, México, marzo de 1985

n. 179, México, agosto de 1986

Radolp, Dora, "Movilizaciones femeninas. Un ensayo teórico sobre sus condiciones y orígenes", mimeo, artículo para el Programa Interdisciplinario de Estudios sobre la Mujer, México, octubre de 1986

Rossanda, Rossana, "Instituciones contra las mujeres", en FEM, n. 43, México, diciembre-enero de 1985

Atti Convegno Internazionale Donna Terzo Mondo, Coordinamento delle Organizzazioni per il Servizio Volontario, Milano, 1983

COMADRES, Libertad a los detenidos-desaparecidos, s/i, s/f

Lista de personas capturadas-desaparecidas en años anteriores como el actual reportadas en nuestras oficinas en el año de 1986, s/i, s/f

Cuadro estadístico de personas asesinadas de enero hasta el mes de abril de 1986, s/i, s/f

A once años de la masacre estudiantil, s/i, s/f

Nómina de presos políticos lisiados, San Salvador, enero- julio de 1986

Parte de la población reclusa del sector de presos políticos en el penal de Mariona, San Salvador, abril de 1986

Informe estadístico de las torturas aplicadas a los Presos Políticos remitidos al Centro Penal Mariona de enero a diciembre de 1985, s/i, s/f

Informe estadístico de las torturas aplicadas a los Presos Políticos remitidos a la Carcel de Mujeres, Ilopango, durante el período de enero a diciembre de 1985, s/i, s/f

COMAFAC, La persecución, n. 2, s/i, s/f

A las comunidades cristianas de El Salvador, s/i, s/f

Comandancia General del FMLN, Comunicado del 16 de octubre de 1984

COPPES, Carta a los representantes de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos, San Salvador, agosto de 1986

Dato estadístico de ingreso-egreso del Penal de Mariona en los meses de febrero, marzo, abril, mayo, junio y julio de 1986

FEMUSA, La situación de la mujer salvadoreña en el período 1975-85, ponencia presentada en la Reunión Internacional de Nairobi, julio de 1985

Informe Mensual de la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado,

de 1986

n. 45, San Salvador, enero

ro 1986

n. 46, San Salvador, febre

de 1986 n. 47, San Salvador, marzo
de 1986 n. 48, San Salvador, abril
de 1986 n. 49, San Salvador, mayo
de 1986 n. 50, San Salvador, junio

Mendoza de Peña, Angela, El papel de la mujer salvadoreña en la lucha de liberación nacional, s/i, s/f

Ministerio de Obras Públicas, Demanda efectiva de bajo costo en el área metropolitana de San Salvador y tres ciudades secundarias.

Informe final, San Salvador, abril de 1984

Ministerio de Planificación y Coordinación del Desarrollo Económico y Social, Indicadores económicos y sociales. Julio-diciembre de 1981, San Salvador, septiembre de 1982

Por la Soberanía Patria. la mujer en pie de lucha, Varias Organizaciones, San Salvador, noviembre de 1984

Primer Encuentro de mujeres salvadoreñas. Documento Resolutivo, El Salvador, noviembre de 1984

Quaranta, Giancarlo, Appunti teorici su mutamento culturale, sviluppo e modernizzazione, Centro di Ricerca e Documentazione, Roma, S/f
Secretariado Social Arquidiocesano del Arzobispado de San Salvador, Distribución por edad y sexo de los desplazados de los tres principales campamentos de la iglesia católica en San Salvador del 1 de abril al 30 de junio de 1986

Seminario Regional Latinoamericano de Programas de Estudios sobre la mujer, Notas de relatorias, CEESTEM, México, 1982

Socorro Jurídico del Arzobispado de El Salvador, Informe 1985, San Salvador, 1986

Entrevistas

Entrevistas, testimonios à Historias de vida: 117, efectuadas de la siguiente manera: 85 en El Salvador (18 en mayo de 1984; 31 en noviembre de 1984; 36 en agosto--septiembre de 1986)

19 en México (1984, 1985, 1986)

2 en Nicaragua (mayo de 1985)

1 en Arizona (abril de 1986)